

Selección RNR

*Una mujer
insignificante*

MARCIA COTLAN



Romance Histórico

© *Una muchacha insignificante* Marcia Cotlan
www.marciacotlan.blogspot.com

PRÓLOGO

Los Murray habían sido, durante generaciones, personas de modesta fortuna y muy buen juicio. Poseedores de una pequeña propiedad vinculada a los varones, tuvieron la buena suerte de que sus primogénitos siempre fueran niños y no niñas, pues estas no hubieran podido heredar, y así no se vieron en la obligación de tener más hijos que el primero, de modo que no dividieron la ya de por sí escasa fortuna. Sin embargo, Ashwood Murray se había casado con una mujer de salud muy débil a la que amaba profundamente y eso fue, según toda la gente, lo que provocó su desgracia.

La desgracia de Ashwood Murray no era otra que la de tener una hija y ningún varón. Su esposa casi había muerto tras el primer parto y el señor Murray no quiso ponerla de nuevo en peligro. Como era de ánimo más bien positivo, siempre pensó que su hija se casaría con un caballero de fortuna y que no le haría falta heredar la pequeña propiedad cercana a Londres en la que había vivido durante generaciones toda la familia. Le entristecía que el heredero fuera un lejanísimo primo suyo, de nombre Montgomery Burton-Jones, que a su vez tampoco tenía herederos y del que se decía que había regresado completamente loco tras la guerra. Todos lo conocían como “el Coronel”. En ocasiones, el señor Murray había fantaseado con la idea de que su hija se casara con el propio Montgomery Burton-Jones y así se resolvería el problema de la mejor manera posible, pues sus nietos seguirían siendo dueños de Aldrich Park.

Penélope Murray, sin embargo, no había cumplido hasta la fecha ninguno de los sueños de su pobre padre. Sus dos únicas obligaciones eran las de comportarse con el decoro correspondiente a una dama de buena cuna y ser lo suficientemente hermosa o atrayente como para pescar un buen partido, pero la joven sólo cumplía a medias el primero de los requisitos, y sólo en apariencia, ya que tenía demasiada curiosidad por todo lo que la rodeaba como para mantenerse durante toda su vida tan casta como era en esos instantes. Con el segundo de los requisitos no tuvo mejor suerte: su físico era de una insignificancia tal, que podía estar toda una tarde ante alguien y esa persona habría jurado que Penélope no había estado allí. Era fácil de olvidar, casi invisible ante los ojos de todos.

Cuando murió su madre, la joven acababa de cumplir cuatro años. Pasó el

resto de su vida junto a su padre, un hombre amargado por haber perdido al amor de su vida. Sin la guía de una mujer que la enseñara a conducirse en sociedad, Penélope creció mostrando un absoluto desinterés por su físico, pues nadie había visto nunca en él nada especial y ninguna persona de cuantas la rodeaban le había dicho jamás que hasta el ratoncito más insignificante puede destacar sus encantos ocultos con la ropa y el peinado adecuados. El armario de la joven estaba lleno de burdos vestidos marrones y grises que le daban un aire de institutriz solterona. Es cierto que su padre no poseía la fortuna suficiente como para que la joven se vistiera a la última moda y con las telas más caras, pero sí hubiera podido arreglarse mucho mejor de lo que lo hacía de haber sabido qué le favorecía y qué le quedaba mal.

El señor Ashwood Murray enfermó repentinamente. Penélope tenía veinte años y ningún pariente cercano. Lidió, por lo tanto, sola con la enfermedad de su padre. Los doctores no lograban dar con el origen de su mal. Convencido de que le quedaba poco tiempo de vida, escribió con urgencia al coronel Montgomery Burton-Jones, el heredero de Aldrich Park, para pedirle que no desamparara a su hija Penélope tras su muerte. Le extrañó recibir una misiva de la madre del coronel y no de él mismo. La señora Burton-Jones, prima muy lejana del señor Murray, prometió cuidar de Penélope y permitirle seguir viviendo en Aldrich Park tanto tiempo como ella necesitara o quisiese. Toda la vida incluso, si ese era su deseo, pues los Burton-Jones tenían unas rentas lo suficientemente elevadas como para no necesitar la pequeña propiedad de los Murray.

Penélope se convirtió en huérfana una mañana de octubre lluviosa y gris, como lo eran todas las mañanas de octubre en Londres. No era la clase de dama que se deshace en lloros ante las penurias. Extremadamente parecida a su padre, Penélope era de las que ocultaba las penas y encaraba la vida con coraje. Aceptó su cruel destino con la cabeza alta y el corazón lleno de miedo ante el incierto futuro. Era orgullosa y valiente, aunque nadie hubiera adivinado tales cualidades bajo su apariencia de ratoncito gris. Lloró a su padre sin lágrimas y lo enterró en la cripta de los Murray. Después de eso, comenzó a planificar lo que sería su vida a partir de ese instante.

El señor Murray le había dicho que la señora Burton-Jones, la madre del heredero y legítimo dueño de Aldrich Park, había prometido ampararla durante tanto tiempo como fuera necesario. A la joven, estas palabras le parecieron simple limosna y su orgullo le impedía aceptarlo. Tener que dar

las gracias porque unos perfectos desconocidos le permitieran vivir en la que siempre había sido su casa le resultaba intolerable. El hecho de que aquel hombre heredara una propiedad que por justicia debía ser suya, sólo porque él era varón y ella mujer, la enervaba y comenzó a odiar al coronel Burton-Jones desde el instante mismo en que lo supo dueño de su casa.

Un mes después de la muerte de su padre, y con escasos días de diferencia, Penélope había recibido dos cartas: una era de la señora Burton-Jones en la que ésta ratificaba la palabra dada a su padre. Era tan humillante para la joven leer aquella misiva: “Puede vivir con total tranquilidad en Aldrich Park todo el tiempo que lo necesite. La vida entera, incluso”. Se sentía como una vagabunda a la que tiran un mendrugo de pan por lástima. ¿Y qué le hacía pensar a aquella señora que ella iba a necesitar vivir en Aldrich Park toda la vida? ¿Acaso habría llegado hasta sus oídos que era tan poquita cosa que ningún caballero se dignaría a casarse con ella? Tal vez fuera eso: como mujer pobre y solterona, Penélope necesitaría durante toda su vida de la limosna de personas con más posibles que ella. No sabía si era rabia, vergüenza o simplemente humillación, pero ante el apellido Burton-Jones, enojecía de ira y su pulso se aceleraba.

La otra carta que había recibido era también de una pariente lejana de su padre, una viuda llamada Cordelia Lixbom, y cuyos escasos recursos y dura vida hacían que Penélope se sintiera identificada con ella. Cordelia era la famosa prima Del. Su padre hablaba de ella a menudo, de su fuerte carácter, de su dignidad, de cómo había sobrellevado su mala fortuna sin bajar jamás la cabeza. Recibir su carta fue para Penélope un oasis de felicidad en medio de la tristeza que la rodeaba. La prima Del, como la llamaba su padre, le ofrecía compartir su casita en el condado de Morningdale. “Si eres la mitad de encantadora de lo que tu padre me decía en sus cartas, nos llevaremos a las mil maravillas”, había escrito.

También aseguraba que las rentas de ambas por separado eran poca cosa, pero que juntas podrían llevar una vida más cómoda. Penélope sabía que Cordelia Lixbom había pasado muchas necesidades y eso que su renta era superior la que ella misma recibiría. El ofrecimiento de la anciana le pareció un salvavidas al que no dudó en agarrarse. Le escribió de inmediato para aceptar su proposición e indicarle que se instalaría con ella a finales del mes de diciembre.

Despedirse de Aldrich Park y liquidar a los criados le partió el corazón.

Nada de lo que allí había era ya suyo: todo estaba vinculado a la

propiedad y su legítimo dueño era el heredero de la casa. La vajilla y la cristalería de su familia, los cuadros e incluso los libros pertenecían ahora al coronel Burton-Jones.

También el pianoforte, su adorado pianoforte, donde tantas horas había pasado practicando.

Su equipaje estaba compuesto de los burdos vestidos que solía llevar y algunas joyas de escaso valor que habían pertenecido a su madre. Con una renta de setenta libras al año y tan escasas posesiones, el futuro de la joven era muy poco halagüeño.

CAPÍTULO 1

El viaje fue lento y triste. Penélope debería haberlo disfrutado, pues era la primera vez que salía de Londres, sin embargo sufrió cada hora de camino. Había viajado en el carruaje de la señora Patrick, una vecina que se lo había prestado. Se detuvo a pernoctar en posadas de categoría media que encontraba a su paso. Todo cuanto veía le parecía desolador, pero desde el momento en que el carruaje penetró en el condado de Morningdale, Penélope se enamoró del lugar. El serpenteante camino bordeaba la costa, las praderas eran verdes y el mar brillaba como plata bruñida. Unos acantilados escarpados que harían la delicia de cualquier pintor aparecieron ante los ojos de la joven. A lo lejos se veía un faro solitario. Cuando dejaron atrás la última de las curvas pronunciadas, vio Monk, el pueblecito más cercano a la casa de Cordelia Lixbom. Era pequeño, pero tenía todo lo necesario para que no fuera preciso viajar a un lugar más grande con el fin de comprar provisiones. El carruaje siguió hacia el sur durante quince minutos más, hasta llegar al páramo sobre el cual se alzaba Orchid Park, la casita de campo de la prima de su padre. Le asombró su pequeño tamaño. Pequeño incluso para alguien que, como ella, no había vivido en una casa especialmente grande.

Era, sin embargo, un lugar hermoso y acogedor. Los muros de piedra estaban cubiertos de madreselva y las celosías de las ventanas eran blancas. Tenía un pequeño jardín delantero al que se accedía a través de una portezuela pulcramente pintada de verde. Más tarde descubriría que en la planta baja había una sala para recibir visitas y un pequeño comedor con una mesa para cuatro personas y un diminuto aparador, todo ello de madera de roble. La escalera que daba acceso al piso superior era bastante amplia a tenor del tamaño del resto de la casa y ocultaba la puerta que desembocaba en las dependencias del servicio: la cocina y un pequeño cuarto con una cama de matrimonio, pues el servicio estaba compuesto por una pareja de cierta edad, los Roberts. Ella cocinaba, limpiaba y cuidaba la ropa. Él se dedicaba a las labores propiamente masculinas, como cortar la leña, hacer los quehaceres más pesados y conducir el viejo carruaje. En el segundo piso había dos cuartos pequeños y un tercer habitáculo que hacía la función de retrete y en el que se encontraba, como colmo del lujo, una bañera. “Estuve ahorrando durante casi dos años para poder comprarla”, le había confiado la anciana.

Pero de todo esto se dio cuenta Penélope mucho más tarde, pues en el momento en el que puso un pie fuera del carruaje que la había traído desde Londres, lo único en lo que se había fijado era en la anciana que arreglaba el jardín. Lleva el pelo recogido en un tirante moño blanco e iba vestida con un delantal de cuadros manchado de tierra.

–¡Querida Penélope! –exclamó encantada, al tiempo que depositaba en el suelo la paleta con la que trasplantaba algunas flores. Abrazó a la muchacha y ésta, poco acostumbrada a las muestras de afecto y debido a la triste situación personal por la que estaba pasando, se sintió, al mismo tiempo, incómoda y profundamente conmovida–. Debes de estar cansadísima. Entremos adentro y tomemos un té.

Penélope se fijó en el rostro de la anciana, aún se veía que había sido hermosa. Sus ojos eran de un profundo color verde y sus rasgos, delicados y elegantes. También la prima Del había observado con disimulo a la joven y le impactó su aspecto. Parecía que conscientemente trataba de pasar desapercibida.

No era fea. Era, simplemente, insignificante. Un sombra. Su pelo era castaño oscuro y lo llevaba en un moño tan apretado como el de la propia anciana, ajeno a la moda. Su piel, blanca y levemente sonrosada en las mejillas. Los ojos, oscuros con pestañas largas. El amplio arco de las cejas podría haberle dado un aspecto elegante si no fuera porque se empeñaba en mantener aquel gesto hosco y triste.

Realmente no era fea. Tampoco hermosa. Si hubiese llevado un peinado adecuado, dejando que sus rizos naturales le enmarcaran el rostro, y si llevara los vestidos corte imperio que estaban de moda, sería una muchacha como tantas otras. Pero los vestidos grises y burdos de cintura baja la hacían parecer una criada o una institutriz. Con todo, era una muchacha agradable y a Cordelia Lixbom le cayó bien al instante.

–¡Qué bonito es este lugar! –le dijo.

–¡Me alegro tanto de que te guste! Además, tenemos una estupenda temperatura todo el año, mucho más cálida que en Londres –le comentó la anciana, y después se dirigió a la criada–. Lotty, prepáranos un té, por favor.

Mientras ellas entraban en la casa, el cochero que la había acompañado desde Londres bajaba su escaso equipaje y se despedía de ella. Penélope descubrió que la prima Del era una mujer de largos silencios y palabras certeras.

No solía hablar por hablar y eso la complació, pues también ella pensaba

que era mejor callarse antes que decir tonterías o hacer comentarios huecos. La anciana era muy prudente y respetaba el espacio de los demás. La dejó irse a descansar, sin abrumarla con preguntas o indicaciones sobre el lugar y la nueva vida que iba a emprender.

El cuarto de Penélope era tan pequeño que casi no podía moverse por él debido a que la cama ocupaba la mayor parte del espacio. Disponía de una mesilla de noche y un armario diminuto, pero esto no le preocupó, pues tenía muy poca ropa. El ventanuco era lo mejor del cuarto, su vista era maravillosa: el faro y los acantilados de Monk. La joven se echó sobre la cama con la intención de descansar unos minutos, pero durmió profundamente. Se despertó a la mañana siguiente, descansada y llena de energía. Se asomó al pasillo para llamar a la criada y pedirle que le preparara el baño. Cuando por fin se sintió limpia y se vio presentable, bajó a desayunar. La mesa estaba dispuesta y la prima Del la esperaba ya sentada. La comida no era muy abundante en variedad, aunque sí en cantidad: tostadas, mermelada, té y algo de fruta. Lotty, la criada, también le ofreció huevos revueltos, pero Penélope los rehusó amablemente.

–Bien, querida, ¿qué te gusta hacer? Veamos cómo podemos entretenerte.

A mí me encanta la jardinería. Paso mucho tiempo en el jardín, cuando el buen tiempo me lo permite –la anciana extendió la mermelada de manzana sobre la tostada y se la llevó a la boca.

–Lo que más me gusta es tocar el pianoforte. Cuando tuve que dejarlo en Londres se me partió el corazón, pero ya no es mío. Le pertenece al nuevo dueño de Aldrich Park –frunció el ceño al pensar en el señor Burton-Jones. Se sirvió el té y trató de que su ánimo no se estropease–. También canto y me gusta dibujar – no le había dicho que le gustaba escribir, que estaba terminando una novela y que pensaba tratar de venderla a algún periódico de Abershire, la ciudad más grande del condado de Morningdale. Quizás su novela apareciera publicada por capítulos en la parte trasera de algún periódico. Era una buena manera de ganarse la vida.

Lo que aún no había decidido era si firmaría como Penélope Murray o con un seudónimo.

–Vaya, veo que has tenido una educación... muy completa –la prima Del había querido decir costosa, teniendo en cuenta que los Murray nunca habían tenido demasiado dinero para pagar profesores que le enseñaran música, canto y pintura a la joven, pero no quiso ser descortés con Penélope.

–En realidad, fue gracias a la señora Patrick, que descubrió que yo hacía

determinadas cosas bien y de vez en cuando me permitía estar presente durante las lecciones de su hija Amanda. La señora Patrick era nuestra vecina, fue ella quien me prestó el carruaje para venir hasta aquí –explicó la joven.

–Ya veo... Sin embargo, tocar el pianoforte es demasiado complicado como para aprender sólo con algunas clases esporádicas –puntualizó Del.

–Recibí las nociones básicas y me regalaron partituras, otras las heredé de mi madre. Con constancia conseguí lo demás, igual que con el canto y la pintura, es cuestión de constancia. Como tenía un pianoforte en casa, herencia de la bisabuela Hermione, fue fácil practicar.

–¡Vaya! –a Del no se le ocurrió nada más que decir. Imaginó que con tan poca ayuda, la joven no tendría demasiado desarrollados esos tres talentos. Es más, rezaba para que fuese lo suficientemente discreta como para no avergonzarse a sí misma y avergonzarla a ella tocando en público aunque se lo pidieran. Era habitual que las muchachas mostraran sus talentos en las veladas y, teniendo en cuenta que las hijas del señor Walpole eran excelentes concertistas, la prima Del temía que Penélope tuviera que tocar delante de ellas–. El jueves por la noche hemos sido invitadas a casa del señor William Walpole. Sabe que vivirás conmigo a partir de ahora y está deseando conocerte, especialmente sus hijas, que no suelen rodearse de gente joven muy a menudo –dio otro pequeño mordisco a su tostada antes de continuar–. A pesar de estar en el campo, llevamos una vida social muy agitada, ya lo verás.

Para Penélope, la vida social siempre había sido algo que disfrutaban los otros, no ella, de modo que se sintió un tanto incómoda porque era un tipo de situación completamente desconocida y no sabía si iba a gustarle tratar con tantos extraños. Al fin y al cabo, ella había vivido como una ermitaña toda su vida.

Montgomery Burton-Jones era un hombre atormentado. Muchos otros apelativos le habían sido impuestos, como diabólico, malvado, malhumorado, déspota,... Pero en realidad estaba atormentado. Había entrado en posesión de su fortuna tras la muerte de su padre, cuando contaba diecinueve años. En la actualidad tenía veintiocho, pero la barba negra y salvaje que cubría buena parte de su rostro y el pelo despeinado y largo hasta los hombros lo hacían

parecer mayor. Todos creyeron que había enloquecido tras la guerra y que buena parte de esa locura se había convertido en un rencor ciego hacia su madre y en un desprecio absoluto hacia todos los demás, de quienes desconfiaba y a quienes consideraba capaces de las mayores infamias. En realidad, Montgomery había descubierto que no era hijo de su padre. No era un Burton-Jones, sino un York.

Ese debería ser su verdadero nombre: Montgomery York, y su padre había sido el hombre a quien tantas veces tratara como amigo: el administrador de las propiedades de los Burton-Jones. Su madre jamás había tenido el coraje de admitirlo, pero cuando Albert York había sido herido durante la guerra, hizo llamar de inmediato a Montgomery, pues sabía que su batallón estaba próximo.

Con su último aliento había querido revelarle la verdad. Montgomery había pasado de la incredulidad a la estupefacción y de ésta a un odio desbocado hacia su madre y hacia Albert. Ella había mentido a su marido y a su hijo y Albert, guiado por un egoísmo atroz y poniendo sus propios deseos por encima del bienestar y la tranquilidad de su hijo, le había confesado una verdad que no beneficiaba a nadie y lo destrozaba a él, a Montgomery. Aquel joven, educado bajo el desmedido orgullo de los Burton-Jones, se veía ahora relegado a ser el simple hijo de un administrador. Nadie excepto su madre lo sabía, pero eso era indiferente para él. Había crecido en la convicción de que ser un Burton-Jones lo hacía especial. Despojado ahora de toda identidad, había reaccionado encerrándose en su casa o haciendo alguna que otra aparición pública tan desagradable que su madre y cuantos lo sufrieron hubieran preferido que se quedara encerrado en su cuarto. Era un hombre iracundo y malhumorado, inteligente y capaz de una enorme crueldad verbal. No era una compañía grata para nadie, ni siquiera para sí mismo.

Aquella mañana de finales de diciembre, su madre había bajado a desayunar a una hora demasiado temprana para lo que era su costumbre, de modo que Montgomery comprendió que algo nuevo había sucedido en el condado y ella deseaba comunicárselo, pues la buena mujer no se daba cuenta (o no quería dársela) de que su hijo no soportaba sus parloteos ni sentía el más mínimo interés por lo que les ocurría a sus vecinos. La señora Burton-Jones estaba emocionada ante la novedad y sus gestos de gallina nerviosa incomodaban a su hijo.

–Dicen que ya ha llegado la señorita Penélope Murray. Pobrecita. Acaba de instalarse en casa de la señora Lixbom. Ambas mujeres podrán sobrevivir

mejor juntas que cada una por su cuenta –la dama se sirvió el té y miró de soslayo a su hijo, que parecía distraído leyendo el periódico del día anterior. Como estaban lejos de Abershire, por las mañanas leían el periódico vespertino del día anterior, pues el de la mañana llegaba pasado el medio día–. He pensado, querido, que ya que nosotros no necesitamos la propiedad, podíamos cederle Aldrich Park a la señorita Murray –este último comentario causó efecto en su hijo, que levantó airado la mirada hacia su madre.

–Aldrich Park es la única posesión verdaderamente mía de cuantas poseo.

La única que me corresponde por derecho y no renunciaré a ella sólo porque esa joven haya cometido la insensatez de quedarse soltera. Que se busque un marido que le solucione sus problemas. Yo no tengo madera de benefactor –la rabia se traslucía en su mirada. Lo que Montgomery decía era cierto: Aldrich Park era una herencia que recibía por parte de su madre, de modo que era el legítimo dueño, no como toda la fortuna de los Burton-Jones, que no le correspondía porque él no era de la familia. Sólo era un usurpador.

–Monte, por favor, esa pobre muchacha...

–No vuelvas a llamarme así –dijo, iracundo, alzando la voz. El señor Burton-Jones, a quien él siempre había considerado como su padre, lo llamaba Monte. A veces su madre también se lo había llamado, pero eso fue antes de que él supiera toda la verdad, pues desde entonces no le había permitido a su madre ni una sola confianza. La anciana se calló, apretó los labios para impedir que las lágrimas acudieran a sus ojos y se esfumó todo rasgo de la alegría pizpireta que la caracterizaba.

CAPÍTULO 2

A pesar de ser diciembre, el clima en el condado de Morningdale era agradable. Casi no parecía que estuviesen en Inglaterra. Penélope había instalado su caballete ante la puerta de la casa para dibujar el paisaje que se veía desde el páramo.

–¿No te gusta pasear, querida? –le había preguntado la prima Del–. Los paisajes más hermosos están en los acantilados y puedes caminar sola con total tranquilidad. Esta región es completamente segura.

La joven se emocionó ante la idea de dibujar los acantilados y el faro, ¡le habían parecido tan hermosos cuando los vio desde el carruaje el día de su llegada! Metió unas cuartillas blancas en un carpetón, llevó un par de carboncillos y se encaminó hacia la costa. Hacía un sol primaveral. Aquello era inaudito en pleno diciembre. ¿Cómo no ser feliz en un lugar con esa temperatura, esa luz y ese maravilloso paisaje?, pensaba la joven. Cuando llegó a los acantilados, no fue capaz de hacer otra cosa que mirar arrobada cuanto la rodeaba. No dibujó ni una sola línea, sólo observó el mar chocando contra las rocas y la verticalidad de los acantilados. A lo lejos, el faro se le antojó un maravilloso lugar desde el que dibujar. Había estado sentada sobre la hierba durante bastante tiempo, aunque no podía precisar durante cuánto. Por fin se levantó para continuar su paseo y entonces oyó una voz femenina que la llamaba desde lejos.

–¡Señorita Murray! –Penélope se dio la vuelta para ver quién la estaba llamando. Se trataba de una joven dama que se acercaba caminando muy deprisa y agitando la mano a modo de saludo. Era tan hermosa, vista ya desde la distancia, que Penélope se sorprendió. Su vestido azul pálido era sencillo y a la moda, de corte imperio, pegado a su cuerpo en la zona del pecho y con una falda larga, suelta y vaporosa. El pelo rubio estaba recogido en complicados rizos y sus ojos azules y su sonrisa abierta hacían de ella una criatura maravillosa. Nunca hasta ese momento se había sentido Penélope tan insignificante y ratonil, con su pelo tensado en un moño de vieja y su vestido marrón de cintura baja, gastado y pasado de moda. Tuvo el impulso de salir corriendo, pero la dignidad se lo impidió. ¿Qué habría pensado aquella joven si ella hiciera tal cosa, huir como si tuviera algo que esconder? Cuando la hermosa dama estuvo a su lado la miró con verdadera sorpresa y preguntó,

como si no se creyera que estaba ante la verdadera Penélope—: ¿Es usted la señorita Murray?

—Sí, soy yo —respondió ella. La mirada de aquella joven sobre su rostro y su ropa era como un arañazo a su orgullo. Recordó entonces por qué no le gustaban las reuniones, ni conocer a extraños que, al no estar acostumbrados a su aspecto, siempre ponían la misma cara de incredulidad y lástima. Recordó por qué le había dolido tanto perder Aldrich Park tras la muerte de su padre: no era solo la casa en la que ella y toda su familia habían vivido durante generaciones. Era, sobre todo, un lugar en el que esconderse del mundo.

—¡Qué gusto me da que esté por fin en Morningdale! Mi hermana y yo ardíamos en deseos de que llegara. Hay tan poca gente joven por aquí... ¡Y de pronto esto se llenará de novedades, fíjese, no sólo ha llegado usted, sino que también llegará esta tarde mi primo, el señor Timothy Walpole! —la joven parecía haber olvidado el impacto inicial que le causara la apariencia de Penélope y ésta, poco acostumbrada a que alguien tan dicharachero le hablara con tal velocidad y profusión, también se quedó pasmada, pues ni siquiera sabía quién era. Como si la joven se hubiera dado cuenta de este torpe desliz, se apresuró a presentarse—. ¡Oh, perdóneme, señorita Murray, por favor! Ni siquiera le he dicho mi nombre. Es la emoción... Soy Violet Walpole. Imagino que la señora Lixbom ya le habrá dicho que están ustedes invitadas a una velada en nuestra casa —la joven ni siquiera esperó la respuesta de Penélope—. Será divertidísimo, ya lo verá... Aunque faltará mi hermana Dorothea, que ha tenido que ir a Abershire y no regresará a tiempo, pero estaremos usted, mi primo Timothy, la señorita Laura Barry, y yo... ¡Cuánta gente joven!

—Tengo muchas ganas de que llegue la velada, señorita Walpole —mintió Penélope.

—No, no —le dijo ella, mientras la tomaba del brazo y ambas se encaminaban hacia la casa de la tía Del—. Debe llamarme Violet, vamos a dejarnos de formalismos ya que seremos muy buenas amigas, ¿verdad? — Penélope se sentía apabullada por tanto parloteo y tanta efusión. ¿Amigas? ¿Cómo podía asegurar tal cosa aquella joven si ni siquiera se conocían? La miró detenidamente: era bella, muy joven, alegre y su ropa mostraba una posición económica muy holgada.

Probablemente ni una sola preocupación hubiera perturbado su cabecita en toda su vida, de ahí su carácter confiado e infantil, pensó Penélope.

–Entonces creo que lo correcto sería que usted me llamara a mí Penélope – se vio obligada a decir, pero casi protesta cuando la joven fue un paso más allá y propuso utilizar un diminutivo.

–La llamaré Penny, es más dulce y más amistoso, ¿no cree? ¡Penélope es un nombre tan largo! Lo mismo ocurre con mi hermana: jamás la he llamado Dorothea, sino Dotty. Los nombres deberían ser cortos y sonoros, ¿verdad? – no esperó la respuesta. Penélope comenzaba a darse cuenta de que a Violet le importaba hablar, dar su opinión y ser escuchada, pero no le interesaba demasiado lo que los demás tenían que decir, de modo que se calló y siguió escuchando su perorata de camino a casa de la prima Del. Así se enteró de que la joven había ido a buscarla porque no quería esperar hasta el jueves para conocerla y que la anciana le había dicho que había ido de paseo hasta los acantilados.

La velada del jueves llegó por fin y Penélope pudo conocer a los que, en adelante, serían sus vecinos. La reunión le resultó muy provechosa pues más de uno de los asistentes podría convertirse en personaje de alguna de sus novelas, aunque también le deparó sorpresas desagradables.

La joven se había puesto el más nuevo de sus vestidos, lo cual no era decir mucho. Era de color azul marino y tan recatado que bien podría pasar por novicia.

Trató de recogerse el pelo de un modo diferente, pero como no sabía, decidió hacer el mismo moño de siempre.

Barnia House era una construcción de principios del siglo XVI. Los Walpole la habían heredado de un pariente que había muerto sin descendencia varias generaciones atrás, por eso el escudo que coronaba la puerta de entrada era el de la familia Minstern y ellos habían añadido el suyo en uno de los flancos de la fachada norte. Contaba con veinticinco habitaciones, dos comedores (uno familiar y el otro para grandes celebraciones), un enorme lago donde podían pescarse carpas casi todo el año y un jardín francés con laberinto incluido que era la delicia de las visitas jóvenes, pues las hermanas Walpole solían jugar al escondite en él cuando hacía buen tiempo.

La señora Lixbom y su prima, la señorita Penélope Murray, llegaron a Barnia House con puntualidad, cuando el reloj de la sala emitía sus ocho

sonoras campanadas, que retumbaban hasta en el último rincón del ala norte de la casa. A Penélope le llamó la atención la elegancia de los uniformes de los lacayos. “En los pequeños detalles se nota la verdadera riqueza”, decía siempre su padre, y le ponía el ejemplo de los Ferbs, una familia endeudada que trataba de que no se notara su mala situación y seguía vistiendo como era costumbre en ellos, pero al ir de visita a su casa era evidente que la tela de los uniformes de servicio era de menos calidad que la del año anterior e incluso que las pastas que acompañaban al té eran menos suaves que antaño, lo cual indicaba que trataban de ahorrar en mantequilla.

La sala a la que accedieron, precedidas por el lacayo, era la más elegante y lujosa que Penélope había visto jamás. Las alfombras, terciopelos, maderas y biombos de aquella sala habían costado más que todo lo que había dentro de Aldrich Park, el que fue su hogar hasta la muerte de su padre.

Varias eran las personas que se encontraban ya presentes: dos damas muy hermosas (a una de ellas ya la conocía: era la señorita Violet Walpole), el anfitrión y un joven atractivo que debía de ser su sobrino, pensó Penélope, que había obtenido esa información de Violet.

La expresión en los rostros de los asistentes a la velada le demostró hasta qué punto inspiraba lástima en ellos su sola presencia y eso la hizo sentir mal, de modo que, casi de forma inconsciente, hundió los hombros y pareció más desgarbada aún.

La recibió muy cariñosamente el señor Walpole, un anciano de pelo canoso y energía juvenil que se alegraba de que alguien tan joven hubiera elegido el condado de Morningdale para vivir.

—Señorita Murray, ya conoce a mi hija Violet. Quiero presentarle a la señorita Laura Barry y a mi sobrino, el señor Timothy Walpole, de Yorkshire —le dijo el anciano. Penélope hizo una ligera inclinación y trató de no fijarse en la señorita Barry para no sentirse tan empequeñecida como se había sentido al conocer a Violet. Laura Barry era también hermosa y su ropa la hacía lucir aún más encantadora. El joven Timothy Walpole la saludó con una inclinación de cabeza y le sostuvo la mirada de una manera casi insultante. Era extremadamente atractivo, moreno, de largas patillas y ojos verdes. Su altura era muy superior a la media y sus modales impecables a excepción de aquella mirada persistente, impropia de un caballero. Penélope se dio cuenta de que si el señor Walpole sólo tenía dos hijas, el heredero de todas sus propiedades, a su muerte, sería aquel joven. La invitación a la velada no sería simplemente casual o afectuosa, existiría el deseo, por parte

del anciano, de que aquel joven eligiera como esposa a alguna de sus dos hijas.

CAPÍTULO 3

Montgomery Burton-Jones se había sentido verdaderamente sorprendido aquella tarde de que su madre, en aquella ocasión, no hubiera insistido para que la acompañara a la velada en casa de los Walpole. Era habitual en ella ese tipo de insistencia: quería hacerlo salir de casa a toda costa, como si él fuera tan superficial que con unos simples rayos de sol o con la compañía de gente agradable pudiera olvidar la causa de su amargura. Había también otros intereses por parte de su madre. Montgomery sabía que ella aspiraba a un matrimonio entre él y alguna de las hermanas Walpole o aquella muchacha tan hermosa, la señorita Barry. No es que las jóvenes carecieran de atractivos, más bien todo lo contrario, es que no habían logrado excitar su interés. Eran tan evidentes y predecibles que a él lo aburrían mortalmente.

–¿No era hoy la velada de los Walpole? –preguntó a su madre durante el té de las cinco. El rostro reservado de ella le hizo comprender que había dado en el clavo: la anciana, por algún motivo, no deseaba que él la acompañara en aquella ocasión y, precisamente por eso, él decidió ir con ella.

–Sí, hoy a las ocho –contestó la señora Burton-Jones, rezando para que su hijo no quisiera acompañarla. Siempre había intentado sacarlo de casa para que frecuentara a jóvenes y superara aquella amargura en la que ya llevaba demasiado tiempo sumido, pero cada vez que había asistido a una reunión, su comportamiento era tan desagradable que la anciana acababa por arrepentirse de sus intentos para que su hijo dejara de ser un ermitaño. Justo en aquella ocasión, ella no deseaba que Monte la acompañara. Temía que sus comentarios desagradables y crueles pudieran herir a la señorita Penélope Murray, aquella lejana pariente que había tenido la desgracia de quedarse huérfana pocas semanas atrás y, además de todo, quedarse también sin un techo. La joven estaría triste aún y tratando de adaptarse a una situación más penosa que todo lo que había vivido hasta el momento y eso que los Murray siempre habían vivido con unos medios más bien modestos.

–Bien, te acompañaré –dijo Montgomery Burton-Jones, mientras su madre trataba de ahogar una protesta. Él ocultó su malévola sonrisa. Por algún motivo, haciendo que los demás se sintieran mal, él se sentía mejor.

Cuando los Burton–Jones llegaron a casa de los Walpole, pasaban casi doce minutos de las ocho de la tarde. El anfitrión aún no había acabado de presentar a la nueva vecina de Morningdale a todos los asistentes. Estaba especialmente interesado en que Penélope Murray se sintiera feliz y acogida. El anciano señor Walpole era un hombre honorable y encantador que nunca dejaba de sentir como propios los problemas ajenos. La casa en la que vivían la señorita Murray y la señora Lixbom era de su propiedad y se la había alquilado por un precio muy inferior al que correspondería, pero en realidad él no necesitaba ese dinero. No podía dejar que ellas vivieran gratis, ni proponerle siquiera, pues eso las humillaría, pero sí podía estipular un alquiler lo suficientemente bajo como para que ambas mujeres vivieran allí sin demasiados ahogos. La señorita Murray era una muchacha joven y, por lo que había oído, muy sensata y Dios sabía que sus hijas necesitaban de alguien sensato cerca de ellas, pues aquella joven hermosa, la señorita Laura Barry, tenía muchas cualidades, pero la sensatez no era una de ellas.

El lacayo entró en la sala y anunció a los nuevos visitantes. “El coronel Burton–Jones y su madre, la señora Burton–Jones”, dijo con su voz de barítono.

Penélope Murray sintió que la sangre se le subía al rostro y que el corazón comenzaba a latirle al galope. Ni siquiera le dio tiempo a pensar demasiado, pues giró la cabeza y se topó frente a frente con quienes la habían desposeído de todo tras la muerte de su padre.

La señora Burton–Jones le pareció, a pesar de su rechazo inicial, una mujer afable y buena. Había sido hermosa en su juventud y aún lo era. Su pelo canoso enmarcaba unas facciones delicadas, casi de muñeca (los enormes ojos verdes, la naricilla respingona y la boca en forma de corazón). Parecía realmente encantada de conocer a Penélope y se comportó con ella casi con cariño, a pesar de que era la primera vez que se veían.

–Mi querida señorita Murray, no sabe cuánto ansiaba conocerla –le dijo, mientras se acercaba para tomarla del brazo–. ¡Qué vergüenza que seamos primas y no nos conociéramos!

Penélope sonrió sin demasiadas ganas. Estaba tensa, pero no por la señora Burton–Jones, sino por su hijo.

El coronel, como lo llamaban todos, tenía un aspecto salvaje que debía de asemejarse bastante a la negrura de su alma, pensó la joven. Era muy alto, moreno y de hombros anchos. Caminaba de forma resuelta, como todos los que se sienten seguros de sí mismos, y si algo asustaba más que su largo pelo

y su barba enmarañada o sus gestos bruscos era la llama malévola que brillaba en el fondo de sus ojos negros. Miró a Penélope con una mezcla de asombro y regocijo, como si el hecho de que fuera fea, desgarrada y carente de todo atractivo lo hiciera feliz.

Eso, al menos, pensó la muchacha, lo cual la llevó a tener la peor de las opiniones respecto a él, pues sólo un ser de naturaleza malvada podía alegrarse de algo así.

Ese era el motivo por el cual se sentía nerviosa, porque los ojos de él clavados en su espalda y comprobando su falta de garbo la hacían caminar aún con mayor torpeza.

El coronel Burton-Jones iba vestido con pantalón negro de montar, camisa blanca y casaca también negra. El aspecto general era el de un hombre descuidado y oscuro, tal vez misterioso, seguramente cruel. Caminaba dando amplias zancadas y tenía la cualidad de hacer enmudecer a la gente cuando entraba en un lugar.

La señora Burton-Jones había tomado del brazo a Penélope y la había conducido a un sofacito cercano a la chimenea. Se sentaron juntas y la anciana quiso saber cómo se estaba adaptando a su nueva vida.

—Muy bien, señora, muchas gracias —le dijo, tratando de mantener las distancias—. La prima Del es todo amabilidad y Morningdale, mucho más hermoso de lo que nunca imaginé. Tengo que esforzarme para recordar que estoy en Inglaterra, pues el clima y el paisaje me transportan al sur de Francia —dijo sin pensar, con la mirada soñadora. No se dio cuenta de que justo detrás, apoyado en la ventana que daba al laberinto que había en el medio del jardín, el coronel no perdía detalle de sus palabras.

—¿Conoce el sur de Francia, querida? —preguntó la anciana asombrada, pues tenía entendido que al padre de la joven nunca le había sobrado el dinero y un viaje al país galo ciertamente estaría fuera de sus posibilidades.

—No, no —se apuró a responder Penélope, sonrojándose un poco—. Sólo conozco Francia a través de las descripciones que he leído en algunos libros...

—Oh, comprendo —comentó la señora Burton-Jones. Esto le parecía mucho más creíble que la posibilidad de que aquella joven hubiera viajado por el continente.

—La señorita Murray dibuja —dijo Violet Walpole, introduciéndose así en la conversación, haciendo que todos miraran a la nueva vecina de Morningdale y convirtiendo a Penélope en el centro de la velada. La joven,

poco acostumbrada a que algo así ocurriese, no sabía cómo salir airosa y comenzó a sonrojarse más aún y a jugar con los pliegues de su vestido.

—¡Oh, debe enseñarnos sus dibujos, señorita Murray! —exclamó la madre del coronel. Muy cerca del sofá en el que se encontraban Penélope y la señora Burton—Jones había un sillón tapizado de flores. En él descansaba la prima Del, que cerró los ojos casi de forma inconsciente al escuchar estas palabras. ¡Pobre Penélope! Debía de estar pasándolo fatal. Seguramente la muchacha dibujaba por puro divertimento, pero carecía de verdaderas dotes y de maestría, teniendo en cuenta, además, que su familia no disponía de medios para pagarle un buen profesor y el único que le había dado alguna pequeña indicación era el profesor contratado por aquella vecina de los Murray, la señora Patrick.

—¿Nos los enseñará, Penny querida? —preguntó Violet con una familiaridad que sólo sorprendió a Penélope, pues los demás la conocían sobradamente. La joven asintió.

—Puedo enseñarles algunos de mis dibujos, claro está, pero no tengo demasiados. Cuando me trasladé aquí, me deshice de la mayoría... —al tiempo que decía esto, se encogía de hombros, indicando con ello que ciertas pérdidas eran inevitables para quienes, como ella, no disponían ya de un hogar propio y amplio para guardar sus recuerdos.

—¡Dios mío! —exclamó la señorita Laura Barry, que no había abierto la boca hasta ese instante—. ¿Y no se ha muerto usted de la pena? —Penélope elevó la mirada hacia ella, pues la otra joven estaba de pie en ese instante, y la contempló con una sonrisa que ponía de manifiesto cierta condescendencia. La señorita Barry estaba asombrosa con su vestido lavanda y su delicado rostro enmarcado con aquel peinado de bucles que tanto la favorecía. Tenía la piel pálida y los ojos de un azul intenso que destacaban bajo el arco perfecto de las cejas y el color negrísimo de su cabello.

—Claro que no me he muerto, señorita Barry... ¿Qué significa perder unos simples dibujos cuando uno ha perdido ya a sus padres y el hogar que siempre consideró suyo? —sabía que las últimas palabras habían sido muy desconsideradas, pues allí se encontraban quienes le habían arrebatado su casa, pero aun así lo dijo con la cabeza alta y sin que le temblara la voz. El coronel Burton—Jones sintió la mirada de su madre clavada en su rostro. Ella hubiera deseado cederle Aldrich Park a la muchacha, él lo sabía, pero al fin y al cabo las leyes eran así. Penélope no era un varón y no podía heredar la propiedad.

–Las leyes son así, mi querida señorita Murray. Las mujeres no pueden heredar –intervino el anciano señor Walpole antes de que el coronel pudiera decir nada, pues intuía que si éste respondía a las palabras de Penélope, sería muy grosero. Además, el señor Walpole sufriría eso en sus propias carnes, ya que tras su muerte, sus hijas tampoco podrían heredar sus bienes, lo haría su sobrino, al que había invitado aquella temporada para lograr que se casara con Violet o Dorothea.

–No, señor Walpole. Discúlpeme, pero las leyes no son así –comentó Penélope con convicción y dedicándole fugaces miradas al coronel, pues a él iba dirigido su comentario–. Decir que “son así” es dar por supuesto que no pueden ser de otra manera. Por ejemplo: un tigre es así, peligroso, porque no puede evitarlo, pero las leyes no son así. Las hacemos así. Mejor dicho: los hombres las hacen así, por eso no es de extrañar que sea a ellos a quienes benefician y no a nosotras, las mujeres.

Todos se quedaron sorprendidos ante la afirmación de Penélope. Era muy osado decir algo así. Una dama de buena cuna jamás cuestionaba el orden establecido de las cosas ni pretendía privilegios que eran masculinos por tradición. La prima Del, en cambio, se enorgulleció de Penélope y los dos solteros de la sala no pudieron dejar de pasmarse ante la energía con la que aquel ratoncito gris había defendido su punto de vista. No era tan sosa, al fin y al cabo.

A Montgomery le extrañó la voz de la muchacha, pues era lo único hermoso que poseía. Todo lo demás era insignificante. Ni siquiera se podía decir que fuera fea, porque no lo era. Simplemente se trataba de una personita gris que jamás había prestado el más mínimo interés a su imagen. El coronel casi la compadeció. No sólo era insignificante, sino que su carencia de fortuna hacía imposible que se casara algún día. Ningún hombre se sentiría tentado por su dinero ni por su hermosura. Parecía tener bastante carácter y eso tampoco era del gusto masculino, más inclinado a mujeres dóciles y manipulables. Había vivido, además, en un ambiente de poca opulencia y eso se notaría en su forma de comportarse en sociedad, imaginó él, aunque hasta el momento, le había parecido bastante resuelta. Se fijó más en este punto y comprobó que la muchacha no carecía de elegancia, más bien al contrario. Poseía un saber estar natural y sus movimientos tenían cierto toque aristocrático. Era una pena que, por el contrario, cuando estaba de pie caminara y se moviera como una zamba. Sentada, sus modales eran impecables.

—¿Y qué propondría usted si pudiera dictar las leyes, señorita Murray? —la voz del coronel retumbó en la sala haciendo que todos se callaran de inmediato.

Miraba a Penélope con una intensidad abrasadora y sus ojos eran dos cuchillas afiladas que brillaban peligrosamente en su rostro, apenas perceptible entre la larguísima barba y el pelo desordenado. Ella lo miró sin inmutarse, dándole la misma importancia que le daría a una hormiga que se cruzara en su camino, aunque íntimamente le hervía la sangre y le hubiera gustado llamarlo ladrón por haber aceptado la herencia de Aldrich Park tras la muerte de su padre.

—Propondría que los mismos derechos que rigen para los hombres rigieran también para las mujeres. Y los mismos deberes —comentó con voz firme. Él sonrió con cinismo.

—¿Está segura de que usted aceptaría sin rechistar los deberes de un hombre? Las mujeres tienen una vida muy cómoda, no creo que aceptaran gustosas los quebrantos masculinos —aseguró él, con la sonrisa más insultante que ella había visto en su vida. Penélope hubiera querido abalanzarse sobre él como una gata y arañar su rostro para borrar aquella sonrisa.

—Hagamos una cosa, coronel... Ya que mi vida es tan fácil y la suya tan complicada, cambiemos nuestros papeles. Yo me hago cargo de sus deberes y sus privilegios y usted hágase cargo de los míos —la joven sonrió cuando vio que el rostro del coronel se oscurecía—. Veo que no le parece tan buena idea y no lo comprendo. Teniendo yo, por ser mujer, una vida tan cómoda, no comprendo que no quiera calzarse en mis zapatos y dejarme a mí sus muchas complicaciones.

¡Las acepto gustosa, se lo juro! ¿Acepta usted las mías del mismo grado?

Los lacayos comenzaban a pasear bandejas con bocaditos dulces y salados impidiendo que el coronel pudiera responder, pero la ira era perfectamente visible en su mirada. Se sirvieron también licores y para las damas, unos zumos de frutas que a Penélope le parecieron deliciosos. Había olvidado por completo al coronel, a aquellas hermosas damas, la señorita Barry y la señorita Walpole, y al apuesto joven que era sobrino de su anfitrión y que la miraba casi sin pestañear desde el otro extremo de la sala, de pie y apoyado en la pared. Los olvidó por un segundo a todos y se deleitó en aquellos manjares y en la contemplación de aquel maravilloso salón, tan hermosamente decorado.

El coronel Burton-Jones se acercó al joven Timothy Wapole, al que

conocía del club de caballeros de Londres del que ambos eran socios, aunque hacía muchos meses que no se veían. Se había dado cuenta de cómo miraba a Penélope. Era extraño, pero tampoco él podía apartar la mirada de la muchacha, a pesar de que no tenía nada de atrayente.

–Veo que le ha sorprendido la señorita Murray, ¿eh, Walpole? –preguntó Montgomery con una media sonrisa cínica.

–Debo reconocer que sí, coronel. Ciertamente me ha sorprendido la dama... Me parece muy sensata y Dios sabe que la sensatez no es una cualidad que abunde entre las damas que conozco. Sensata, aunque con ideas un tanto...

inconvenientes –frunció la boca, asintió y paseó la mirada de Penélope a Violet, comparándolas–. Lástima que no... –iba a decir: “lástima que no sea más bonita”

o “lástima que no ponga más cuidado en su aspecto”, pero calló a tiempo para no ser descortés. Aun así el coronel entendió perfectamente lo que quería decir y respondió:

–Sí, es una lástima. Uno podría perdonarle la prepotencia si fuese más bonita –la miró de forma insistente.

El anfitrión de la velada se les acercó y los tres caballeros se sentaron en los sillones cercanos a la puerta que daba a la terraza. Fumaron y hablaron de política, mientras las damas, sentadas en los sofás que había al lado de la chimenea, se afanaron por descubrir los gustos y aficiones de la nueva habitante de Morningdale. Las zonas en las que estaban ambos, sin embargo, se encontraban lo suficientemente cerca como para que unos hubieran escuchado a los otros si prestaran oídos y eso fue exactamente lo que hizo el coronel, escuchar la conversación de las damas, mientras asentía y hacía como que atendía a los caballeros y su perorata sobre el estado del país.

–¿Cuándo comenzó a dibujar, querida? –le preguntó con interés la señora Burton–Jones. Le conmovían los intentos de la joven por tener una educación esmerada como la de las jóvenes con posibles. Al mismo tiempo, le entristeció pensar que la pobre Penélope dibujaría mal, pues ¿cómo va a dibujar bien alguien que no ha tenido al profesor adecuado guiándola con sus lecciones?

–Desde los ocho años, un año antes de comenzar a tocar el pianoforte, creo –ante esta nueva imprudencia, la prima Del sintió una punzada en el estómago. Ya era suficiente que se pusiera en evidencia enseñando unos dibujos que, a buen seguro, no tendrían el más mínimo valor, pero añadir a

eso el bochorno de tocar el pianoforte y, seguramente, cantar en una velada delante de dos jóvenes tan dotadas para ello como la señorita Violet y la señorita Barry era demasiado –¡Hablando del pianoforte, toquemos, querida Laura! –dijo Violet llena de entusiasmo. La joven no había nombrado a Penélope a propósito, para no ponerla en un aprieto, pues había llegado a la conclusión –igual que la prima Del y el resto de asistentes a la velada– que aquella joven sin recursos no podía sino aporrear el instrumento y cantar como un gato escaldado.

Tanto los caballeros como las damas siguieron a Violet hasta la sala contigua, presidida por un hermoso pianoforte frente al cual estaban dispuestas varias sillas, pues era muy habitual que las veladas tuvieran su correspondiente sesión musical.

Penélope, la prima Del, la señora Burton–Jones y la señorita Laura Barry se sentaron en la primer fila y, tras ellas, los tres caballeros. A Penélope la ayudó a tomar asiento Timothy Walpole y sus ojos se cruzaron un instante. La sonrisa fugaz de él no fue, en cambio, correspondida por ella, cuya mirada se centró más en aquel maldito coronel. Sí, maldito. Las damas no debían maldecir en voz alta, pero sus pensamientos eran suyos y maldecía tantas veces como deseaba.

Montgomery la miraba sin disimulo, sabiendo que la ponía nerviosa. Si fuera bella, no la habría mirado así para no alimentar su vanidad, pero como no lo era, la miraba con todo descaro, regocijándose de lo incómodo que sería para ella.

La joven se estaría preguntando qué lo llevaba a mirarla de aquel modo, porque desde luego su físico no era un reclamo.

Penélope se sintió dolorosamente consciente de su fealdad, de ser un bicho tan raro que Timothy Walpole se sentía obligado a ser amable por lástima y el coronel la miraba sin disimulo. En varias ocasiones, la joven se llevó la mano a la nuca, pues presintió la mirada de ambos caballeros en la piel desnuda de su cuello y se sintió de pronto expuesta y vulnerable. Apenas prestó atención a las piezas de Chopin que interpretaron ambas jóvenes, primero Violet y a continuación Laura.

Oyó como en sueños su nombre en boca del coronel. Aquella voz era terrible, una voz que la asustaría si la escuchaba en medio de la noche porque sonaba igual que suenan las voces en las pesadillas, oscura y profunda, cavernosa.

–Debería deleitarnos con alguna pieza también usted, señorita Murray –

dijo el coronel. Ella volteó la cabeza hasta tropezarse con la mirada burlona de él.

Era evidente que Montgomery Burton-Jones estaba dispuesto a poner contra las cuerdas a la joven y ver si ella lo soportaba o no. Aquel era su momento para resarcirse por las palabras burlonas que ella le había dirigido minutos antes.

¿Proponerle que se cambiara por ella? ¡Se había escuchado alguna vez una estupidez mayor que aquella! Pero ahora la muchacha se vería obligada a interpretar algo al piano y quedaría en ridículo, así él la pondría en su lugar. Nadie se burlaba del coronel Burton-Jones.

CAPÍTULO 4

Penélope no comprendió la mirada burlona del coronel, como tampoco comprendió por qué los demás hacían caso omiso a la petición de éste. Miraban hacia otro lado, no a ella, y se centraban en pedirle a la señorita Barry que interpretar algo más. Pero entonces Penélope abrió desmesuradamente los ojos y lo comprendió todo. ¡Los invitados creían que ella no sabía tocar bien el pianoforte! Al fin y al cabo, era una joven perteneciente a una familia de escasos recursos, sin dinero para pagar a un buen profesor que la enseñara. Por eso todos ignoraban la petición del coronel, para que ella no se pusiera en evidencia, y por eso el coronel –ahora sí estaba segura de que era un ser vil y miserable– quería que ella interpretase algo. Deseaba verla hacer el ridículo. Que todos ellos la tomaran por alguien tan falto de juicio como para decir que sabía tocar el pianoforte si verdaderamente no sabía hacerlo bien, la ofendió. Ella no era bonita, ni elegante, ni llamativa, pero era realista y sensata y si decía que sabía tocar es porque sabía hacerlo.

Sólo por darse el gusto de ver la cara del coronel cuando la escuchara, se levantó de su silla y se dirigió al instrumento. A Montgomery le llamó la atención que en esos momentos no caminara como un pato mareado, igual que lo había hecho antes. Penélope sólo caminaba de esa manera cuando se sentía insegura y en esos instantes solo se sentía furiosa.

–Les interpretaré algo encantada –dijo, mientras veía cómo Laura Barry dejaba vacía la banqueta para que ella pudiera sentarse. No dijo ninguna palabra que indicase falsa modestia, como habían hecho las otras dos muchachas que, había que reconocerlo, eran unas buenas concertistas. Ella se sentó ante el instrumento y no hizo referencia a que había varios días que no tocaba, ni a que la perdonaran si cometía algún error, porque sabía que no lo cometería.

–Voy a interpretar una pieza de Liszt que me gusta especialmente –fue todo lo que dijo antes de que sus dedos se apoyaran delicadamente sobre las teclas del piano. No dijo nada acerca de que adoraba a Liszt porque era innovador y se permitía la libertad de improvisar. Tampoco dijo que escucharlo la hacía sentir como un pájaro que sobrevuela montañas y lagos y lo ve todo desde muy lejos.

No dijo nada de esto porque intuyó que no la comprenderían. Simplemente acarició las teclas con sus dedos largos y delicados y comenzó a sonar en la sala el *Sueño de Amor* tan maravillosamente interpretado que todos los asistentes enmudecieron. Si la mandíbula del coronel no estuviera fuertemente cerrada, se le hubiera descolgado debido a la sorpresa. Su prima, la anciana señora Lixbom, se llevó ambas manos al pecho, conmovida y asombrada por el virtuosismo de Penélope, y la joven Violet Walpole emitió uno de sus grititos de entusiasmo. La única que no pareció alegrarse de descubrir que Penélope Murray tenía aquel extraordinario don fue la señorita Laura Barry, que había mirado de soslayo la reacción de los caballeros solteros de la sala –el coronel y el señor Walpole– y no le había gustado nada su asombro. Cualquiera de los dos le hubiera servido como marido, incluso el coronel –a pesar de su terrible mal carácter–, especialmente en aquellas fechas en las que estaba próximo el estallido del escándalo: la familia Barry estaba absolutamente arruinada y ella debía conseguir casarse cuanto antes.

El coronel Burton-Jones sintió que un escalofrío le recorría la espalda al escuchar aquella melodía tan maravillosamente interpretada. No podía apartar la mirada de la esbelta espalda recta de Penélope, de la elegancia de sus dedos deslizándose por el teclado. Cuando la música dejó de sonar, se hizo un profundo silencio en la sala, interrumpido únicamente por el ruido de la banqueta cuando la joven abandonó el piano. Los asistentes rompieron entonces en aplausos, tras esos breves instantes de incredulidad. Había una línea claramente diferenciada entre quienes tocaban muy bien el pianoforte, como las señoritas Walpole y Barry, y quienes eran auténticas virtuosas del instrumento, como Penélope Murray. Ni siquiera se sonrojó ante los aplausos y las muestras de asombro de los invitados.

Tenía tan claras cuáles eran sus carencias y cuáles eran sus talentos, que apenas se sonrojaba ni por los unos ni por los otros. Aceptaba con la misma naturalidad su insignificancia física que su asombroso talento para la música, la escritura y la pintura. Teniendo tantas horas libres, qué otra cosa podía hacer una dama con su tiempo.

El joven señor Walpole se levantó de la silla y continuó aplaudiendo entusiasmado sin percibir la mirada oblicua de Violet, que sintió por primera vez en su vida una leve punzada de celos. También el anciano señor Walpole, la prima Del y las dos jóvenes damas se levantaron de sus asientos para aplaudirla. Sólo el coronel permanecía en su sitio. No había aplaudido y tenía la mirada fija en Penélope.

–Es increíble que una muchacha sin un céntimo sea capaz de tocar infinitamente mejor que aquellas que han tenido a sus pies a los mejores maestros del país –dijo desde su silla, absolutamente pasmado, con aquel gesto a medio camino entre la sorpresa y el enfado. Siempre estaba enfadado. Cuando escuchó la exclamación ahogada de su propia madre se dio cuenta de que algo en su comentario no debía de ser del todo correcto. Repasó mentalmente sus palabras y comprobó que en una sola frase había insultado a Penélope llamándola pobre y a Violet y Laura diciendo que eran peores concertistas que la anterior. De las tres jóvenes, la única que parecía contrariada era Laura. Violet era de naturaleza demasiado alegre y de inteligencia demasiado lenta como para comprender las implicaciones de su comentario y Penélope... En cuanto a Penélope, no sabía qué pensar. No parecía ofendida, aunque debería estarlo, pero no podría asegurar si era demasiado tonta para entender sus desafortunadas palabras o si estaba impermeabilizada frente a ese tipo de comentarios.

–¡Monte, por Dios! –exclamó la señora Burton-Jones, mortificada.

–No se preocupe, señora, al menos en lo que a mí respecta –aseguró Penélope–. No puede ofenderme que me llamen pobre cuando no tengo la culpa de serlo –comentó con una sonrisa que ocultaba su enfado. La carcajada del coronel rompió la tensión del ambiente. Todos lo miraron sorprendidos.

–Es usted en verdad peleona, señorita Murray –dijo–, sigue con su tema: las injusticias que sufren las féminas. Así que no es culpable de su pobreza porque al ser mujer no se le permite ganarse la vida –la idea cruzó la mente de Montgomery Burton-Jones y, sin sopesarla, se la expuso a la joven–, pero voy a poner remedio a eso. ¿Qué le parecería si yo la contrato? Necesito un administrador. La trataría como a un hombre: le ensañaré cómo quiero que administre Bardinton Hall durante un mes, después le exigiré lo mismo que a mi antiguo administrador y le pagaré lo mismo que a él –al decir esto contrajo brevemente el gesto. Su antiguo administrador era también su padre biológico–.

Veamos si es cierto que las mujeres pueden asumir los deberes de un hombre en vez de lloriquear y desmayarse ante el más mínimo contratiempo...

–No acepto –se apresuró a responder Penélope.

–¿No acepta? –preguntó él burlonamente, creyendo que había ganado aquel enfrentamiento y había demostrado la debilidad de carácter de la joven.

–¡Por supuesto que no acepta, Monte! ¡Es un ofrecimiento del todo inadecuado para una dama! –aseguró la señora Burton-Jones mirando a su hijo.

–El trabajo sí lo acepto, señora –dijo la joven mirando a la anciana–. No considero que sea inadecuado realizar un trabajo decente a las órdenes de una familia respetable –todos la miraron con cierto fruncimiento de ceño, pues sí lo consideraron inadecuado, pero la comprendieron debido a sus necesidades económicas. La señorita Laura Barry estaba horrorizada: debido a la bancarrota de su familia, y si no conseguía pronto un marido rico, tal vez ella también se viera obligada a trabajar.

–¿Entonces qué es lo que no acepta? –quiso saber el coronel, recordando la inicial negativa de Penélope. Ella lo miró con cautela, sin alterarse.

–Lo que no acepto es ser representante de todo el género femenino. Es injusto. A los hombres no se les puede juzgar por lo que haya hecho uno solo de ellos. Me niego a que se juzgue a las mujeres de acuerdo a mis méritos o fracasos.

Si desempeño bien el trabajo, eso no significa que todas las mujeres del mundo también pudieran hacerlo y si fracaso, tampoco significa que las demás no pudieran hacerlo –tomó aire antes de seguir hablando–. Yo no juzgo a todos los hombres de Inglaterra de acuerdo a la opinión que tengo sobre usted –la joven le sonrió al coronel y este entrecerró los ojos ante la sombra de burla que había en aquellas palabras. Por unos instantes, ambos se olvidaron de que el resto de los asistentes a la velada los estaba observando y, como si el tiempo se hubiese detenido, se miraron sin tregua, llenos de ira.

–La espero mañana a las once en Bardinton Hall. Si llega un minuto tarde, no la atenderé –fue todo lo que dijo el coronel.

–Me parece justo –respondió ella, con la barbilla levemente alzada. Iba a demostrarle a aquel monstruo de lo que era capaz.

Cuando la velada hubo finalizado, los Walpole discutieron brevemente sobre el pequeño conflicto surgido entre el coronel y la señorita Murray. El anciano señor Walpole disculpaba el deseo de ella de trabajar, pues conocía su situación económica. Timothy Walpole dijo haberse asombrado ante el carácter de Penélope, pues la había imaginado sosa y gris y había resultado una grata sorpresa, a pesar de que algunas de sus ideas eran ciertamente

escandalosas. La hermosa y pizpireta Violet Walpole se entristeció por segunda vez en su vida ante las palabras de su primo. La primera vez que se había entristecido había sido varios años atrás, cuando Timothy había declarado que Dorothea Walpole era la joven más bonita que había visto en su vida... No podía imaginarse nada más horrible que competir con su propia hermana por el amor de Timothy.

De camino a su casa, en el traqueteante carruaje, la señora Burton-Jones no se atrevía a decirle ni una palabra a su hijo. Lo conocía lo suficientemente bien como para saber que en aquellos momentos estaba de un humor de perros. Nadie se le había enfrentado jamás tan abiertamente y Penélope había logrado lo que la señora Burton-Jones creyó que nunca vería: dejar sin palabras al coronel.

–¿Estás segura de aceptar ese trabajo? –preguntó la prima Del a Penélope cuando ya habían llegado a casa.

–Por supuesto que sí –dijo Penélope con total convicción–. Necesitamos ese dinero.

–Él tratará de hacerte la vida imposible, querida –la anciana parecía preocupada.

–Pero no lo logrará –aseguró la joven con una amplia sonrisa.

–¿Cómo puedes saberlo? No lo conoces, no sabes de lo que es capaz...

–Me conozco a mí y eso basta –dijo Penélope. Estaba acostumbrada a sufrir y a trabajar. Su padre no había tenido dinero para contratar administradores y siempre había hecho ese trabajo él mismo y, cuando enfermó, Penélope había tenido que ocupar su lugar. Es cierto que lo hizo durante poco tiempo y que carecía de las nociones más básicas, pero Aldrich Park no se había hundido.

Además, con las indicaciones del coronel ella aprendería rápido. Siempre había tenido una inteligencia despierta. La sangre le hirvió de ira la pensar en Montgomery Burton-Jones. Aquel maldito se había acercado a ella cuando ya se disponían a abandonar la casa de los Walpole y, mientras su prima Del se despedía del anfitrión, el coronel le había susurrado unas palabras al oído.

–¿Siempre ha tenido usted la lengua tan larga? Me cuesta creer que su padre le hubiera permitido exponer sus ideas en público –la voz de él era apenas un murmullo y su mirada, tan burlona como siempre.

–Mi padre ni siquiera conocía mis pensamientos y no, jamás los expuse en público hasta ahora. Tras la mujer de mi padre, no hay nadie que me amordace.

Hoy ha sido la primera vez en mi vida que he sido yo misma y me ha resultado liberador –los ojos de Penélope chispeaban de fuerza y entusiasmo y dieron brillo a su rostro.

–¿Se da cuenta de lo peligroso que es eso? –le preguntó él con el ceño fruncido. La joven se encogió de hombros.

–Una mujer libre e inteligente siempre resulta sumamente peligrosa, coronel, pero imagino que eso no es algo que asuste a una persona como usted, que ha estado en la guerra, ¿o sí le asusto? –Penélope se dio media vuelta y se encaminó hacia el pequeño grupo que, en la entrada de la mansión, se estaba despidiendo. El coronel se quedó plantado y boquiabierto en medio del hall.

Jamás, en toda su vida, había conocido a una mujer como aquella.

CAPÍTULO 5

El día había amanecido nublado, aunque nada indicaba que fuese a llover, de manera que Penélope decidió ir dando un paseo hasta Bardinton Hall, la casa del coronel. Vista desde lejos, la monstruosa mansión daba tanto miedo como su dueño. Era inmensa, con muros de piedra oscura recubierta de hiedra y dos torres tan tétricas que uno esperaría que en ellas habitaran fantasmas. Los jardines que la rodeaban estaban cuidados y eran hermosos, pero no tan afrancesados como los de la familia Walpone. Los Burton-Jones respetaban, hasta cierto punto, la libertad de los árboles para crecer a su antojo, en vez de ir recortando formas a sus ramas, tal y como hacían sus vecinos. Con todo, la mansión era hermosa, pero sobrecogedora. Parecía sacada de una novela gótica de esas que estaban tan de moda en la época. Penélope no perdió detalle de cuanto iba viendo según se acercaba y en el instante en que un jardinero apareció detrás de una de las celosías cercanas a las caballerizas, la joven se dirigió a él para hacerle unas preguntas.

–Perdone, ¿cómo se llama? –el hombre tenía el pelo canoso y un poco largo. Llevaba unas tijeras de podar en la mano y una gorra que se quitó de inmediato antes de hablar con ella.

–Dobson, señorita –respondió con amabilidad.

–Mi nombre es Penélope Murray y hoy comienzo a trabajar para el coronel. ¿Usted lleva mucho tiempo aquí? –quiso saber.

–Trabajo en Bardinton Hall desde la época del padre del señor.

–Qué bien, entonces podrá responderme a una pregunta... Verá –comenzó la joven–, tengo miedo de hacer algo que incomode al coronel. Me he dado cuenta de que es un hombre con mucho carácter y al que le gusta que las cosas se hagan exactamente como ordena, sin embargo a mí no me ha dado ninguna indicación...

¿Podría decirme cuáles eran las costumbres del anterior administrador? – Penélope vio cómo el jardinero fruncía el ceño. No creía que ella fuese la nueva administradora, pero igualmente respondió.

–En esta casa hay unas costumbres establecidas que se siguen a rajatabla desde hace décadas... El señor York, el antiguo administrador, que Dios guarde su alma, accedía a la mansión por la puerta trasera –el hombre señaló la puerta acristalada que había en la fachada posterior de la mansión– justo a

las once menos cinco de la mañana. Se paraba ante el reloj de pared que hay en el hall y cuando comenzaba a dar las once campanadas, llamaba a la puerta de la izquierda, que es el despacho del señor.

–Muchas gracias, Dobson –le dijo Penélope con una sonrisa que el jardinero respondió con una leve inclinación.

–Con mucho gusto, señorita. Aquí estoy para lo que necesite –la miró alejarse con el ceño fruncido. ¿Realmente aquella joven tan poco agraciada iría a administrar las propiedades del coronel?

–James, cuando llegue la señorita Murray, dígame que no puede acceder a Bardinton Hall por la puerta principal, sino por la trasera. Acompáñela por fuera del edificio hasta aquí, no por el interior, ¿de acuerdo? –le indicó el coronel a su mayordomo.

–Así se hará, señor –le dijo el anciano con una inclinación de cabeza. El coronel se sentó detrás de su escritorio y comenzó a saborear su pequeña venganza. Estaba de un humor de perros desde el desayuno. Su madre había tenido con él una de esas conversaciones que lo enervaban.

–Monte, has sido terriblemente injusto con la señorita Murray y con todas las mujeres, en realidad... ¿De dónde has sacado esa tontería de que no servimos para nada? Una cosa es que sea inadecuado que trabajemos y que la sociedad nos juzgue mal por ello y otra muy distinta es que no seamos capaces de desarrollar un buen trabajo –le había dicho su madre entre sorbo y sorbo de su té matutino–.

Nunca habías mostrado unos pensamientos tan ofensivos y tan cínicos, querido.

Era cierto. Él jamás había pensado que una mujer no fuese capaz de realizar un trabajo con seriedad, ni que lo único para lo que estaban capacitadas fueran para el aleteo de sus pestañas, la coquetería y la manipulación. Jamás había pensado así. Durante la guerra, por ejemplo, había visto el coraje de las enfermeras, que con pocos medios salvaban vidas o ayudaban a morir dignamente a los soldados. El propio Montgomery había tenido que hacer verdaderos esfuerzos para no vomitar la primera vez que había visto un hospital militar. El olor metálico y dulzón de la sangre, la visión terrorífica de los cuerpos desmembrados... Sin embargo, aquellas enfermeras hacían su labor con entereza y hasta con cariño. No, nunca había

pensado que una mujer no estuviera capacitada para hacer un buen trabajo, pero desde que había descubierto que su madre había mantenido un engaño tan terrible como el que hacía poco había descubierto, ya no confiaba en ninguna mujer. Todas le parecían manipuladoras y capaces de las acciones más ruines. Si su madre, a la que siempre había considerado la mejor de las mujeres, era capaz de hacer pasar por hijo de un Burton-Jones al hijo de un simple administrador apellidado York, ¿de qué no serían capaces el resto de las mujeres?

Montgomery miró el reloj que había sobre su despacho. Eran las once menos cinco y la señorita Murray aún no había hecho acto de presencia.

Probablemente llegaría tarde y él se vería en la obligación de cumplir su palabra y no recibirla. Para su sorpresa, eso no lo alegró. Le molestaría no tener cerca a Penélope Murray y ver de qué era capaz aquella muchacha. Puede que su físico no hiciera que todos los ojos la siguieran cuando entraba en un salón, pero en el momento en el que abría la boca, la cosa cambiaba y eso era mucho más de lo que se podía decir de las damas que conocía. Penélope Murray era sumamente interesante y estaba llena de sorpresas.

El reloj de pared indicó que ya eran las once y justo en el instante en el que comenzaron a sonar las campanadas, el coronel escuchó unos golpes en la puerta.

Frunció el ceño. ¿Quién demonios podía estar llamando a aquella puerta, solo reservada para el administrador?

—Adelante —dijo con tono malhumorado. La puerta se abrió y la pequeña figura de Penélope Murray apareció tras ella. Llevaba puesto uno de sus horribles vestidos, en este caso, de color marrón oscuro y con un cuellecito blanco. El sombrero no la favorecía en absoluto y Montgomery Burton-Jones pensó que ni haciéndolo a propósito podría ir peor vestida. ¿Sería eso? ¿Acaso Penélope se vistiera así a propósito? Cosas más extrañas se habían visto... Quizás como no podía destacar por bonita, decidiera hacerlo por insulsa... ¿Insulsa? El coronel recordó la llama que ardía en sus ojos color miel la tarde anterior cuando defendía con vehemencia sus ideas y llegó a la conclusión de que aquella joven no eran en absoluto insulta y cuando algo la emocionaba, su rostro adquiría una luz especial.

No era una belleza, pero tenía ángel y era una lástima que nadie le hubiera hecho notar que la dulzura y el candor podían ser tan embriagadores para un hombre como la belleza escandalosa de algunas mujeres.

—Buenos días, coronel —dijo ella y, al instante, pareció dudar—. ¿O debo

llamarlo señor Burton-Jones?

–Prefiero que me llame coronel –le dijo pensativo. Desde luego, se sentía más identificado con el título de coronel que con el apellido Burton-Jones, un apellido que no era el suyo... La joven se quedó unos instantes de pie, esperando a que le indicara que podía pasar. En ese momento, por la otra puerta del despacho, la que daba al ala principal de la casa, apareció el mayordomo tras haber llamado con los nudillos.

–Me temo que la señorita Murray no ha llegado puntualmente, señor.

¿Debo indicarle que usted no la recibirá cuando llegue? –preguntó el mayordomo.

El coronel indicó a la muchacha con un leve movimiento de cabeza y el gesto un tanto contrariado.

–La señorita ya ha llegado. Puede retirarse –le dijo Montgomery. Penélope vio cómo el anciano desaparecía tras la enorme puerta de roble macizo.

–De modo que no ha sido mi mayordomo el que la condujo hasta aquí... –comentó pensativo–. ¿Cómo sabía entonces que debía entrar por la puerta trasera?

–estaba verdaderamente interesado en averiguarlo.

–Me encontré con su jardinero, el señor Dobson, y le pregunté cómo se conducía el anterior administrador. Ayer usted no me dio ninguna indicación y como me parece que es un tanto... estricto, no quería hacer nada para incomodarlo. Imaginé que sería un hombre de costumbres fijas y quise respetar esas costumbres –la joven seguía de pie. El coronel respiró profundamente tras escucharla y descubrió que tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para que no se le escapara una sonrisa. ¿Cuánto hacía que no había sentido deseos de sonreír de verdad? Penélope era punzante con sus palabras. Lo había llamado “estricto” y se lo había dicho con aquel gesto un tanto altanero que había utilizado la tarde anterior. Debía reconocer que la muchacha estaba siempre un paso por delante, que averiguaba las cosas para no cometer errores y que parecía dispuesta a demostrar algo que el coronel ya sabía a esas alturas: que era capaz de desempeñar a la perfección aquel trabajo.

–Siéntese, por favor –le dijo Montgomery. Ella tomó asiento en la silla que había frente al escritorio y comenzó a desatar las cintas de su sombrero para quitárselo. Sus dedos se movían con elegante ligereza y él recordó el modo sublime en que aquellos dedos habían acariciado las teclas del piano.

–Hay una cuestión sobre la que aún no hemos hablado... –dijo ella mirándolo fijamente y dispuesta a no dejarse intimidar por aquellos ojos diabólicos. Como el coronel no emitió ningún sonido, simplemente alzó la ceja izquierda, ella continuó—. Me gustaría saber cuáles van a ser mis honorarios.

–Vaya, vaya... No se anda usted por las ramas, señorita. Ayer le dije que le pagaría lo mismo que a mi anterior administrador –hizo una pausa dramática para crear expectación—. Trescientas libras anuales. Pero como comprenderá, unos honorarios tan altos exigen un trabajo perfecto.

–Por supuesto –dijo ella, conteniendo aún la respiración. ¡Aquello, para ella, era una pequeña fortuna!

–Bien, pues si estamos de acuerdo, comencemos cuanto antes. Quiero saber cuánto debo enseñarle y cuánto sabe –el coronel la miraba con fijeza, captando hasta los más pequeños detalles de su rostro, el modo en el que sus pupilas se dilataron al saber cuánto iba a pagarle, el leve fruncimiento de sus labios y la seriedad de su rostro cuando él comenzó a preguntarle sus conocimientos—. ¿Sabe enviar cartas comerciales, hacer balances anuales, llevar las cuentas de los arrendatarios, solucionar los problemas que una propiedad tan grande provoca...?

–Sólo sé hacer balances, me temo... –aquello también era una sorpresa.

Penélope lo había dicho un tanto compungida, dando más importancia a todo lo que no sabía que a lo que sí era capaz de hacer, en cambio, el coronel se quedó asombrado de que la joven supiera hacer balances. ¿Qué más sorpresas le deparaba aquel ratoncito?

–Mañana comenzaré a enseñarle. La quiero aquí todos los días a las once, excepto el domingo, que es su día libre. Sus obligaciones la tendrán entre estos muros hasta las cinco de la tarde.

–¿Me dará tiempo a comer en mi casa? –quiso saber ella. El coronel frunció el ceño.

–Depende de lo rápida que sea usted caminando, porque ha venido caminando, ¿verdad? –le preguntó al tiempo que miraba los bajos de su vestido, húmedos debido al rocío de la mañana que aún cubría la hierba.

–Soy muy rápida caminando, no se preocupe –dijo, de nuevo con aquel gesto altanero que al coronel comenzaba a gustarle. Él la miró de arriba abajo haciéndola sentir incómoda. Pareció reflexionar unos segundos antes de hablar de nuevo.

–Con lo que ganará ahora, sumado a la asignación que le corresponde tras

la muerte de su padre, ya no le faltan medios para vestirse como corresponde a alguien de su clase. Vaya cuanto antes a la modista de Monk y encárguele vestidos. Los suyos no son dignos ni para cuidar a los puercos. ¡Y haga algo con ese pelo, por el amor de Dios! –Penélope estaba boquiabierta. Sabía lo que la gente pensaba de ella, pero jamás había creído que nadie se atreviera a verbalizarlo en voz alta. Puede que lo que el coronel decía fuese cierto, pero había una intención tan mezquina en sus palabras, que ella lo hubiera golpeado de haber podido. Su primer impulso fue justificarse, decirle que nunca había tenido dinero suficiente para vestirse bien, ni había tenido buen gusto ni nadie que la ayudara a elegir la ropa adecuada o el peinado más favorecedor, pero decidió que no le daría el gusto de mostrarle sus puntos débiles, ni de hacerle saber que la había ofendido. Además, no iba a poner en peligro unos honorarios de trescientas libras anuales por unos vestidos. Si él la quería vestida a la moda, se vestiría a la moda, maldita sea.

–Por supuesto, coronel, no se preocupe. Me encargaré de que me vistan y me peinen acorde a la insigne mansión en la que voy a trabajar –ella hubiera querido detenerse ahí, ya había cargado sus palabras de ironía y con eso bastaba, pero no pudo detenerse y dio rienda suelta a su veneno–. Claro que el primero que debería lucir como un caballero es usted y no yo... Con esa barba horrible y ese pelo endiablado parece un salvaje de las selvas de Borneo –hizo una leve inclinación y salió por la puerta trasera del despacho. El coronel se mesó la barba con la mano y dejó escapar una sonrisa. No sabía qué tenía aquella muchacha que lograba mejorarle el humor. A veces lo enfurecía, pero la mayor parte del tiempo, le arrancaba una sonrisa con sus ocurrencias y hacía demasiado tiempo que no se divertía con nada ni con nadie. Verla perdiendo la paciencia y enfureciéndose iba a ser su principal labor en adelante. ¿Cuánto sería capaz de soportar ella a cambio de trescientas libras anuales?

CAPÍTULO 6

–¿Está segura de que este es el estilo que más me favorece? –le preguntó ansiosa Penélope a la prima Del. La anciana sonrió ampliamente por toda respuesta. Ambas habían ido a primeras horas de la mañana a Monk y decidieron pasar allí el día. Muy temprano, un trabajador de Bardinton Hall había llevado la noticia de que Penélope podía tomarse el día libre, pues el coronel había viajado hasta Abershire, la ciudad más grande del condado de Morningdale, y sin él en la casa para enseñarle sus nuevas funciones, su presencia allí era innecesaria.

Tras el desayuno, ambas mujeres se habían dirigido en el carruaje al pueblecito de Monk. Penélope lo había cruzado el día de su llegada, pero hasta ese instante no se había detenido a observar el lugar. Se trataba de un pequeño núcleo de casas construidas en torno a una plaza central. Al fondo, podía verse la iglesia. Las calles eran empedradas y olían a heno, que se acumulaba en las esquinas. Los edificios estaban contruidos con piedra oscura sacada de la cantera cercana a los acantilados y tenían dos plantas, en la parte baja había un negocio – la herrería, la zapatería, la tienda de la modista Smitton,... – y en la parte alta se encontraban las viviendas de los comerciantes, a las que accedían por una escalera interior. Monk tenía cierto encanto y a Penélope le cayó bien su gente, especialmente la señorita Potts, la joven que llevaba el servicio postal. Había ido a entregar una carta para la señora Patrick, su vecina en Londres, y ambas jóvenes habían intercambiado unas cuantas palabras, demostrando que se habían caído bien de inmediato. “Tiene que venir a tomar un té alguna tarde, señorita Potts”, le había dicho la prima Del en cuanto se dio cuenta de que ambas muchachas habían congeniado. “Estaría encantada”, respondió la joven. Carrie Potts acababa de cumplir veintidós años y sus esperanzas de casarse eran tan escasas como las de la propia Penélope. Llevaba el servicio postal desde que su padre enfermara y sus extraños intereses alejaban a cualquier posible candidato, a pesar de ser bastante bonita. Carrie Potts adoraba la botánica y pasaba buena parte de su tiempo libre recogiendo esquejes y estudiando la flora de la zona. Cuando Penélope y la prima Del se despidieron de ella, se dirigieron de inmediato al establecimiento de la modista, la señora Smitton. Para Penélope había sido un auténtico suplicio subirse a un taburete y contemplarse frente al

espejo mientras la modista le tomaba las medidas y le enseñaba el muestrario de telas y de modelos. Realmente, ella no tenía ni idea de moda, así que dejó que la primera Del y la propia señora Smitton tomaran sus decisiones. El resultado final fueron quince vestidos de excelente tela, colores pastel y corte imperio, otros dos vestidos de fiesta, de seda, uno blanco y otro azul pálido, y varios chales y sombreros. La modista aseguró que un pedido tan amplio tardaría más de una semana, pero podría ir a recoger los tres primeros vestidos, chales y sombreros en tres días.

–Señora Smitton, ¿sigue trabajando como peluquera la señorita Vinnifraid? –preguntó la prima Del.

–No como antes, me temo. Sus manos han comenzado a torcerse por culpa de su problema de huesos, pero seguro que por ser usted, le hará un trabajo puntual –la modista sonrió al decirlo. Estaba tan hermosamente vestida que parecía una dama sacada de un retrato. Penélope se preguntó si unos simples vestidos podrían hacer que ella luciera mejor, más atractiva.

–Oh, no es para mí. Es para la señorita Murray. Debemos hacer algo urgentemente con su pelo –dijo la anciana, y la señora Smitton asintió, dándole la razón. Ambas mujeres se dirigieron entonces a la casa de la señorita Vinnifraid, al final del pueblo, justo al lado de la iglesia. La mujer no era demasiado mayor, Penélope calculó que tendría menos de cincuenta años, pero los dedos de sus manos habían comenzado a torcerse, lo que dificultaría mucho su día a día.

Accedió, así todo, a arreglar el cabello de la joven. Cortó unos mechones alrededor de su rostro para que endulzaran sus rasgos y la enseñó cómo debía peinarse. A pesar de ser bastante torpe en cuestiones estéticas, Penélope no tardó en aprender a manejar su cabello y no cabía duda de que con el paso de los días y la práctica, cada vez se lo recogería mejor.

–Creo que el coronel se quedará pasmado cuando te vea –le dijo la prima Del cuando ya habían llegado a su casa y se disponían a tomar la cena. Penélope tenía que reconocer que el peinado le daba un aire distinto. Ya no parecía una solterona amargada, ni una novicia, parecía una muchacha normal y corriente, de las que no llamaban la atención por hermosas, pero tampoco por feas. De ahí a asegurar que el coronel iba a quedar impresionado, había un trecho.

–Lo dudo. Si no se pasma al contemplar a dos bellezas como las señoritas Violet Walpole o Laura Barry, menos se va a pasmar conmigo –aseguró la joven.

–No lo entiendes, querida... Esas jóvenes siempre han sido hermosas, pero tú apareciste ante él con un aspecto muy poco favorecedor y ahora estás realmente encantadora, tu piel parece más luminosa, tus ojos brillan y destaca su tonalidad verde y sin ese horrible moño tirante que llevabas, se te ve fresca y bonita.

–¿Bonita? Creo que el cariño te ciega, prima Del –aseguró Penélope con una media sonrisa.

–No, te lo aseguro. Tienes una dulzura especial en el rostro y eso es ciertamente llamativo si lo combinamos con tu carácter... volcánico –la anciana sonrió.

–Yo no diría que mi carácter es volcánico... Quizás es un tanto inadecuado, pero volcánico no. Volcánico es el carácter del coronel. Volcánico y hasta... satánico –dijo ella.

–¡Por Dios, no exageres! No es satánico en absoluto. En realidad era un hombre muy cortés antes de ir a la guerra, pero algo que vio allí lo cambió para siempre –la anciana se quedó pensativa unos instantes, pero luego volvió a sonreír–, y aunque te cueste creerlo, debajo de todo ese pelo, hay un rostro increíblemente atractivo...

–Eso no me lo creo –aseguró Penélope–. El coronel posee un alma negra y atormentada que se asoma a sus terribles ojos negros y nadie con un alma tan malvada puede ser atractivo.

–Te lo aseguro, querida, el coronel es mucho más que aceptable físicamente –la anciana lo dijo con tal convencimiento que la joven frunció el ceño. De todos modos, poco importaba que fuera o no atractivo. Con todo aquel pelo y aquella barba salvaje, parecía justo lo que era: un demonio.

A la mañana siguiente, aunque Penélope todavía no tenía sus vestidos nuevos, se esmeró en peinarse tal y como la había enseñado la peluquera, a pesar de que sabía que, debido al carácter malvado del coronel, este incidiría en que sus vestidos seguían siendo los mismos horribles andrajos de siempre, en vez de hacer hincapié en lo mucho que el nuevo peinado la favorecía, pero la joven iba preparada para sus malévolas palabras, de modo que él no podría hacerle daño.

No fue caminando, pues había comenzado a lloviznar desde varias horas antes. Se dirigió en carruaje a Bardinton Hall e hizo el ritual que ya era

costumbre en aquella insigne mansión: a las once menos cinco esperó bajo el reloj de pared para llamar a la puerta justo cuando las campanadas indicaran la hora en punto. El día anterior se había preguntado por qué el coronel le había dado el día libre y qué era aquello tan urgente que éste debía hacer en Abershire.

–Adelante –escuchó la voz profunda del coronel instantes después de que ella golpeará la puerta con los nudillos. Al entrar, lo vio de pie ante la ventana que daba al jardín, estaba de espaldas y no notó nada extraño al principio.

–Buenos días –dijo ella, preparándose para que él viera su nuevo peinado y lo ignorara para centrarse en que sus vestidos seguían siendo los mismos de siempre. El coronel se dio la vuelta despacio y Penélope descubrió, pasmada, que no conocía al hombre que tenía ante ella y que sólo podría asegurar que era el coronel por su terrible voz de trueno y aquellos malévolos ojos negros, pero por lo demás... Por lo demás, no lo hubiera reconocido. De modo que ese era el motivo por el que había ido a Abershire el día anterior, para visitar a su peluquero. ¡El coronel se había cortado el pelo y la barba había desaparecido de su rostro! La joven estaba boquiabierta y no pudo evitar el gesto de estupor. Montgomery Burton-Jones era el hombre más endiabladamente atractivo que había visto en su vida. Su piel era muy morena y, sin la barba, el impacto que producían sus ojos era aún mayor. Tenía un mentón firme y marcado y una boca hermosamente dibujada. Todo en aquel rostro rezumaba fuerza y virilidad y otra cosa que Penélope no pudo identificar, pero que la puso muy nerviosa. Estaba tan extasiada en contemplar el atractivo rostro masculino, que no fue consciente de cuándo él había comenzado a esbozar su cínica sonrisa.

CAPÍTULO 7

Penélope miró embobada al coronel durante un instante, hasta que captó la sonrisa cínica de él y salió de su ensimismamiento. Entonces escuchó la voz grave y masculina y el estupor se convirtió en fastidio.

–Ayer me acusó de tener el aspecto de un salvaje de las selvas de Borneo, pero llevaba esa barba y ese pelo precisamente para evitar lo que acaba de ocurrir, que muchachitas como usted se quedan pasmadas ante mi atractivo – eran evidente el tono sarcástico del comentario, pero aun así a Penélope la llenó de rabia. Forzó una sonrisa antes de contestarle.

–Sé a lo que se refiere, también yo oculto mi enorme atractivo bajo estas ropas para no trastornar a los hombres que me contemplan –la sonrisa cínica de la joven se borró entonces de su rostro y frunció el ceño–. Dejémonos de tonterías, coronel, y comencemos a trabajar. Él volvió a sonreír y la observó mientras tomaba asiento. Parecía increíble la transformación que un simple peinado hacía en el rostro de una joven. Nadie la miraría ahora por fea y aunque desde luego no se podía decir que fuese una belleza, sí resultaba bonita y su rostro era tan dulce, sus ojos eran tan despiertos y observadores, que el coronel no tardó en caer preso del hechizo de Penélope, aquella joven que no se sonrojaba ante una broma como la que él acababa de gastarle, que tenía sentido del humor y era inteligente, crítica y muy ácida en sus comentarios. Iba a resultarle muy divertido estar cerca de ella, y aquel tira y afloja que siempre había entre ellos lo incentivaba a levantarse por las mañanas. Hasta que la conoció, lo días eran iguales y sin sentido, pero ahora Montgomery Burton-Jones vivía para sacar de quicio a aquella jovencita.

Tomó asiento en su escritorio, frente a ella, y sacó los libros de contabilidad de uno de los cajones para enseñarle cómo debía llevarlos. Penélope se inclinó sobre la mesa para seguir sus indicaciones y pudo observar la pureza de su perfil iluminado por la luz que penetraba a través de los amplios ventanales, el tono claro de su piel y sus largas pestañas. Había algo muy dulce en ella, algo que lo removía por dentro y no lograba saber qué era, pero entonces pensaba que, al igual que su madre y el resto de las mujeres, ella sería capaz de engañar y manipular, y esa pequeña debilidad que sentía por la joven se esfumaba. Pasaron buena parte de la mañana dedicados a esa labor y, cuando se estaba acercando la hora del almuerzo, la señora

Burton-Jones los interrumpió para invitar a Penélope a comer con ellos. El coronel mostró cierto fastidio con la interrupción.

–No creo que al coronel le parezca correcto que coma con ustedes –dijo Penélope mirándolo de pronto–. ¿El antiguo administrador comía también en la casa?

–El antiguo administrador hacía muchas más cosas en esta casa de las que le estaban permitidas, me temo... –el tono gélido del coronel ante este comentario sorprendió a la joven. Se dio cuenta de que al decirlo, él miraba con dureza a su madre y esta se había sonrojado y bajó la mirada hacia la alfombra, muda de repente y sin saber qué hacer con sus manos. Penélope se preguntó que pasaba allí... ¿Acaso la señora Burton-Jones y el antiguo administrador habían tenido algún romance tras enviudar ella?

–De todos modos –intervino la joven–, será en otra ocasión. Me espera la prima Del y tenemos visita. La señorita Carrie Potts comerá con nosotros.

–¿La joven de la estafeta de correos? –preguntó sorprendido el coronel.

–Sí, la misma. La conocí ayer, cuando fui a Monks, y me cayó bien de inmediato. Me parece una muchacha muy agradable –explicó Penélope.

–Entonces en otra ocasión comerá con nosotros, señorita Murray. Me retiro para que puedan seguir trabajando –dijo la señora Burton-Jones sin haber recuperado aún el color en el rostro. Cuando la puerta del estudio se cerró, el coronel volvió a centrarse en la nueva amistad de Penélope.

–Me resulta llamativo que haya elegido la amistad de la señorita Potts teniendo tan cerca de su casa y con tantos deseos de congraciarse con usted a las señoritas Walpole y a la señorita Barry –el coronel esperó la respuesta de la joven.

–Sí, ya me ha dicho la prima Del que la señorita Dorothea Walpole ha regresado de Abershire y que está deseando conocerme. De hecho, creo que han concertado una nueva reunión para el jueves próximo, imagino que estará usted invitado también.

–¿Ha eludido mi comentario a propósito? –quiso saber él.

–¿A qué se refiere? No he eludido ningún comentario... –Penélope parecía desconcertada.

–Le pregunté por su amistad con la peculiar señorita Potts y no me ha respondido –él la miraba con recelo. Le parecía extraño que Penélope buscara la compañía de una muchacha insignificante socialmente cuando podía tener a su disposición la amistad de jóvenes de alcurnia como las Walpole o Laura Barry.

–Oh, se refería a eso... No estaba eludiendo responderle en absoluto.

Como usted ha dicho, la peculiar señorita Potts me llamó la atención precisamente por eso, porque es peculiar –Penélope sonrió sin ganas. No le apetecía darle explicaciones al coronel, pero por algún motivo que no acertaba a comprender, era incapaz de no contestar las preguntas de aquel hombre. Quizás porque sus ojos negros ejercían algún tipo de embrujo sobre ella. Le costaba mirarle a la cara.

–¿No le resulta aburrida una joven que dedica su tiempo libre a la botánica? ¿No le parece más divertida Violet Walpole, por ejemplo? –insistió él.

Penélope no quería hacer ningún comentario que resultara ofensivo para la señorita Walpole.

–Cada una es divertida a su manera –fue su respuesta–. Y ahora, ¿querría explicarme el problema con los arrendatarios de la granja Perkins, por favor? –el coronel sonrió ante sus intentos de cambiar de conversación.

–Es usted muy hábil cambiando de tema, ¿sabe? Pero de acuerdo, hablemos de trabajo, que es lo que nos ocupa –y comenzó a explicarle los problemas que había tenido con Jonathan Perkins y su familia. El campesino se quejaba de que sus tierras debían permanecer durante dos años en barbecho.

–Es normal que se queje –dijo Penélope. El coronel la miró afilando sus ojos negros, era una mirada que amenazaba tormenta.

–¿Acaso no entiende que la tierra debe descansar dos años para ser después más fértil y productiva? –bramó. Le parecía increíble, tras discutir con los Perkins, tener que discutir también del tema con ella.

–Oh, sí, claro que lo entiendo. Es usted el que no parece entender... ¿De qué van a vivir durante ese tiempo los Perkins? ¿Cómo van a pagar su arrendamiento? –preguntó ella.

–No soy tan injusto como para querer cobrarles el arrendamiento durante ese tiempo –se estaba enfureciendo cada vez más.

–Es muy generoso de su parte, lo reconozco, pero ¿qué van a comer si no pueden cultivar? Los campesinos viven al día, no tienen dinero ahorrado, de manera que tampoco podrán comprar alimentos en el mercado y...

–¡De acuerdo! –la interrumpió el coronel–, ¿Y qué propone, listilla? ¿Que sigamos cultivando la tierra hasta dejarla yerma e inservible para siempre o que durante el tiempo del barbecho los Perkins venga diariamente a comer con mi madre y conmigo? –él ya se había levantado de su asiento y estaba al

lado de la silla de Penélope, sus ojos centelleaban y su rostro era ciertamente amenazante—.

La contraté para que me facilitara la vida y no para que me la complicara...

—Mire, coronel, haga el favor de tranquilizarse. Puede que sus malos modales asusten a personas más susceptibles que yo, pero créame, he convivido con el padre más cascarrabias del mundo, así que sus malos modos no van a amedrentarme. Si quiere que le explique mi punto de vista, por favor trátame con respeto —increíblemente, el coronel respiró hondo y se tranquilizó. La joven notó cómo los músculos de su mandíbula se aflojaban—. Mi intención no es complicarle la vida, pero tampoco me parece justo que para que usted no se complique, una familia sin recursos deba morir de hambre. Creo que lo más justo sería una solución que no perjudique a nadie.

—La escucho —aseguró el coronel, muy serio, pero no enfadado. Había vuelto a sentarse tras su escritorio y la miraba con verdadero interés.

—Podría prestarles durante esos meses otra parcela que pudieran cultivar —dijo la joven. El coronel alzó las cejas, pero ella continuó—. Sería bueno para los Perkins y para usted, porque podrían pagarle el arrendamiento.

—Tendré que pensarlo... —el coronel parecía sorprendido, tanto por no haber hallado él mismo esa solución como por el hecho de que aquella muchachita sí lo hiciese.

—Oh, claro, lo comprendo, pero comprobaré que es la mejor solución para todos —dijo Penélope. Él la estaba mirando tan intensamente que la hizo removerse incómoda en su silla. Cuando defendía una idea en la que creía, sus mejillas se sonrojaban, sus ojos parecían más verdes y sus labios se volvían tan tentadores que el coronel se asustó ante la certeza de que, en ese instante, deseaba besarlos. Penélope era lista, justa y valiente y tenía aquella mirada serena del que ha sufrido y comprende el sufrimiento ajeno. El nuevo peinado le sentaba muy bien. Su rostro en forma de corazón adquiriría aún mayor dulzura con los mechones que ahora adornaban el óvalo de su cara.

—Está preciosa con ese nuevo peinado, señorita Murray. Si alguna vez la veo peinada de nuevo con aquel moño tirante de abuela, le juro que le arrancaré una a una las horquillas —se levantó de su silla y se despidió con un “hasta mañana” antes de salir por la puerta y sin darle tiempo a ella a reaccionar ante semejante comentario. Penélope se quedó muda y paralizada en la silla del despacho, tratando de dilucidar si había cierta burla en las últimas palabras del coronel o si, por el contrario, había sido sincero. Un

extraño nerviosismo que nunca antes había sentido se instaló en su estómago.

CAPÍTULO 8

La señorita Carrie Potts había ido a almorzar con Penélope y con la prima Del y todo se había desarrollado de manera tan agradable como si las dos jóvenes se conocieran de toda la vida. Como la anciana solía echarse una siestecita después de comer, Carrie y Penélope decidieron dar un paseo por el camino que conducía a Monk, ya que ambas llevaban el mismo rumbo, la muchacha de la estafeta se dirigía al pueblo y Penélope, a la mansión del coronel.

–No debe de ser fácil que te apasione la botánica en un lugar como este. ¿De dónde viene esa afición? –le había preguntado Penélope.

–La verdad es que no es fácil –aseguró Carrie–, lo más bonito que me llaman es “peculiar”, pero lo dicen con un tonillo de suficiencia, no sé si me comprendes. Fue mi abuelo quien me enseñó todo lo que sé. Era el maestro del pueblo y adoraba la botánica.

–¿Sabes lo que decía mi padre? –recordó de pronto Penélope–, que todo el mundo tiene alguna rareza si se lo conoce lo suficientemente a fondo, pero la mayoría de la gente lo disimula. Al fin y al cabo, hay que ser muy valiente para ir en contra de lo establecido –en esos instantes iban por el camino que bordeaba el acantilado y el faro había surgido tras un montículo de tierra. Hacía sol, aunque el cielo estaba lleno de nubes que, de tanto en tanto, lo ocultaban.

–¿Y cuál es tu rareza? –quiso saber Carrie. La miró con sus enormes ojos marrones. Era una muchacha verdaderamente bonita.

–Yo... –Penélope tomó aire antes de hacer su confesión, pero algo en su interior le indicaba que podía confiar en su joven y nueva amiga–. Yo escribo...

Estoy escribiendo una novela, de hecho, y cuando la termine iré a Abershire con la intención de que algún periódico me la publique...

–¡Vaya! –exclamó Carrie, verdaderamente asombrada–. Ya sabes lo mucho que gustan los chismes en un lugar tan pequeño como Monk. Todo el mundo comenta que tienes unas dotes increíbles para la música y el dibujo, pero nadie dijo que eras escritora –Penélope se sonrojó al escucharla y eso que ella no solía sonrojarse. Tan sólo hacía un día que un escogido grupo de personas sabía que tocaba el pianoforte y que dibujaba bien y eso ya se

comentaba en el pueblo.

Imaginó que serían los criados quienes se habían ido de la lengua. Normalmente se hablaba como si ellos no estuvieran delante, pero estaban y no eran sordos.

Tampoco mudos, a juzgar por lo rápido que contaban los chismes.

–Es que no soy escritora... Nadie sabe que escribo. Lo hago en mi cuarto, por las noches, y guardo el manuscrito en mi maleta. Ni siquiera se lo he contado a la prima Del.

–¿Por qué lo llevas en secreto? –Carrie la miró con curiosidad. Penélope se encogió de hombros antes de responder.

–No lo sé... Creo que me siento más libre para escribir si nadie sabe que escribo. Si alguien lo supiera, me sentiría condicionada por su opinión, porque, verás, mis novelas son un tanto... críticas con el mundo que me rodea y no quiero estar pensando si un comentario mío puede ofender a un ser querido.

–Ya veo. Lo comprendo, creo... ¿Me dejarás leer algo tuyo alguna vez?

–Por supuesto. Cuando esté terminada esta novela, te la dejaré leer – Penélope le sonrió y Carrie le devolvió la sonrisa.

–Cuéntame algo sobre la novela, por favor... –estaban a punto de llegar a la encrucijada del camino. Carrie tomaría el sendero hacia Monk y Penélope se encaminaría hacia Bardinton Hall.

–Cordelia es mi protagonista. Es muy resuelta e independiente, pero se ha enamorado de un hombre que representa todo lo que ella detesta y no comprende este amor...

–¿Él la ama también? –la interrumpió Carrie.

–Sí, creo que haré que él la ame, pero ese amor no será suficiente porque Cordelia es muy testaruda y, al tiempo que lo ama, no lo soporta por sus costumbres...

–Eso no me parece muy creíble, perdóname... Si amas a alguien no te das cuenta de sus costumbres ni sus cosas malas. Eso viene después, tras el matrimonio probablemente o tras años de relación, pero al principio estás ciega.

¿Nunca te has enamorado? –la pregunta atravesó a Penélope como una daga.

–La verdad es que no, nunca me he enamorado, pero no creo que se pudiera estar ciega ante los defectos de alguien. ¿Te has enamorado tú?

–Si no estás un poco ciega, no te enamoras. Piénsalo: la mayoría de los

hombres son insufribles y sí, claro que me he enamorado –habían llegado ya ante la encrucijada que separaba sus caminos y se miraron unos instantes como si acabaran de descubrir a un alma gemela, a la amiga que siempre habían estado esperando.

–Me alegra haberte conocido –dijo Penélope.

–Yo estaba pensando exactamente lo mismo. Prométeme que repetiremos a menudo tardes como esta. Me ha gustado charlar contigo –Penélope sonrió ante las palabras de Carrie. Qué gusto poder ser ella misma con alguien, sin llevar máscaras ni tener que medir cada una de sus palabras. Se despidieron con la promesa de que la tarde siguiente tomarían el té en la estafeta.

–¿Ha pensado ya en mi propuesta? –le preguntó Penélope al coronel en cuanto cruzó la puerta del despacho. A éste no le pasó desapercibido el buen humor de la joven.

–El almuerzo con la señorita Potts ha debido de ser muy agradable. Nunca la había visto de tan excelente humor –le dijo Montgomery Burton-Jones. Ella resplandecía con luz propia, una luz mucho más cautivadora que la del sol que penetraba por los ventanales.

–Sí, ha sido muy agradable. Gracias –Penélope no se atrevió a mirarlo.

Estaba recordando sus palabras de esa misma mañana, cuando le había dicho que estaba preciosa con su nuevo peinado y, por segunda vez en el día, se sonrojó.

–Bien. He pensado su propuesta y me gusta. Creo que será beneficioso para ambas partes. Desearía que me acompañara a decírselo a los Perkins, si es tan amable. Acabaremos pronto, no se apure. Llegaré a tiempo a su casa para prepararse para la velada de esta noche en casa de los Walpole –la joven lo miró con los ojos muy abiertos.

–¿Esta noche? Creí que sería el próximo jueves –ella pareció un tanto contrariada. Le hubiera gustado estrenar uno de sus vestidos nuevos, pero aún no estaban listos.

–Creí que su prima, la señora Lixbom, se lo habría dicho –el coronel observó el rostro consternado de la joven. Comprendía que no le apetecieran las veladas como aquellas. A él tampoco le gustaban demasiado. Tal vez si estuviera casado o fuese lo suficientemente viejo como para no ser considerado un buen partido, aquellas veladas le resultasen más gratas, pero

las jóvenes en edad de casarse eran un gran incordio y él sabía que Laura Barry le había echado el ojo y que el señor Walpole quería casarlo que una de sus hijas, pues la otra estaba destinada a su sobrino. El coronel no sabía cuál de las dos jóvenes estaría destinada a él—. La velada se celebra en su honor nuevamente. La otra hija del señor Walpole está deseando conocerla. Ya sabe, la señorita Dorothea Walpole.

—Sí, ya sé —dijo Penélope pensativa. Lo que le faltaba era conocer a otra belleza, como si no tuviera suficiente con haberse sentido empujada ante Violet Walpole y Laura Barry. Esa noche, además, debía sufrir también la presencia de Dorothea Walpole que, a la vista de cómo era su hermana, debía de ser otra belleza.

Los Perkins vivían en una casita típica de los campesinos de la región, de planta cuadrada, con anchos muros de piedra y pequeños ventanales. Tras llamar a la puerta, una mujer de rostro enrojecido y cabellos despeinados abrió de par en par de forma un tanto brusca y, tan pronto los vio, se secó las manos en el delantal.

—Perdone, señor. Creí que se trataba de una vecina que debía traerme un encargo —dijo la mujer. Penélope imaginó que se trataba de la señora Perkins. Tras ella aparecieron cuatro cabecitas rubias con ojillos llorosos.

—¿Está su marido? —preguntó el coronel—. Necesito hablar con él.

—Sí, está dentro. Pasen, por favor —comentó la mujer, abriendo de par en par la puerta para dejarlos pasar. Los cuatro niños se escondieron detrás de su madre y se quedaron afuera, para dejarlos solos con su marido. Penélope y el coronel vieron al señor Perkins sentado junto a la lumbre, pelando y comiendo castañas. Se levantó al ver a Montgomery Burton-Jones, pero no con la premura que lo hacían los criados de la casa. Patrick Perkins era un hombre alto y pelirrojo, de espaldas anchas y gesto orgulloso. A Penélope le cayó bien al instante porque no vio en sus gestos el servilismo que sí había visto en otras personas que rodeaban al coronel.

—Usted dirá para qué soy bueno, señor —comentó Perkins. Tenía las manos en los bolsillos de su viejo pantalón de trabajo, la mirada altiva y el ceño fruncido.

La amenaza de todo un año sin cultivar la tierra por el barbecho y el hambre que eso supondría para su familia hacía que mirara al coronel con

cara de pocos amigos.

–He venido a proponerte un trato –dijo el coronel–. Mientras las tierras permanezcan en barbecho, podrás cultivar las que están al lado del río –Perkins lo miró con asombro.

–Vaya... Esa es la solución que yo le habría propuesto si me hubiera dejado hablar cuando tuvimos la última entrevista –había un dejo de reproche en sus palabras, pero el coronel no trató de justificarse.

–Venía también para presentarle a la señorita Murray, la nueva administradora. Ha sido suya la idea de dejarle las tierras para que las cultive.

Estaba muy preocupada porque pudieran morir de hambre el próximo invierno – el coronel le dirigió una mirada a la joven, que estaba varios pasos detrás de él y no había abierto la boca–. A partir de ahora tratará con ella cualquier problema que se le presente.

–De acuerdo, señor –el semblante de Perkins había cambiado tras recibir la buena noticia. Miró después a Penélope y le sonrió–. Muchas gracias, señorita.

Ambos se despidieron de los Perkins y se dirigieron a Bardinton Hall en el carruaje. Se sentaron uno enfrente del otro en completo silencio.

–Ese Perkins es un maldito arrogante –dijo el coronel, pero a pesar de la dureza de sus palabras, nada en su gesto indicaba que tuviera una mala opinión del hombre. Más bien lo consideraba un fastidio.

–No me pareció arrogante, sino digno y orgulloso –miró al coronel que, a su vez, miraba a través del ventanuco–. ¿Me permite que sea sincera?

–Por supuesto –Montgomery la miró con expectación.

–El señor Perkins no lo trata a usted con servilismo, pero sí con respeto. Es un hombre orgulloso y parece sincero, de los que le dirán la verdad y no lo que desea escuchar. Debería tener más en cuenta sus opiniones. Si se aleja de los campesinos, eso acabará pasándole factura –Penélope lo estaba mirando fijamente–. ¿No ha leído los periódicos? ¿Está enterado de las huelgas de obreros en las ciudades del norte? Los dueños de las fábricas no tuvieron en cuenta sus necesidades, no los escucharon, y los obreros han paralizado todo el norte. Lo mismo podría ocurrir con los campesinos. Trabajan muy duro a cambio de muy poco. Lo que hacen por su tierra es impagable, coronel. Debe ser justo con ellos, cuidarse de que no lo pasen mal en invierno – Montgomery Burton-Jones la estaba mirando boquiabierto. Penélope Murray era una joven verdaderamente sorprendente.

–Ese es su trabajo ahora, señorita. Usted es la intermediaria entre ellos y

yo y deberá buscar la manera de que todos estemos satisfechos...

CAPÍTULO 9

Penélope se sentía en una nube. Era la primera vez en su vida que se sentía feliz por asistir a una velada. Cuando había llegado a casa, la prima Del la esperaba nerviosa y le dijo que abriese una gran caja de cartón que había en la sala. La joven lo hizo rápidamente, emocionada ante el regalo, y se le encogió el corazón cuando vio que contenía uno de los vestidos que le habían encargado a la modista. Se llevó ambas manos al pecho y después, sin mediar palabra, se abrazó a la anciana con los ojos llenos de lágrimas. “Hablé con la modista para que se diese prisa y pudieras estrenar hoy el más bonito de los vestidos”. La joven siguió abrazando a la anciana durante un largo espacio de tiempo.

Sí, Penélope se sentía en una nube. Aquel vestido de seda azul pálido y su nuevo peinado le daban un aspecto diferente. Como se sentía bonita, su espalda se irguió y su rostro parecía iluminado por una nueva luz. Estaba deseando que la vieran los Walpole y sus invitados. Estaba deseando que la viera (a qué negarlo) el coronel. Nunca, hasta ese instante, se había dado cuenta de cuánto ansiaba no inspirar lástima. Entrar en una estancia y estar rodeada de gente que o bien te ignora, o bien siente pena por ti es devastador, mina tu confianza y tu amor propio. Pero esa velada sería diferente a todas las anteriores. Cuando se había mirado frente al espejo se había dado cuenta de que ella ya no inspiraba lástima, ni parecía un ratoncito gris. Era una joven perfectamente normal, que no llamaba la atención por fea, ni tampoco por ser una hermosura, pero que poseía una dulzura en el rostro y una elegancia en los movimientos que la hacían atractiva.

Nunca hubiera soñado con algo así, pero resultaba atractiva incluso ante una crítica tan feroz como ella misma.

Tal y como imaginaba, los rostros de todos los presentes se quedaron estupefactos al verla. Creyó adivinar en el balbuceo de los labios de Dorothea Wapole la siguiente pregunta dirigida a su hermana: “¿No me habías dicho que era fea e insignificante?”, pero quizás Penélope sólo lo imaginó.

—¡Está usted preciosa, señorita Murray! —había exclamado el anciano señor Walpole, tan absorto en la contemplación de la joven que se había olvidado del verdadero motivo de aquella velada: que su hija Dorothea y Penélope se conocieran.

–¡Sí, verdaderamente preciosa! –dijo Violet, aplaudiendo con el mismo entusiasmo de una niña que está a punto de abrir sus regalos de Navidad. Detrás de la joven se encontraba Laura Barry, esplendorosa como siempre y con una sonrisa apretada que trataba de disimular su fastidio... Si Penélope había logrado captar la atención del coronel y del joven señor Walpole, el sobrino del anfitrión, con su aspecto ratonil, qué no conseguiría ahora que lucía bonita.

–Dios Santo, señorita Murray, es usted un rayo de sol que acaba de iluminar la habitación –el que hablaba ahora era el joven señor Walpole, verdaderamente embelesado ante la visión de la muchacha. Su prima Violet, que estaba enamorada de él desde que no era más que una niña, sintió una punzada de celos que le atenazó el corazón, pero era de naturaleza tan generosa que eso no la hizo odiar a Penélope, sino solamente comprender que su primo no estaba destinado para ella. Primero se había fijado en su hermana Dorothea, ahora en Penélope... Pero jamás se había fijado en Violet, o eso creía la joven, aunque la realidad era bien distinta.

–Por Dios, ¿dónde están mis modales? –se quejó el anciano señor Walpole–. Permítame que le presente a mi hija Dorothea –Penélope miró con detenimiento a la hermosa muchacha que se acercaba a ella en aquellos momentos. Aunque parecía difícil que hubiese jóvenes más bonitas que Violet o Laura Barry, lo cierto era que Dorothea las aventajaba a ambas. Tenía el pelo rubio muy claro, los ojos de un azul transparente y unas facciones delicadas y clásicas. Era más bien baja, pero su cuerpo estaba bien formado y se movía con mucha elegancia.

–Encantada de conocerla, señorita Murray –dijo la joven. El tono de su voz era grave y seguro. Toda ella irradiaba control y seguridad. Si la primera vez que había visto a Violet pensó que la joven era inocente y poco dada a la reflexión, cuando vio por primera vez a Dorothea se dio cuenta de que la belleza era el menor de sus dones. Penélope apostaría algo a que era inteligente y el alma de aquella familia. Con un padre tan bondadoso y tan poco práctico, alguien debía llevar las riendas de la casa para que no se despilfarrara demasiado y ese alguien era, sin duda, Dorothea Walpole.

–El gusto es mío –respondió Penélope con una sonrisa.

–Me han dicho que toca el pianoforte como una auténtica profesional.

Espero que nos deleite esta noche con un pequeño concierto –dijo Dorothea.

Penélope volvió a sonreír, pero en esta ocasión la sonrisa se le congeló en

los labios. Al fondo de la estancia, apoyado en la chimenea mientras fumaba un enorme puro, se encontraba el coronel, observándola en silencio desde lejos, con aquel gesto suyo que la joven era incapaz de descifrar, pero que no auguraba ningún pensamiento agradable. Había sido el único que no se había acercado a ella para decirle lo bonita que estaba. La joven, en el fondo, esperaba que fuera desagradable, entonces ¿por qué le dolía tanto que él no dijera nada? Tal vez, aunque ella moriría antes de reconocerlo, se sentía así porque solo había esperado las palabras amables de una persona y esa persona era precisamente el coronel.

–Fíjese, señorita Murray, no es usted la única que ha decidido embellecernos la velada con su nuevo aspecto... El coronel también ha puesto su granito de arena –Penélope lo miró con gesto contrariado. Ni con todos los hermosos vestidos de seda del mundo podría competir con el atractivo casi animal que emanaba del coronel, su piel morena, su rostro bello y peligroso, con aquel ceño siempre fruncido y los ojos negros, como brasas, brillando diabólicamente mientras la miraba. Le cortó el aliento el simple hecho de observarlo con su traje negro, los pantalones moldeando sus magníficos muslos y la chaqueta enmarcando la anchura de sus hombros. Era tan alto, que ni poniéndose de puntillas habría podido mirarlo cara a cara.

–Creo que el hecho de trabajar juntos los ha beneficiado a ambos –comentó la joven Violet con inocencia, sin darse cuenta de que aquellas simples palabras implicaban mucho más, porque en cierto sentido dejaban entrever que ambos había mejorado físicamente tratando de agradarse el uno al otro. La que sí se dio cuenta de estas implicaciones fue la astuta señorita Laura Barry, que carraspeó delicadamente antes de dedicarle sus piropos a Montgomery Burton-Jones.

–Lo cierto es que está usted espléndido, coronel. Me atrevería a decir que es el hombre mejor parecido de toda Inglaterra –mientras pronunció estas palabras iba contoneando su hermoso cuerpo de pavo real hasta alcanzar la chimenea y mirar muy de cerca al coronel con sus ojos chispeantes cargados de intención. El coronel torció la boca en una sonrisa cínica.

–¿Conoce usted a todos los hombres de Inglaterra para hacer tal afirmación, señorita Barry, o su cumplido no es más que una agradable exageración que busca despertar mi interés? –preguntó Montgomery, al tiempo que la joven se sonrojaba de vergüenza–. Debo decirle que una joven tan hermosa no debe caer en el engaño o la exageración para que se fijen en ella, con el simple hecho de estar en un cuarto ya le basta y si, además, está

calladita, mucho mejor – el comentario del coronel era tan descortés, que los presentes se movieron inquietos sin saber cómo reaccionar, especialmente la prima Del, que parecía desear abofetearlo. ¡Aquel hombre era verdaderamente insufrible!, pero eran tan rico y poderoso que nadie se atrevía a plantarle cara.

–¿Qué tal su aventura laboral, señorita Murray? –Penélope tardó unos segundos en fijar su mirada en el rostro del joven señor Timothy Walpole para responderle, pues la falta de tacto y el deseo de dañar que había en las palabras que el coronel le había dedicado a la señorita Barry la tenía pasmada. ¿Cómo podía albergar un alma tan negra aquel hombre? Y pensar que a veces, cuando estaban a solas y era amable con ella, Penélope llegaba a pensar que su mal carácter era solo una fachada... No, no le caía bien la señorita Barry, algo le decía que no era buena y que sus intereses no eran honorables, pero nadie merecía ser humillado por piropear a alguien de forma tan delicada, pues ella había sido muy agradable con el coronel, independientemente de cuáles fueran sus intenciones al piropearlo.

–Pues verá, señor Walpole, al contrario de lo que uno pueda pensar, el coronel me está haciendo muy fácil el hecho de trabajar con él. Es paciente con mis errores y escucha mis consejos. Nadie podría adivinar que sería un jefe así al escuchar esos desagradables comentarios a los que tan acostumbrados nos tiene a todos, ¿verdad? –Penélope dijo estas últimas palabras mirando fijamente al coronel, que alzó una ceja con fastidio y dio una nueva calada a su puro sin apartar la mirada de la joven, con gesto amenazante.

Los lacayos entraron con bandejas llenas de pastelitos dulces y salados y con las bebidas, momento que los presentes aprovecharon para tomar asiento. La señorita Barry, tras el desagradable comentario del coronel, se había ido alejando hacia el sillón próximo a la puerta que daba a la terraza. Las demás mujeres se replegaron a su alrededor y el señor Walpole y su sobrino también las siguieron.

Solo el coronel permaneció sin moverse, al lado de la chimenea, y Penélope se atrevió a acercarse. En un primero momento pensó en preguntarle si su madre se encontraba indispuesta, ya que no había venido a la velada, pero después recordó el incidente que ambos habían protagonizado en su presencia y decidió no sacar el tema. No había vuelto a pensar en ello, pero tal y como los hechos se habían desarrollado, parecía que el coronel le reprochaba a su madre que hubiera tenido una relación demasiado estrecha

con el anterior administrador. En opinión de Penélope, el coronel no tenía derecho a llamarle la atención a su madre, pues ésta era viuda y podía dejarse cortejar si ese era su deseo.

Cuando llegó a la altura de la chimenea y estuvo al lado del coronel, la diferencia de estatura entre ambos se hizo más palpable y el atractivo del coronel se pronunció. Penélope tragó saliva, subyugado por el temblor que sentía en presencia de aquel hombre, pero sin dejarse intimidar por ello y tan enfadada por lo grosero que había sido que, finalmente, explotó.

—¿No le da vergüenza tratar de esa manera a una joven como la señorita Barry, que solo pretendía ser amable con usted? —sus ojos brillaban de furia y el coronel se pasmó ante la certeza de que le atraía la muchacha, y le atraía mucho.

Si ya le gustaba cuando su aspecto era el de un ratoncito gris, con su nuevo aspecto comenzaba a considerarla peligrosa para la propia tranquilidad de su corazón. Él también estaba enfadado, furioso, verla tan complaciente con el joven señor Walpole no le agradaba en absoluto.

—Oh, sí, pobre señorita Barry... Debería ser como usted, ¿no es cierto?

Derretirme ante la primera muestra de amabilidad del sexo opuesto —le dijo el coronel con una voz cargada de ironía.

—¿Cómo dice? —preguntó la joven sin comprender.

—Por el amor de Dios, no creo que a nadie le haya pasado desapercibido su coqueteo con Timothy Walpole... Era tan evidente... —la ironía de Montgomery había dado paso a una cierta amargura en su voz. Penélope ahogó una exclamación—. Pensé que era usted distinta a la descerebrada señorita Violet Walpole, pero es igual —el coronel dejó a Penélope boquiabierta mientras se alejaba en dirección al resto de los invitados. Ella miró entonces a la prima Del y decidió que deseaba irse a casa. Se inventaría cualquier cosa, que se encontraba indispuesta, por ejemplo, pero no quería seguir viéndole la cara al maldito coronel. Y al día siguiente... en cuanto entrara en su despacho ¡él iba a saber quién era de verdad Penélope Anne Murray!

CAPÍTULO 10

Los dedos de Penélope tamborileaban sobre su rodilla. Iba en el carruaje porque estaba lloviendo, pero hubiese deseado ir caminando, porque caminar a buen paso le hubiera ayudado a aplacar su enfado. Apenas logró dormir en toda la noche, la rabia se lo impidió. Quién se creía que era aquel maldito coronel. Lo odiaba. ¡Lo odiaba profundamente! Había tenido razón en odiarlo desde el instante mismo en que supo que era el heredero de su padre. Le había arrebatado Aldrich Park y después, aquella primera impresión cuando lo había conocido en casa de los Walpole, había sido horrible. El coronel era un ser malvado y miserable y ella le pondría los puntos sobre las íes y le enseñaría a respetarla.

¡Insinuar que ella había coqueteado con el señor Timothy Walpole cuando eso era completamente falso!

Llegó ante la puerta del despacho y no esperó a que las campanas del reloj indicaran que eran las once de la mañana. Llamó con los nudillos y esperó, resoplando, a escuchar la voz masculina. Entró entonces con la fuerza de un tornado, pero no pilló por sorpresa a Montgomery, que ya intuía su reacción e incluso la esperaba con deleite. Le gustaba ver a Penélope fuera de sí y más en aquellas circunstancias. Había pasado toda la maldita noche soñando con ella, con el vestido de seda azul pálido que dibujaba los contornos de su cuerpo esbelto y femenino. Soñaba con deshacerle el peinado y ver su cabello resplandeciente cayéndole sobre la espalda ¡y por todos los demonios, él no podía soñar con ella!

¡No debía desearla! Además era absurdo. Si no había deseado a ninguna de las hermanas Walpole, ni a la señorita Barry, ¿por qué deseaba a Penélope? Era peleona, orgullosa, altanera, demasiado segura de sí misma, imposible de controlar, tenía ideas acerca de todo y las exponía sin sonrojo, ¿por qué deseaba a una mujer que solo iba a traerle problemas? Si tan solo fuera una mujerzuela, podría hacerle el amor hasta hartarse y olvidarse después de ella, pero era una joven decente y él no era de los que se casaban, nunca volvería a confiar en una mujer después de lo que su madre le había hecho, entonces ¿por qué diablos deseaba a Penélope Murray? Ahora estaba frente a él con otro de sus burdos vestidos, seguramente la modista, en tan poco tiempo, no había podido terminar el pedido, sólo el vestido que había

llevado a la velada de la noche anterior, y sin embargo a Montgomery Burton-Jones le parecía la visión más deseable del mundo. Estaba enfadada y mal vestida, incluso un poco despeinada, pero a él le parecía encantadora y, sin embargo, no logró olvidar su enfado... ¿de qué modo se había comportado con Timothy Walpole! ¿Sería posible que a ella le gustara aquel mequetrefe?

–Tenemos que hablar de lo que me dijo anoche –aseguró la joven con los ojos ardiendo de furia.

–Usted me dirá, señorita Murray –contestó el coronel, con un tono neutro en la voz que la enfureció aún más.

–¡No voy a permitirle que me ofenda con insinuaciones horribles! – exclamó Penélope fuera de sí–. Jamás en toda mi vida he coqueteado con nadie porque no sabría cómo hacerlo y, desde luego, nunca coquetearía con un caballero que está destinado a una de las señoritas Walpole después de lo maravillosamente que el anciano señor Walpole se ha portado conmigo.

–Vamos, vamos, señorita Murray –le dijo el coronel sin apartarse de la ventana ni mudar el gesto, con las manos cruzadas a su espalda y disfrutando evidentemente de aquel lance–, ¿de verdad quiere que crea que si se le presenta la oportunidad de casarse con un hombre joven, rico y bien parecido va a echar todo eso por la borda debido al agradecimiento que siente por el señor Walpole? ¿Me toma por estúpido o es que es usted una santa? –la joven tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no lanzarle a la cabeza el tintero que había sobre el escritorio. ¡Aquel hombre era un demonio y encima parecía disfrutar con aquella discusión!

–No pretendo que usted me crea, coronel, ni que comprenda mis motivos ni mi comportamiento. Es lógico que no sea capaz de creer que renunciaría a un matrimonio ventajoso si con ello rompiera la confianza que ha depositado en mí el señor Walpole. Usted haría eso y mucho más, ha dado buena prueba de ello –la rabia había dejado paso al abatimiento y cuando hablaba ya no destilaba furia, sino cierta desesperanza. Penélope no estaba acostumbrada a personas cínicas y malvadas como el coronel. Quizás sí lo estaba a que se burlaran de su físico, pero eso era, al fin y al cabo, algo tan insignificante comparado con el grado de maldad que el coronel demostraba. ¡Era feliz con el sufrimiento de los demás!–. Aceptó la herencia de mi padre, una herencia que moralmente no le corresponde, y no le importó dejarme en la calle. Es un miserable, coronel, y por eso cree que todo el mundo es tan bajo y ruin como usted. Pero yo no lo soy, señor –Montgomery Burton-Jones la miró

fijamente. Que lo llamara miserable le dolió mucho más de lo que se atrevía a reconocer ante sí mismo y, sin embargo, ella estaba en lo cierto. Era un maldito miserable. Se había comportado así desde que se había enterado de quién era su verdadero padre. El engaño lo había trastornado y nunca le importó lo que los demás pensarán de él, en cambio, ahora no quería que ella lo creyera el peor de los hombres.

–Señorita Murray... Comprendo que me odie, yo... –se interrumpió antes de continuar. No podía dar pasos en falso. Conocía a la joven desde hacía pocos días y no debía desnudar su alma ante ella. Tenía que tener cuidado con sus palabras y no decir nada que lo comprometiera. Ella permaneció en silencio y notó la inflexión en la voz de él, el modo en el que sus palabras parecían contener una disculpa, pero una disculpa no era suficiente ante tanta crueldad. Primero la acusaba de ser coqueta, después de ser interesada, ¿acaso le había dado ella motivos para semejantes pensamientos?

–Yo no lo odio, coronel –le dijo Penélope con la intención de hacerle tanto daño como él le había hecho a ella, pues algo le decía que Montgomery Burton-Jones era inmune al odio de la gente y que incluso deseaba ser odiado—. No lo odio en absoluto. Siempre he pensado que detrás de una persona malvada hay un pasado atormentado. Algo terrible ha debido de ocurrirle para que usted sea como es. No, no lo odio. Simplemente siento lástima de usted –la joven giró sobre sus talones y salió por la puerta del despacho. El coronel tardó unos segundos en reaccionar... ¿Quién se había creído aquella muchachita para sentir lástima por él? ¿Y cómo había llegado a la conclusión de que algo terrible le había ocurrido?

¿Acaso sabría algo sobre él? ¿Sabría que no era un Burton-Jones? Salió corriendo tras ella y la alcanzó en el jardín, cerca de los rosales. La lluvia caía copiosamente sobre ambos, empapándolos. La agarró del brazo y la obligó a detenerse.

–¡Suélteme inmediatamente! –le exigió ella.

–No, señorita Murray... Ahora va a explicarme con detenimiento por qué le inspiro tanta lástima –el coronel estaba verdaderamente furioso y, al verlo en semejante estado, ella se relajó. Bien, ahora la situación había dado la vuelta. Él estaba fuera de sí y ella podía disfrutar del espectáculo, ¿no era lo que él llevaba haciendo varios días, desde que la conoció?

–No creo que ese sea un tema para tratar en un lugar como este, donde cualquiera pueda escucharnos, ¿o es que desea airear los trapos sucios de su familia públicamente? –le dijo ella con tranquilidad y cierta ironía. Se burlaba

del coronel porque creía que lo que le estaba haciendo daño era que su madre viuda hubiera tenido una relación con su administrador y le parecía una estupidez que un hombre adulto se sintiera tan amargado por una tontería así. Ni de lejos intuía la joven los verdaderos motivos de aquella amargura y la puñalada que supuso para el coronel escucharla hablar de “los trapos sucios de su familia”, pues él creía que se estaba refiriendo a que no era un Burton-Jones. La agarró más fuerte del brazo, con los dedos crispados como las garras de un águila sobre su presa.

–Regresaremos al despacho y me contará todo lo que sabe –fue una orden, una amenaza proferida con voz de trueno, pero ella no iba a dejarse intimidar por aquel maldito hombre. Se había inclinado sobre su rostro al hablar para asustarla y ella pudo observar las betas verdosas que sus ojos oscuros, que había creído negros hasta ese mismo instante. Olía a tabaco y whisky, su boca estaba curvada en una mueca de dolor y a Penélope le resulto tan atractivo que tragó saliva. El coronel creyó que este gesto indicaba que la muchacha tenía miedo, pero estaba equivocado.

–¿Y si no le cuento lo que sé, que va a hacer? –lo retó ella. A esas alturas, el coronel ya estaba fuera de sí. Pensar que ella pudiera conocer su secreto lo enloquecía, pero lo enloquecía más aún aquel olor virginal a flores y a mermelada.

Penélope olía a mermelada de fresa y su piel era tan blanca y resplandeciente como los lirios. La tenía tan cerca que pudo observar su rostro detenidamente y la forma de su boca hizo que se le acelerara el corazón. Aquella boca había sido creada para besar, amplia, rosada. Cuando la joven lo retó preguntándole qué le haría si no respondía a sus preguntas, sólo pensó en besarla, pero no como un castigo, sino para dar rienda suelta a un deseo que surgía de lo más profundo de sus entrañas.

CAPÍTULO 11

Penélope vivió aquel beso a cámara lenta. ¡Eso no podía estar ocurriéndole a ella, no con aquel hombre salvaje y malvado! Sólo había querido burlarse de él como él también se había burlado de ella, pero las cosas habían llegado demasiado lejos. “¿Y si no le cuento lo que sé, qué va a hacer?”, le había preguntado ella, y entonces había visto aquel hermoso rostro descender hacia el suyo. No pudo moverse, ni siquiera pestañear, de hecho creyó que era una treta del coronel para atemorizarla. Ni en sus sueños más locos hubiera imaginado que iba a besarla y, sin embargo, la besó. No fue plenamente consciente de lo que estaba pasando hasta que sintió los labios cálidos de él sobre los suyos y los brazos masculinos rodeándole la cintura. Los propios brazos de la joven permanecían a ambos lados de su cuerpo, sin saber qué hacer con ellos, y la cabeza le daba vueltas. ¡Ella no quería aquel beso, no lo quería!

¿No lo quería?

Los labios del coronel eran suaves y delicados, se posaron sobre los de Penélope casi con miedo, como si deseara besarla y, al mismo tiempo, quisiera salir huyendo de allí. Él no debía desearla de aquella manera y lo sabía, pero maldita sea, la deseaba y el cuerpo de la joven se había acoplado a su abrazo.

Besar sus labios era como comer moras silvestres en una tarde de verano.

Penélope había ahogado una exclamación de sorpresa contra sus labios, pero no se había apartado y eso lo animó a continuar, a estrecharla más contra su cuerpo.

Sentía la fina lluvia humedeciéndolos, empapando sus ropas y sus cabellos. El coronel abrió los labios de la joven con su lengua y penetró en la dulce cavidad de su boca, saboreándola, conociendo cada rincón. La joven no oponía resistencia y si bien al principio estaba abstraída, como si se dejara llevar porque había sido pillada por sorpresa, ahora sus brazos se hallaban apoyados en el pecho masculino, su respiración parecía agitada y apretaba su cuerpo contra el del coronel. Había abierto la boca con dulzura y había permitido la tierna invasión de la lengua masculina y Montgomery Buton-Jones hubiera podido jurar que la joven había emitido un gemido de placer, aunque tampoco podía asegurarlo, tal vez se lo había inventado porque era lo

que deseaba, que ella estuviera tan excitada y ansiosa como él. En ese instante no pensó en lo terriblemente inconveniente que era aquello, sino en que tenía entre sus manos a la única mujer que había logrado excitar, al mismo tiempo, su cerebro y su entrepierna y la deseaba. Sólo sabía eso: que la deseaba.

¡Dios mío!, ¿qué era aquella sensación que la embargaba, aquel abandono, sus músculos de pronto blandos, el mundo dando vueltas a su alrededor mientras el único punto de apoyo era la boca del coronel, sus manos rodeándole la cintura y apretándola contra su cuerpo? Penélope jamás había sentido nada igual.

Desconocía el ansia que se había apoderado de ella, el deseo de unirse más a aquel cuerpo. Ni siquiera era consciente de que la lluvia empapaba su ropa y su pelo y acabaría con una pulmonía si no se ponía pronto a resguardo. Lo único importante era la boca del coronel, su lengua y el modo en el que sus caricias la hacían sentir.

Antes de darse cuenta, sus brazos, que habían permanecido laxos a ambos lados de su cuerpo, se alzaron hasta el pecho del coronel y palpó la dureza de sus músculos. Se puso de puntillas para alcanzar mejor su boca y se entregó al beso con vehemencia y pasión. Sólo salió de su ensimismamiento cuando las manos del coronel resbalaron desde su cintura a sus nalgas, para apretarla contra la dureza que punjía entre sus piernas. Al sentir esa dureza contra su vientre, Penélope se asustó y eso rompió el hechizo en el que la había sumido aquel beso devastador.

Lo empujó con ambas manos para apartarlo. Aún estaba jadeante cuando habló.

–Es un miserable, un monstruo... –lo acusó la joven, tratando de responsabilizarlo de aquel beso. No quería pensar lo mucho que se había implicado también ella, lo mucho que lo había disfrutado. Se sentía estúpida por haberse entregado a aquel placer cuando el coronel lo único que pretendía era castigarla. “¿Y qué vas a hacer si no respondo a tus preguntas?”, aquello es lo que hizo, besarla como castigo, y seguramente se había dado cuenta de cuánto lo había disfrutado. Los labios, hinchados aún por los besos, comenzaron a temblarle y las lágrimas le escocían en los ojos.

–Penélope, yo... –comenzó a decir el coronel, pero las palabras se atascaron en su garganta. Después del beso, le parecía absurdo seguir llamándola señorita Murray, pero en cuanto pronunció el nombre de Penélope, este actuó como un afrodisíaco sobre sus sentidos, embrujándolo.

La intimidad de llamarla por su nombre lo emborrachó de deseo. Se imaginó susurrárselo mientras le hacía el amor y la tenía desnuda y ansiosa en su cama. Penélope, Penélope, Penny.

–Es un monstruo –repitió ella. Las lágrimas habían comenzado a rodarle por las mejillas, pero casi eran imperceptibles porque las gotas de lluvia se mezclaban en su rostro y si no hubiera sido por los ojos enrojecidos, el coronel jamás se hubiese dado cuenta de que lloraba.

–Lo siento –le dijo con una voz desconocida hasta para sí mismo. Dio un paso hacia ella, pero la joven retrocedió con la agilidad y la furia de una gata salvaje.

–¿Quería que lo odiara, no es cierto? Pues enhorabuena, lo logró... ¡Lo odio! –ella comenzó a correr en dirección a la puerta principal donde seguramente la esperaba su carruaje, pero en un par de zancadas amplias el coronel logró interceptarla y la detuvo, sosteniéndola con firmeza por los antebrazos.

–Lo siento mucho. No era mi intención... –comenzó a disculparse de nuevo el coronel, pero ella lo interrumpió hablando casi a chillidos.

–¡No es cierto, no lo siente y sí era su intención! Quería castigarme, humillarme, maldito sinvergüenza –él tuvo que contenerse para no sonreír cuando la escuchó llamarlo sinvergüenza. Sonaba casi infantil y seguramente se alejaba de lo que verdaderamente ella querría llamarlo, pero era una dama, al fin y al cabo. Volvía a tenerla tan cerca que su entrepierna se enardeció y él masculló una maldición. Volvía a desearla a pesar de todo, de que no debía y de que ella quería matarlo. Su respiración agitada, sus labios entreabiertos por la furia, todo lo excitaba y la tenía a escasos milímetros de su boca. No pudo contenerse y la alzó del suelo para tenerla frente a frente. Ella se debatió, agitando los pies en el aire y gritando: “¡Suélteme, maldito!”, pero aquel deseo lo dominaba y trató de besarla nuevamente, aunque no alcanzó su boca. Sintió de pronto un dolor intenso en la espinilla y soltó a la joven como un acto reflejo. La vio correr con agilidad hacia la fachada principal de la casa y sólo entonces llegó a la conclusión de que ella le había dado una soberana patada con toda la fuerza de la que era capaz. Se quedó allí plantado, bajo la lluvia y excitado como un colegial. Movié la cabeza de un lado al otro y murmuró: “¡Cielos santos, qué mujer!”.

CAPÍTULO 12

Durante los tres días siguientes la lluvia no cesó, al igual que el sentimiento de desazón y culpa de Penélope. No se acercó a la casa del coronel ni creyó oportuno mandarle una nota para comunicárselo, pues daba por sentado que él se hacía cargo de la situación. Cuando le había dicho que jamás quería volver a verlo no estaba exagerando, era cierto. Si hubiera podido, se habría marchado a Londres para no regresar jamás. No quería pensar en el beso y, cuando estaba despierta, lo lograba la mayor parte del tiempo, pero en cuanto se quedaba dormida las escenas que había vivido se sucedían en su cabeza con un realismo atroz y su cuerpo se estremecía de nuevo ante las caricias de aquel maldito. ¡No podía evitarlo! Lo odiaba y lo deseaba al mismo tiempo y eso la hacía sentirse absolutamente decepcionada consigo misma. ¿Cómo podía disfrutar de las caricias de semejante sinvergüenza, máxime cuando él sólo la había besado para castigarla, para doblegar su orgullo?

El haber estado expuesta a la lluvia durante demasiado tiempo le pasó factura y llevaba esos tres días sin levantarse de la cama. El estado en el que había llegado a casa era tan terrible que la prima Del insistió en saber qué había ocurrido con el coronel y ella mintió, se inventó una discusión sobre unos terrenos en la que había salido a colación la herencia de Aldrich Park, la casa londinense en la que se había criado y que ahora era propiedad del coronel. Aseguró a la anciana que jamás regresaría a trabajar con el coronel. “Te lo dije. Él sólo quería hacerte sentir mal. Parece que se alimenta de la desgracia de los demás”, aseguró la prima Del.

La mañana del cuarto día Penélope aún se sentía débil por el resfriado, pero decidió levantarse de la cama y echarse en el sofá de la sala, al menos desde allí podía ver el hermoso jardín y el trajín de la prima Del y los criados. En su cuarto se aburría mortalmente y ya había leído todas las novelas que tenía a mano.

Estaba jugueteando con las cintas de su vestido cuando la señora Roberts entró en la sala para anunciarle una visita.

—El coronel Burton-Jones, señorita —le dijo, y él entró a grandes zancadas en la estancia antes de que ella pudiera hacer nada por evitarlo. Cuando la criada se hubo retirado, ambos se vieron sumidos en un tenso silencio.

Penélope se sonrojó y le hubiera gustado salir corriendo, pero le era imposible hacerlo sin caer en el más terrible de los ridículos. No le dijo al coronel que tomara asiento, de hecho tenía la mirada clavada al frente y lo estaba ignorando, pero Montgomery Burton-Jones no iba a darse por vencido. Había pasado una noche de perros tratando de entender aquel deseo abrasador que sentía por la muchacha y como le había sido imposible hallar una respuesta, decidió no darle más vueltas y olvidarlo. Pero esto era más fácil de decir que de hacer. Cómo olvidar lo que ella le había hecho sentir y cómo había temblado contra su cuerpo. Cómo olvidar que en presencia de aquella joven él perdía completamente el control. Pero su ánimo al ir a verla aquella mañana poco tenía que ver con la pasión y el deseo. El coronel había decidido dos cosas durante aquella larga noche de insomnio: disculparse sinceramente con Penélope y descubrir cuánto sabía ella sobre su pasado.

–Lo siento –dijo con voz firme, pero en su tono se notaba cierto pesar.

Penélope ni siquiera parpadeó–. Siento mucho todo lo ocurrido. Me comporté como un animal y no tiene justificación.

–No pienso seguir trabajando con usted –fue la única respuesta de la joven, que aún seguía mirando a través de la ventana como si estuviera sola en la estancia. Había notado que él la tuteaba, pero ella seguiría manteniendo las distancias.

–No tomes decisiones precipitadas –le pidió él–. Te doy mi palabra de que nada parecido volverá a ocurrir. Estoy verdaderamente arrepentido de mi comportamiento –a Penélope le parecía que él era sincero. Lo que no sabía la joven era la lucha que se llevaba a cabo en el pecho del coronel. Deseaba besarla, pero sabía que no debía hacerlo y pondría todo de su parte para que aquello no ocurriera de nuevo. No confiaba en las mujeres en cuestiones amorosas y Penélope no era una excepción, pero al mismo tiempo se daba cuenta de que la necesitaba. No estaba acostumbrado a que la gente fuera sincera con él y la joven era increíblemente sensata e inteligente. Le gustaba escuchar su punto de vista.

No quería renunciar a eso.

–Nunca volveré a confiar en usted –Ella seguía sin mirarlo, de modo que el coronel se puso ante la joven para obligarla a enfrentarlo.

–Dame una oportunidad para demostrarte que sí soy digno de confianza.

No te defraudaré –ella negó con la cabeza ante las palabras de Montgomery, de modo que él dio un paso más allá y decidió desnudar un poco su alma para averiguar cuánto sabía ella de su pasado–. Bien,

comenzaré confesándote que tus palabras me destrozaron... Tienes razón. Hay algo en mi pasado que partió mi vida en dos –por primera vez en aquella mañana, ella lo miró a los ojos, sorprendida.

–Eso me temía –dijo, pensativa.

–Que tú sepas mi secreto me hace sentir aún peor –el coronel se tomó la libertad de sentarse en el sillón más cercano al sofá donde descansaba la joven, aunque ella no le había invitado a tomar asiento.

–No se preocupe, no diré ni una palabra –aseguró Penélope, clavando nuevamente la mirada en el ventanal que daba al jardín– y ahora, por favor, váyase. Jamás le perdonaré el abuso que cometió conmigo –el coronel aún estaba conmocionado por las palabras de la joven, pero no quería creerse que sabía su terrible secreto.

–En cuanto al secreto de mi pasado... No sé si estamos hablando de lo mismo –insistió él. Penélope se incorporó en el sofá y le dijo casi en un susurro: –Se trata de la historia de su madre con el antiguo administrador, ¿no es cierto? –dijo la joven. El rostro del coronel palideció y, al levantarse del sillón, casi tira un jarroncito que había sobre la mesa de té. Se precipitó hacia la salida mientras escuchaba las últimas palabras de Penélope–. Tampoco es para tanto, coronel. No entiendo por qué le afecta de esa manera.

Montgomery Burton-Jones estaba completamente borracho. La botella de whisky estaba vacía y ni siquiera tenía fuerzas para ir a buscar otra. Tampoco quería llamar a un lacayo y que lo viera en esas condiciones. Se había echado sobre la cama con la cabeza dándole vueltas y un profundo desprecio por sí mismo y por el mundo. Lo que más temía había ocurrido: alguien a parte de su madre y él sabía que no era un Burton-Jones. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que toda Inglaterra lo supiera? Y lo que más lo intrigaba: ¿Cómo había logrado averiguar Penélope un secreto que sólo conocían tres personas, una de los cuales – su padre biológico– estaba muerta?

No entendía a aquella joven... Conocía un escándalo de magnitudes gigantescas y lo único que se le había ocurrido decir es que no entendía por qué le afectaba de aquella manera. ¿Cómo iba a afectarle ser un impostor, haber heredado una fortuna que no le correspondía y usar un apellido que no era el suyo? No, no entendía a Penélope Murray...

Cuando ya se había recuperado del resfriado, Penélope decidió ir a ver al coronel a Bardinton Hall. Lo odiaba, sí, pero no podía ser indiferente al sufrimiento que a él le causaba saber que su secreto había sido descubierto. Tenía que asegurarle que jamás lo revelaría. Llamó a la puerta de su despacho a los once en punto, tal y como hacía cuando aún trabajaba como administradora. Oyó la voz

del coronel indicándole que pasara con un tono un tanto extrañado, no en vano no esperaba visitas de nadie a aquella hora. Estaba sentado en su escritorio, literalmente sepultado entre una enorme montaña de papeles y libros de contabilidad. Frunció el ceño al verla y se sintió incómodo, aunque nada en sus palabras lo revelaba.

–¿Has decidido seguir trabajando para mí? –le preguntó.

–No, coronel. He venido a hablar con usted porque, tras nuestra última conversación, me quedé preocupada... Sólo quería asegurarle que jamás revelaré nada de lo que sé, que puede usted dormir tranquilo –Penélope terminó de hablar y lo miró fijamente durante unos segundos, pero como él no dijo nada, la joven musitó una despedida y ya se disponía a salir por la puerta cuando el coronel la interrumpió.

–Dime sólo una cosa, Penélope –el efecto acariciador que tenía sobre ella escuchar su nombre en boca de él la molestó–. Me gustaría saber cómo te has enterado de algo tan íntimo y que sólo mi madre y yo sabemos.

–Fue usted quien desveló el secreto –le dijo, y como él arqueó las cejas en señal de incredulidad, ella se lo explicó mejor–. ¿Recuerda el día que su madre entró en este despacho para invitarme a comer? Yo le dije que no sabía si eso era conveniente y me interesé por saber si el antiguo administrador también comía con ustedes. Y fue usted, coronel, quien me respondió. Dijo que el antiguo administrador hacía muchas cosas inconvenientes y que no debería hacer y dijo todo esto mirando con furia a su madre, que palideció mortalmente y fue incapaz de recobrar el habla. Es así como supe que su madre y el antiguo administrador habían tenido algún tipo de relación –el coronel la miraba boquiabierto. Debía tener cuidado con lo que decía en presencia de aquella muchachita, pues parecía tener el don de la clarividencia–. Déjeme que le diga, coronel, que una mujer viuda como su madre tiene derecho a rehacer su vida y eso no es algo que nadie pueda criticar...

–¿Cómo dices? –el coronel no estaba entendiendo este último comentario de la joven.

–Me refiero a que no es nada malo que su madre y el administrador hubieran tenido una relación. Ella era viuda y él, soltero –repitió Penélope.

–Ya veo –respondió él de forma automática. ¿Podría ser cierto aquello?

¡Se había preocupado por nada! Penélope no sabía el verdadero secreto, no sabía que él no era un Burton-Jones. Lo que creía es que él estaba indignado porque su madre viuda y su antiguo administrador habían tenido una relación. Que su secreto estuviera a salvo lo hizo sentir eufórico–. ¿Puedo pedirte algo, Penélope?

–la joven asintió–. Vuelve a trabajar aquí, por favor. Aunque llevas poco tiempo, te has hecho ya imprescindible –la voz del coronel era suave y dulce y su sonrisa hizo que el estómago de la joven se encogiera–. ¿Quién va a decirme las verdades a la cara si tú renuncias a tu puesto?

–Nunca volveré a trabajar aquí... Han ocurrido cosas que... –ella no hizo referencia al beso, pero aun así se sonrojó.

–Te dije que podías confiar en mí, que nunca más ocurriría –aseguró el coronel. Había dado varios pasos hasta acercarse a ella, que permanecía de pie en medio de la estancia con las manos unidas y la mirada clavada en el suelo.

–Aunque nunca vuelva a ocurrir, no puedo olvidarme de lo ocurrido... Y no puedo perdonar la forma canallesca en la que trató de castigarme... –la sonora carcajada del coronel hizo que la joven levantara la mirada del suelo y lo enfrentara.

–Pero bueno, muchacha, ¿tan insegura eres que no te consideras capaz de tentar a un hombre? –ella lo miraba perpleja–. No te besé para castigarte por nada.

Te besé porque deseaba hacerlo. Estabas cerca de mí y todo me invitaba a besarte, la lluvia empapando tu vestido, esos hermosos labios entreabiertos... –alzó la mano para rozar con sus dedos los labios de la muchacha, pero pareció pensarlo mejor y detuvo el movimiento. Ella contuvo un gemido–. No puedo evitar que me gustes, Penélope, pero soy un hombre adulto y experimentado, lo que sí puedo es evitar caer en ciertas tentaciones –aseguró él con poco convencimiento, pues ya se había dado cuenta de que aquella jovencita lo hacía perder pie. Ella dio un paso hacia atrás para poner mayor distancia entre ambos.

–Debo irme... La prima Del me está esperando –balbuceó ella, de nuevo

con la mirada clavada en el suelo.

–Vamos, no me tengas miedo... No me como a nadie –dijo el coronel con un tono suave como el terciopelo–. Además, yo no soy de los que se casan y tú eres una muchachita decente. Jamás haría nada para perjudicar tu reputación...

–Debo irme –repitió ella, y apoyó la mano en la manilla para abrir la puerta.

–Echaré de menos tu sensatez, Penélope... Pero espero que el hecho de que no trabajes para mí no impida que vayas el próximo martes a la velada que está organizando mi madre –ella no dijo nada, así que él insistió–. ¿Irás, verdad?

–Sí –dijo ella con la voz entrecortada y aún sin atreverse a mirarlo.

–Hasta el martes, entonces –él tomó la mano femenina antes de que ella pudiera darse cuenta. Su tacto era cálido y delicado. Se la llevó a los labios y cuando la joven sintió el beso sobre el dorso de su mano, creyó desmayarse.

Llegaron a su mente imágenes de los labios del coronel sobre su boca, aquel beso que le había dado era el momento más erótico de toda su vida... Apartó la mano del coronel con brusquedad y se escabulló por la puerta del despacho, huyendo como un animalillo asustado.

CAPÍTULO 13

Lo que le ocurría con el coronel era absurdo. ¡Absurdo! Había salido huyendo de su despacho como una niña aterrorizada y ahora se moría de vergüenza al recordarlo. Estaba obligada a encontrarse con el coronel cada cierto tiempo y debía hacerlo con la mayor dignidad posible. No podía darle a él la alegría de saber que la trastornaba de aquella manera, pero no sabía cómo evitar el escalofrío que le recorría la espalda cada vez que lo tenía frente a ella o aquel temblor tan desagradable en las manos. Durante cuántas horas de insomnio reflexionó sobre el significado de aquellos temblores, del sudor frío que le recorría la espalda cuando lo tenía cerca. Desde que el coronel la había besado, algo cambió en su interior y no acertaba a adivinar qué era ni qué nombre darle, pero tras horas y horas pensando en lo mismo, una idea aterradora cruzó su mente: ¿acaso se estaba enamorando del coronel? Era tan inexperta en esas cuestiones que no lograba saber lo que sentía su corazón, pero su cuerpo reaccionaba de una manera como nunca antes había hecho y el coronel poblaba todos sus sueños y estos no eran pesadillas precisamente. Soñaba una y otra vez con aquel beso, aquel maravilloso beso que le había hecho sentir que la tierra temblaba bajo sus pies. ¿Pero eso era amor? El coronel ni siquiera le caía bien. Era testarudo, manipulador y cruel. No había ni un ápice de bondad en su corazón. Es más, la joven dudaba de que tuviera corazón. ¿Con quién podía hablar sobre aquel tema?

¿A quién podía preguntarle sobre sus dudas? Estaba volviéndose loca, incluso había perdido el apetito y el sueño. Si se estaba enamorando del coronel, ¿cómo lograría detener ese proceso? Y lo peor: ¿con qué esperanza podía amar a un hombre que no se planteaba el matrimonio? Ella nunca sería su amante y tampoco se consideraba capaz de amarlo en secreto durante toda su vida... ¿Qué hacer entonces?

Aquellos días, hasta la llegada del martes, los pasó en un estado de absoluto sonambulismo. La prima Del la encontraba extraña y le preguntaba qué le ocurría y su nueva amiga, la señorita Carrie Potts también se dio cuenta de que algo estaba pasando. Con Carrie, Penélope se atrevió a sincerarse, aunque jamás pronunció el nombre del coronel ni su amiga, una joven muy discreta, le preguntó de qué hombre estaban hablando.

–Dijiste que habías estado enamorada, ¿verdad? –le preguntó Penélope a Carrie y esta asintió—. Bien, pues quiero preguntarte si lo que me está pasando es... amor.

–De acuerdo. Dime qué sientes –Carrie le había respondido sin mostrar ningún escándalo, ni interés morboso. Parecía querer ayudarla a aclarar sus sentimientos. Ambas estaban tomando el té en el saloncito que había en la parte trasera de la estafeta de correos.

–Verás... –comenzó a decir Penélope, sonrojándose vivamente—. No hago más que pensar en él, noche y día. Sueño con él. Deseo verlo y que me... bese..., pero al mismo tiempo lo abofetearía. ¡Es un hombre insufrible! Ni siquiera me cae bien, así que no puede ser amor, ¿verdad? Yo no podría estar enamorada de un hombre cruel y malvado, egoísta, terrible... ¿Verdad? –el tono de su voz era ansioso y esperaba la respuesta de su amiga como el que espera encontrar agua en medio del desierto.

–Bueno, querida Penélope, que pienses en él a todas horas no es indicativo de que estés enamorada. También se puede pensar a todas horas en alguien a quien detestamos y que nos hace sentir mal –respondió Carrie.

–¡Eso mismo pienso yo! ¡Es imposible que esté enamorada de alguien a quien detesto! –la joven parecía aliviada.

–Pero... –comenzó Carrie. Penélope abrió los ojos, preocupada.

–Pero, ¿qué? –quiso saber.

–Pero tampoco debes creer que no estás enamorada porque lo detestas. El amor es de lo más extraño... La clave para saber lo que sientes está en algo que dijiste...

–¿En qué cosa? –quiso saber Penélope, cada vez más nerviosa.

–Dices que a veces lo abofetearías y otras, desearías que te besara. No deseas que te bese alguien a quien simplemente detestas. Hay más sentimientos ahí de los que quieres reconocer ante ti misma, amiga mía. Si piensas en él a todas horas y deseas que te bese... No sé, yo diría que estás enamorada o te está enamorando. O por lo menos te gusta –Carrie observaba a la otra joven con cierta lástima. No era estúpida y había sabido atar cabos. ¿Qué otro hombre de carácter terrible había en Morningdale y con el que Penélope tuviese relación? Solamente el coronel Burton-Jones. Si a eso añadía que la joven había decidido dejar de trabajar para él de manera abrupta, su teoría tomaba más consistencia. Sí, Carrie llegó a la conclusión de que su amiga se estaba enamorando del coronel.

–Dios mío, eso es terrible... –balbuceó Penélope.

–¡Claro que no! Lo primero que debes hacer es averiguar si tu hombre misterioso es tan malvado y cruel como crees. De ser así, huye de él como de la peste. Pero si resulta mejor persona...

–Aunque fuese un santo, Carrie, debería huir de él. Me dijo claramente que no era de los que se casaban –Penélope mostró una tristeza ante este hecho que la conmovió. ¿Acaso se imaginaba casada con el coronel? ¡Por todos los demonios, claro que no! Eso es lo último con lo que debía soñar.

–¡Bah! –exclamó Carrie–, muchos hombres son contrarios al matrimonio porque no han encontrado a la mujer adecuada. No te preocupes por eso.

Preocúpate sólo por lo que te he dicho... Averigua si es tan malvado como piensas. Lo demás lo solucionarás a su debido tiempo.

Ambas jóvenes tomaron el té en silencio durante unos segundos, al cabo de los cuales, Carrie le comentó a su amiga.

–Cambiando de tema... He recibido una invitación de lo más extraña. El coronel Burton-Jones se presentó aquí ayer por la tarde y me dijo que sería un honor para él que asistiera a su velada del martes –observó cómo Penélope se sonrojaba al escuchar el nombre del coronel. No había duda, él era su enamorado misterioso–. Dijo que sabía que yo era tu amiga y que le encantaría contar con mi presencia en su casa. Jamás había hablado conmigo. Me resultó tan extraño...

–Querrá ampliar su círculo de amistades –Penélope trató de sonreír. ¿Por qué hacía aquello el coronel? ¿Acaso lo hacía por ella, para que se sintiera más cómoda en la velada, arropada por una amiga? ¡No, era imposible! El coronel era incapaz de galanterías y delicadezas como aquella.

–No creo que sea por eso. Más bien me parece que trata de que tú estés rodeada de amigos en su velada –Carrie había dicho en voz alta las palabras que la propia Penélope estaba pensando–. Es un buen hombre, siempre lo ha sido. Es una lástima que la guerra lo haya vuelto tan amargado, pero lo comprendo. Si alguien regresa de la guerra sin que esta le haya afectado es que no tiene sentimientos y el coronel posee un corazón demasiado generoso como para que los horrores bélicos no lo hayan destrozado.

–¿Generoso? –preguntó Penélope extrañada–. No creo que esa sea una palabra justa para definirlo. Es cruel incluso con su madre y no se preocupa lo más mínimo por la suerte que corren los campesinos que trabajan sus tierras... Un hombre así no es generoso en absoluto.

–Penélope, por Dios, ¿tan poco conoces la naturaleza humana como para no comprender que alguien con el corazón roto rompe también los vínculos

con su alrededor tratando de no volver a sentir nada?, como si manteniendo a todo el mundo a distancia pudiera asegurarse de que el sufrimiento también estaría lejos de él. Créeme, el coronel es un hombre bueno y justo escondido tras una gruesa coraza.

A Penélope le costaba creer que eso fuera cierto, pero deseaba que lo fuera. ¡Oh, sí, lo deseaba con toda su alma y por primera vez lo reconoció ante sí misma!

Montgomery Burton-Jones estaba decidido a hacerse perdonar por Penélope. Al principio, se volvía loco tratando de averiguar por qué era tan importante que la joven no tuviera esa pésima opinión sobre él. Poco le importaba qué opinaban los demás, pero a Penélope quería mostrarle las bondades de su corazón. Una vez, años atrás, el coronel había sido justo, bueno y generoso. Las circunstancias, los desengaños y las mentiras lo habían transformado en un ser amargado y resentido, pero una vez había sido un gran hombre y quería, necesitaba, que Penélope conociera esa otra parte de sí mismo. Invitar a la señorita Carrie Potts a la velada del martes era sólo una de las sorpresas que le tenía preparadas. Si Penélope la consideraba su amiga, él quería que formara parte del grupo que se reuniría en su casa. Algo, no sabía cómo llamarlo, le decía que Penélope era una mujer excepcional y que merecía un mejor trato por su parte.

Tanto lo había enloquecido averiguar por qué le importaba la muchacha que finalmente decidió no darle más vueltas al asunto: la valoraba por su inteligencia, por su sensatez y su sinceridad, la valoraba como una amiga, nada más. Sí, claro que era cierto que le gustaba, que la deseaba. Maldita sea, aquel beso no era fácil de olvidar. Ella se había entregado con pasión, prometiéndole placeres con los que soñaba cada noche. Por supuesto que la deseaba en su cama, pero no era un sinvergüenza sin corazón: la muchacha era decente y él no la mancillaría. No, no le haría ningún daño. Domesticaría aquel deseo, pero no por ello iba a renunciar a tenerla cerca. Hacía años que no disfrutaba de la compañía de nadie y ahora no renunciaría a la cercanía de Penélope Murray. Haría lo que fuese necesario para demostrarle que era digno de confianza, que era un buen hombre.

CAPÍTULO 14

La velada del martes llegó por fin y Penélope no sabía qué esperar de ella. Le temblaban las piernas ante el hecho inminente de ver al coronel. ¿Cómo podía haber ocurrido aquello? ¿Cómo podía haberse enamorado de un hombre como él?

A su lado, la prima Del y Carrie Potts tenían el semblante plácido y expectante, mientras ella era un manojo de nervios. A pesar de haber trabajado varios días para el coronel, Penélope no conocía el interior de la mansión de los Burton-Jones. El salón le pareció tan espléndido que enmudeció de repente ante la contemplación de la inmensa araña del techo y los muebles de caoba maciza, ante las alfombras persas y los antiguos retratos de familia.

Montgomery Burton-Jones se acercó a ellas en cuanto fueron anunciadas por el lacayo. Se sentía emocionado y nervioso como un colegial y le costó mantener el paso seguro mientras se encaminaba hacia las damas. Nunca le había ocurrido nada semejante con una mujer.

–Señora Lixbom, señorita Potts –dijo él, al tiempo que hacía una leve inclinación de cabeza y tomaba las manos de ambas mujeres para besarlas.

Primero las de la anciana y más tarde la de Carrie Potts. A continuación, miró a Penélope–. Señorita Murray –dijo con un tono de voz pausado y dulce, y tomó con delicadeza la mano femenina entre las suyas para besarla sin apartar su mirada de la joven–. Estoy encantado de que haya decidido cumplir su palabra y acompañarme en esta velada. Está especialmente hermosa esta noche –comentó con galantería y sinceridad tratando de no cometer el error imperdonable de comérsela con los ojos, pues eso era precisamente lo que le apetecía hacer, devorar su imagen. Lleva un vestido verde que resaltaba la luminosidad de su piel y el cabello estaba hermosamente recogido dejando que unas adorables ondas de su cabello castaño enmarcaran su rostro. Estaba realmente bonita aquella noche.

–Gracias, coronel –respondió ella en un susurro apenas perceptible. La intimidad que se había creado entre ambos era tan manifiesta que todos los presentes en el salón no dejaron de observar la escena mientras ellos permanecían ajenos al interés que habían despertado en el resto de los invitados. Penélope y Montgomery estaban solos en ese instante, aislados en

medio de la gente. Fue la madre del coronel, la señora Burton-Jones, quien rompió finalmente el hechizo.

–Querida señorita Murray, ha florecido usted ante nuestros ojos de la noche a la mañana –las palabras de la anciana madre del coronel eran sinceras y eso se notaba en la expresión de sus ojos, sin embargo, Penélope no la creyó del todo. ¿Bonita ella? Tenía que ser objetiva: había mejorado enormemente desde su llegada a Morningdale, pero no era bonita. Bonitas (mejor dicho: hermosas) eran el resto de las jóvenes que se encontraban allí aquella noche: las señoritas Walpole, la señorita Barry y su amiga, la señorita Potts. ¡Ellas sí eran hermosas!

Penélope se consideraba apenas aceptable.

Todos los asistentes a la velada fueron colocándose en torno a la enorme chimenea de piedra sobre la cual pendía el escudo de los Burton-Jones, un escudo tan antiguo que se decía que un antepasado de la familia había cruzado el Gran Canal junto al rey Guillermo “El Conquistador”. A pesar de ser consciente de sus ardientes sentimientos, Penélope estaba confusa. Por nada del mundo iba a dejar dichos sentimientos a su libre albedrío y prefería morir antes de que el coronel los descubriera. Lucharía con todas sus fuerzas para sofocar aquellos sentimientos, para arrancarlos de su corazón. ¡Pero era tan difícil!, especialmente en esos momentos en los que el coronel se mostraba amable con ella, incluso podría decirse que se mostraba gentil. ¡Gentil! ¡Amable! ¿Quién iba a decírselo a Penélope apenas varios días atrás, cuando él se comportaba como el más miserable de los hombres? ¿Podía cambiar tanto una persona en tan poco tiempo?

La joven no creía que alguien pudiera cambiar tanto. Claro que, de ser cierto lo que la prima Del y la propia Carrie Potts le habían dicho, el coronel había sido un hombre agradable y encantador, pero la guerra lo había transformado. Tal vez Montgomery Burton-Jones no había cambiado, sino que había vuelto a ser tal y como era antes. Pero... ¿Cuál era el motivo de dicho cambio? Ella no podía negar que el corazón le brincaba en el pecho al pensar que ese motivo podía ser ella, pero después se daba cuenta de que estaba siendo una ilusa y se sentía estúpida.

Estúpidamente enamorada de alguien a quien había jurado odiar hasta el día de su muerte.

Por su parte, el coronel no podía apartar la mirada de Penélope. Sabía, porque no era ningún estúpido, el nombre exacto de aquello que estaba devorándolo por dentro, pero no se atrevía a pronunciarlo en voz alta por

puro miedo y prefería mentirse a sí mismo.

Laura Barry estaba sentada muy cerca del coronel y trataba de crear un ambiente confidencial. La situación era apremiante. Aquella misma mañana había recibido una carta de su padre insistiéndole sobre la gravedad de la situación económica de la familia. Si en algún momento era imprescindible que ella usara su belleza y su astucia era aquel. Debía conseguir un marido a como diera lugar.

Cualquiera de los dos caballeros solteros de la sala le servían: el coronel o el joven señor Walpole, claro que se inclinaba más por el primero. Era una cuestión de puro orgullo. Laura Barry estaba preparada para luchar contra los encantos de las hermosas señoritas Walpole, incluso con los de Carrie Potts, pero lo que no iba a permitir es que una feucha insulsa como Penélope Murray le robara la atención de ningún hombre. Y lo cierto era que el coronel no tenía ojos para nadie más.

Penélope estaba mucho más bonita que cuando había llegado a Morningdale, eso era cierto, pero aun así no podía compararse con ella. ¡Caray! Pero si en su primera temporada en Londres hubo tantos jóvenes cortejándola que el resto de las damas se sentían empequeñecidas a su lado. En aquellos tiempos todo le parecía poco, se creía digna de un emperador, pero no llegó ningún emperador y ahora necesitaba con urgencia un marido. Cualquier cosa con tal de salvar a su familia de la ruina. Podía soportarlo todo, excepto la pobreza.

—Algún día deberíamos salir a caballo por sus propiedades, Coronel —le dijo, coqueta—. Llevo casi dos meses en casa de los Walpole y aún no conozco sus tierras. Dicen que son las más hermosas del condado.

—Sí, señorita Barry, es una buena idea. Algún día podemos organizar una excursión e iremos todos a caballo a recorrer mis tierras. En el extremo oriental hay un pequeño lago en el que se pueden pescar carpas —el tono del Coronel era amable, pero cortante. Si a Laura Barry le cabía aún alguna duda de que él no estaba interesado en ella ni nunca lo estaría, en ese momento esa duda se disipó.

Tan claro como el agua había quedado que al Coronel no le apetecía pasar un rato a solas con ella, sin embargo miraba con deleite a la muy estúpida y sosa de Penélope Murray. ¡Como la odiaba Laura Barry! La odiaba más de lo que recordaba haber odiado a nadie y por Dios que no le quitaría al Coronel, aunque para ello tuviera que jugar sucio y tenderle a él una trampa. Sí, una trampa.

¿Acaso al día siguiente no iría todo el mundo al festival de las flores que se celebraba cada año en Monk? ¿Acaso no pasaba el anciano señor Walpole cada día a las doce por el faro en su habitual paseo matutino? Sería tan fácil como citar al Coronel en el faro un poco antes de esa hora. ¿Cómo explicaría él aquel encuentro con una dama decente? No le quedaría más remedio que reparar el daño. ¡Tendría que casarse con ella! El rostro de Laura Barry se iluminó como una antorcha por la alegría, pero entonces cayó en la cuenta de que el Coronel quizás no fuese a un encuentro con ella. Frunció el ceño unos instantes. Pero...

¿Y si la nota no iba firmada por ella, sino por Penélope Murray? Los ojos de Laura brillaron de malicia. “Disfruta de la atención que te presta hoy, boba. A partir de mañana será todo mío”, pensó Laura al tiempo que miraba a Penélope con desprecio.

El Coronel se había levantado del sofá que compartía con la señorita Barry musitando alguna disculpa tonta y se dirigió hacia la chimenea, pues en unos sillones cercanos estaba sentada Penélope con la señorita Carrie Potts.

–Espero que no se estén aburriendo, señoritas. No me lo perdonaría –les dijo el Coronel con una amplia sonrisa que iluminaba su rostro. Estaba tan atractivo que Penélope sintió una especie de tirón justo debajo del ombligo y contuvo por unos instantes la respiración.

–En absoluto, Coronel –respondió Carrie–. Estábamos comentando lo hermoso que es este salón, ¿verdad, Penélope? –la joven trató de involucrar a su amiga en la conversación, pero esta fue incapaz de mirar al Coronel a los ojos.

Simplemente asintió. Creía que si lo miraba, él podría adivinar sus sentimientos y se sentía morir de vergüenza.

–La mayor parte de los muebles de esta sala los trajo mi... padre del extranjero, excepto el secreter de la esquina, que lo encargó a un artesano de York –al pronunciar la palabra “padre” había titubeado y esto llamó la atención de Penélope, que elevó los ojos hacia los de él, encontrándose por primera vez sus miradas en toda la noche, pues ella las había eludido incluso cuando el Coronel había salido a recibirlas a la entrada de su casa. Sintió un puño de acero atenazándole el estómago y como si una lengua de fuego le recorriera la espina dorsal. Ahogó un gemido y, de forma inconsciente, apretó los puños sobre el regazo. Aquella mirada era abrasadora. Aquella mirada la hacía sentir indefensa y a su merced, como cuando la había besado bajo la lluvia. Por primera vez en su vida se preguntaba cómo sería que un hombre la

acariciara íntimamente. Cómo sería sentir las manos del Coronel recorriendo su piel. Se sonrojó vivamente y estuvo mirándolo en silencio durante varios segundos sin que tampoco él apartara la mirada. Por su sonrisa de medio lado, la joven supo que él había adivinado parte de sus pensamientos, si no todos.

Carrie ya no estaba sentada a su lado. ¿Cuándo se había levantado del sillón? ¿Qué disculpa habría puesto para dejarlos solos? Ahora era el Coronel quien tomaba asiento a su lado y Penélope se sentía mareada. Él olía a humo de tabaco y whisky. Su pelo, a pesar de estar corto, seguía confiriéndole un aspecto un tanto salvaje. Quería salir huyendo de allí. ¿Cómo podía afectarla tanto aquel hombre? ¿Cómo podía despertar su piel, que llevaba toda la vida dormida, y sus deseos más ocultos?

–Necesito hablar contigo a solas –le susurró con suavidad, como si temiera que ella se asustase. Ya no podía seguir negándose a sí mismo lo que estaba ocurriendo. No sólo la deseaba. Le interesaba todo de ella. La... ¡Dios Santo, había que asumirlo! La amaba. Y el amor había llegado así, de pronto. ¿Cómo podía haber ocurrido? No confiaba en ella. No confiaba en nadie. Entonces, ¿cómo se habían derribado todas las murallas que lo rodeaban y se había podido instalar aquel sentimiento en su pecho abrasándolo, volviéndolo ciego ante cualquier idea razonable?

–Tenemos que hablar a solas –le repitió, ante el silencio de Penélope.

–No –dijo ella rotundamente. Había apartado la mirada del rostro del Coronel y la tenía clavada en sus manos, que estaban apoyadas en su regazo. Algo había ocurrido. Algo grave. Penélope no sabía por qué lo sabía, pero lo sabía...

Sabía que el Coronel se había dado cuenta de sus sentimientos. ¿Querría ahora aprovecharse de ellos, burlase de ella? Pensaría que podría volver a besarla y quién sabe qué más. Aquel demonio trataría de tentarla, pero ella no se dejaría tentar.

–¡No! –exclamó esta vez con más rotundidad aún y se levantó del sofá. El resto de la velada se preocupó de no quedarse nunca a solas para que él no pudiera acercársele a hablar y tampoco lo miró.

CAPÍTULO 15

¡Amaba a Penélope Murray! ¡Y la amaba con la desesperación de un muchacho que no ha conocido aún ningún amor y cree que la vida y la felicidad dependen solo de una mirada amable del ser amado! El Coronel nunca antes se había enamorado. Había tenido relaciones más o menos duraderas con jóvenes un tanto casquivanas, pero nunca había visto comprometido su corazón en ninguno de estos lances.

Estaba tumbado en la cama con un simple pantalón de seda. Miraba el techo de su cuarto, de madera labrada, tratando de recordar hasta el más mínimo gesto de ella. Debía reflexionar. La amaba, sí, pero qué pretendía... ¿Casarse con Penélope? El matrimonio es confianza y él jamás volvería a confiar en nadie.

¿Podría casarse con ella sin confiar? ¿Cuánto tiempo sobrevive un amor en esas circunstancias? Y si no iba a casarse, ¿qué demonios hacía persiguiendo a la muchacha, comprometiéndola? Sus pensamientos se vieron interrumpidos por su ayudante de cámara, que llamó varias veces a la puerta y entró en cuando el Coronel le indicó que pasara.

—Ha aparecido una carta de lo más extraña en la puerta, señor —dijo, con gesto contrariado—. Estaba apoyada contra el quicio. La encontró una de las doncellas.

El Coronel estiró la mano, indicándole así que se la entregara y el ayudante de cámara le acercó la bandeja de plata con el sobre apoyado en ella.

Montgomery Burton-Jones leyó: “A la atención del Coronel Burton-Jones.

Urgente”. Rasgó el papel y leyó la nota, escrita con prisas, tal y como indicaba la letra. La firmaba Penélope y le pedía que se encontraran a la mañana siguiente, a las once y media, en el faro. Cerró los ojos y respiró profundamente sintiendo que algo vivo y vigoroso brincaba dentro de su pecho. Podía ser su corazón y una fiera salvaje, quién sabía. En ese instante, pasaron a un segundo plano sus pensamientos de hacía unos segundos. Ya no importaba el matrimonio, ni la confianza ni nada que no fuera Penélope y sus enormes ojos inquietos. Penélope entre sus brazos.

*

El día había amanecido lluvioso y el Coronel pensó que también había llovido la mañana que besó a Penélope. Eso era un buen presagio. La lluvia parecía traerle buena suerte con ella.

Se movía como una fiera enjaulada por las distintas estancias de su casa, con la vista clavada en las manecillas del reloj, que parecían detenidas, como si el tiempo no transcurriera a la velocidad habitual. Cuando por fin llegó el momento de salir hacia el faro, respiró hondo y se dirigió hacia el lugar con paso firme.

Estaba expectante y se sentía un tanto nervioso. A pesar de la fina lluvia, decidió ir a caballo, pues estaba relativamente cerca.

El pelo le caía en húmedos mechones sobre la frente cuando llegó al faro.

Desmontó de su caballo y decidió esperarla dentro. Por el hueco de la escalera podía ver el cristal de la linterna del faro y la lluvia golpeando monótonamente contra él. Se asomó a la puerta entreabierta. Penélope se acercaba a paso firme.

Iba cubierta con una capa con capucha que impedía ver su rostro. “Chica lista”, pensó el Coronel, “hay que evitar caer en murmuraciones malintencionadas”.

Aunque la verdad es que nadie podría verlos. Todo el mundo había ido al festival de las flores de Monk. Claro que siempre había algún campesino o algún criado que podría descubrirlos y luego no habría manera de parar las habladurías.

Vista desde lejos, Penélope le pareció más alta. ¿Era posible que el amor lo volviera tan idiota como para aumentar varios centímetros, ante sus ojos, la estatura de ella? Tardó lo que parecía ser una eternidad en llegar al faro y cuando al fin entró y se quitó la capucha, el Coronel palideció.

–Señorita Barry, ¿qué hace usted aquí? –le preguntó, absolutamente desconcertado. Ella sonrió con coquetería.

–Parece que haya visto usted un fantasma, Coronel... O parece que no haya visto a quien deseaba ver. ¿Acaso estaba esperando a alguien? –le preguntó alzando la ceja.

–Por supuesto que no. Salí a pasear y la lluvia me encontró en medio de ninguna parte. Me resguardé entonces aquí –le respondió malhumorado y un tanto inquieto. Temía que Penélope apareciera en cualquier momento y que Laura Barry atara cabos.

La joven se acercó varios pasos al Coronel, que frunció el ceño.

–Vamos, no ponga esa cara de pocos amigos... Voy a pensar que le disgusta mi compañía... ¿Tan desagradable soy, Coronel? –volvió a sonreír con picardía y habría que estar ciego para no darse cuenta de la belleza de la joven.

Montgomery siempre había sido inmune a los encantos de la muchacha, aunque no dejaba de reconocer que, objetivamente, era muy hermosa. Sin embargo, de lo que sí se dio cuenta con cierto asombro era de que la estaba comparando con Penélope y Laura Barry saliendo perdiendo en todo. En ingenio, por supuesto, pero también en lo menos obvio: el cabello de Penélope, su rostro, sus ojos, su boca, siendo menos llamativas que las de la joven que estaba ante él, le gustaban y lo conmovían más. ¡Cielos Santo, si sólo con pensar en la boca de Penélope se excitaba como un colegial!

–No es que su compañía no sea agradable, señorita Barry, es que es del todo inapropiado que estemos aquí juntos y solos nosotros dos. Si alguien nos viera, podría pensar cosas que no son –le explicó el Coronel poniendo distancia entre ambos y con gesto frío.

–Lo sé, es totalmente inapropiado, pero... ¿no es eso lo que lo hace más excitante? –sonrió de nuevo y se marcaron sus hoyuelos. Dio un paso hacia el Coronel y este la detuvo apoyando sus manos en los hombros de la muchacha.

–No se ponga en evidencia conmigo, señorita Barry. De todos los hombres de Inglaterra, quizás yo sea el único que no cae presa de sus encantos. Dedique esos encantos, pues, al resto de caballeros, no a mí –el rostro masculino seguía frío e impertérrito. Hubo un leve decaimiento del ánimo de la joven, pero no se dejó hundir. Aquel hombre tenía que ser suyo, especialmente él, que era inmune a su hermosura. Hacer que se enamorara de ella sería un reto. Primero debía comprometerlo para que se casara con ella y después ya vendría todo lo demás.

–Eso lo hace más interesante que el resto de caballeros, Coronel... –la coquetería de ella no tenía fin. Él iba a decir algo, pero una voz masculina que conocía muy bien los sorprendió.

–Salga ahora mismo de ahí, Coronel. Hay muchas cosas que puedo tolerar y otras muchas que jamás toleraré –bramó la voz del anciano señor Walpole desde el exterior del faro.

Laura Barry dio un paso con la intención de salir, pero el Coronel la detuvo. Sus ojos echaban chispas.

–¿Está loca? ¿Quiere ponerse aún más en evidencia? –le preguntó, consternado. Pero ella no parecía avergonzada, al contrario: se la veía triunfante, feliz, casi con ganas de mostrarse ante el anciano. Entonces Montgomery Burton-Jones lo comprendió todo. ¡Era ella quien había enviado la nota! ¿Por qué no se dio cuenta antes de que era impropio de Penélope algo así? Pero no comprendía por qué Laura Barry había firmado con el nombre de Penélope y no con el suyo propio... Quizás él era más transparente de lo que pensaba y aquella joven había adivinado que nunca acudiría a la cita si sabía que era ella quien estaría en el faro.

De modo que se había dado cuenta de su interés por Penélope. Y si sabía que le interesaba otra mujer... ¿Por qué concertó aquella cita secreta y tan comprometida para su reputación? En segundos pasó por su cabeza un cotilleo que había escuchado pocos meses atrás en el club de caballeros de Londres que solía frecuentar cuando estaba en la ciudad. “Los Barry están arruinados”, había dicho alguien, pero no se le hizo mucho caso porque la familia seguía manteniendo su lujoso ritmo de vida habitual. ¿Sería por eso? ¿Aquella maldita bruja habría tratado de comprometerlo para pescar un marido que salvara la situación de su familia?

–Yo arreglaré esto –le dijo con una voz cargada de odio–. No se le ocurra salir por ningún motivo –la amenazó. Salió hacia el exterior para encontrarse con el viejo señor Walpole con un único pensamiento en la cabeza: todas las mujeres eran iguales, ladinas, mentirosas, indignas...

*

El señor Walpone, ataviado con un enorme paraguas y apoyándose en su bastón, daba su habitual paseo matutino que jamás se interrumpía, ni siquiera por las inclemencias del tiempo. Había visto a una joven entrando en el faro y de sobra conocía al caballo del Coronel, que estaba atado afuera. La joven era una dama, pues desde lejos podía darse cuenta del diseño y la calidad de la tela de la capa que la cubría. Pocas damas solteras había en Morningside: sus dos hijas, la señorita Barry y la señorita Murray eran las que a él le interesaban verdaderamente, pero tampoco podía pasar por alto la honra de las demás. El Coronel había hecho muchas fechorías, había sido maleducado e insoportable, y él había permanecido callado, pero no permitiría que el buen nombre de una muchacha y su familia se viera envuelto en el escándalo sólo porque él era incapaz de controlar su lujuria.

Esperó pacientemente a que saliera el Coronel y cuando al fin lo tuvo enfrente, le espetó:

–Le exijo que me diga el nombre de la muchacha, porque si no la compensa usted por esta situación, me veré obligado a hablar con la familia de ella para que sean ellos quienes le reclamen –los ojos del anciano no podían disimular su decepción. Su alto concepto del honor le hacía incomprensible que alguien pudiera poner tan alegremente en juego el buen nombre de una muchacha.

–¿Serviría de algo si le digo que esto no estaba planeado, que los dos nos resguardamos aquí de la lluvia son saber que el otro estaba dentro? –preguntó el Coronel con cara de inocencia.

–Usted dígame el nombre de la muchacha y que sea su familia quien decida las intenciones buenas o malas de este desdichado encuentro –insistió el anciano, que no estaba dispuesto a dar el brazo a torcer. Alguien podría haberlos visto, un criado, un campesino, y aunque aquel encuentro fuera tan inocente como aseguraba el propio Coronel, podría haberse malinterpretado y el nombre de la joven rodaría de boca en boca por Monk, incluso por Abershire.

–No ha ocurrido absolutamente nada. Nada de nada –el Coronel se sentía entre la espada y la pared. No diría el nombre de Laura Barry así le arrancasen la piel a tiras. No se casaría con ella ni por todo el oro del mundo, ni aunque tuviera que batirse en duelo con todos los Barry del país. Aquella pequeña miserable no iba a salirse con la suya.

–Exijo un nombre, Coronel, o entraré yo mismo a comprobar quién es la joven –el anciano no iba a ceder ni un ápice.

–De acuerdo, le diré su nombre –aseguró Montgomery Burton-Jones, sabiendo que con ello su vida daría un giro radical y que el matrimonio, que nunca había estado entre sus planes, sería a partir de ese instante una realidad muy cercana.

CAPÍTULO 16

–¿Y bien? Estoy esperando el nombre... –dijo Walpole.

El Coronel respiró hondo y pronunció las sílabas con sumo cuidado. Si tenía que casarse, por Dios que no sería con Laura Barry. Si tenía que casarse, sería con aquella a quien había ido a ver al faro.

–La señorita Murray –dijo, conteniendo después el aliento. Había mentido sí, y que fuera lo que tuviera que ser... Había mentido y mantendría su mentira ante la propia Penélope cuando ella negara haber estado en el faro. Al fin y al cabo, el matrimonio era para ella una buena solución, la salvaba de una existencia poco acomodada.

–¡¿La señorita Murray?! –el anciano parecía impactado por la noticia, pero se repuso muy pronto–. La joven no tiene familia cercana, pero si cree que por eso va a poder evitar cumplir con su deber, se equivoca. Me tiene a mí para velar por sus intereses y usted, caballero, se casará con ella...

–No se preocupe, por supuesto que me casaré con ella, pero quiero aclarar que no nos habíamos citado aquí. No quiero que usted piense mal de la señorita Murray. Ha sido la lluvia la que nos ha traído a ambos hasta el faro para resguardarnos. Cuestión de mala suerte...

–Aunque haya sido mala suerte, si alguien os ha visto, el nombre de la muchacha rodará de boca en boca por este pueblo y no voy a permitirlo –el Coronel asintió ante las palabras del anciano.

–No se hable más, pues. El matrimonio es un hecho –aseguró el joven.

–¿Puedo hablar con la señorita Murray? –preguntó el señor Walpole, preocupado.

–Le ruego que no. Estará terriblemente abochornada y querría darle yo mismo la noticia de nuestro matrimonio. Ya poco importa que alguien pueda vernos juntos y temo que si ella lo ve a usted ahora, se moriría de la vergüenza.

Dadle un poco de tiempo.

–Claro, por supuesto –el anciano se mostró comprensivo. Había dejado de llover sin que ninguno de los hombres se percatara de ello. El anciano cerró el paraguas y lo colgó de su brazo. Continuó el paseo apoyado en su bastón.

El Coronel esperó a ver que el anciano estaba lo suficientemente lejos para volver a entrar en el faro. Cuando lo hizo se encontró con la mirada

expectante de Laura Barry.

–¿Y bien? –preguntó ella, al tiempo que alzaba una ceja.

–Ya está todo arreglado –aseguró el Coronel.

–¿Es eso cierto? –ella estaba a punto de reír de felicidad.

–Sí, es cierto... Todo está ya solucionado –repitió él.

–¿Y cuándo será la boda? –cada vez se la veía más y más resplandeciente.

–No lo sé. Tendré que hablar antes con la novia –el rostro del Coronel era un témpano de hielo.

–A mí me gustaría que fuese cuando antes. El próximo mes estaría bien –dijo ella con la voz alegre como un cascabel y una magnífica sonrisa iluminándole el rostro.

–He dicho que tendría que hablar con la novia para fijar la fecha, no con usted –le dijo, cada vez más gélido.

–¿Cómo? –ella parecía contrariada—. No sé a qué se refieres...

–Me refiero a que debo hablar con mi futura esposa... La señorita Murray.

¿No fue ella quién me escribió la nota para vernos hoy aquí? –ambos enmudecieron durante unos segundos, mirándose sin tregua.

–No me gustan este tipo de bromas... –el gesto de ella era extraño, a medio camino entre la incredulidad y la furia.

–No es ninguna broma. El señor Walpole me exigió reparar el honor supuestamente dañado de la joven que había visto entrar aquí y yo le di un nombre.

–¡El nombre de esa “Poca Cosa” Murray! Le voy a decir algo, Coronel...

Más vale que deshaga todo este lío y diga que la mujer que estaba aquí era yo o si no... –ella fue interrumpida por Montgomery.

–¿O si no qué? –la retó él—. ¿Qué piensa hacer, señorita? ¿Piensa plantarse delante del señor Walpole y decirle: “No era Penélope Murray, sino yo, quien tiene la reputación comprometida”? Puede decir lo que quiera. Yo lo negaré, porque prefiero cualquier cosa antes que casarme con usted, ¿comprende eso? –el rostro del hombre era puro cinismo—. Ya puede ir avisando a todos sus parientes para que me reten a duelo si les place, pero le aviso: soy un buen tirador. La dejaré huérfana y sin hermano en menos de lo que canta un gallo –la joven estaba roja de indignación. Jamás nadie la había ninguneado de semejante manera.

–O quizás uno de ellos lo mate a usted...

–Oh, querida... Recibiré la muerte con agrado. La muerte es preferible a

casarme con usted –ella estaba perpleja y tan humillada que casi le saltan las lágrimas–. Ahora vamos a salir por esa puerta y a fingir que nada de esto ocurrió.

¡Ah!, y espero que no intente este truquito con ningún otro hombre, porque si me entero de que algún incauto caballero se ve obligado a casarse con usted porque haya sido descubierto en actitud comprometida, haré una visita a ese caballero y le contaré esta pequeña travesura suya, a ver si después él decide seguir adelante con el matrimonio o no –tras decir esto, el Coronel hizo una leve inclinación de cabeza a modo de despedida y se marchó, dejando a Laura Barry tan conmocionada como si una manada de elefantes acabara de pasarle por encima.

*

–¡¿Qué?! –el chillido de Penélope Murray espantó a un par de cuervos que estaban posados tranquilamente sobre la valla que había debajo de la ventana de la sala. Las aves, asustadas, habían elevado el vuelo batiendo sus alas como si las persiguiera un águila. El Coronel no quiso pensar en malos presagios al ver a los cuervos a través de los cristales. Había ido a casa de la señorita Lixbom tan pronto como había abandonado el faro para esperar allí el regreso de la joven. Pensó que Penélope estaría, junto a todos los demás, en el festival de las flores de Monk, pero ella no había ido para verlo a él.

El Coronel se la encontró en la sala leyendo los sonetos de Shakespeare.

En un día lluvioso como aquel, era una lectura perfecta. Se lo explicó todo atolondradamente, casi sin tomar aire para no darle opción a ella a comentar nada hasta el final.

–Tenemos que casarnos –le repitió él, a modo de resumen.

–¡Usted está loco o qué! ¿Por qué le dijo al señor Walpole que esa mujer era yo? –durante unos segundos se quedó pensativa, con la mirada perdida–.

¿Quién era en realidad la mujer?

–¡Por Dios, eso es lo menos! No era más que una manipuladora que trataba de hacerme caer en su trampa. Lo importante, lo verdaderamente importante, es que yo acudí a esa cita porque la nota la firmaba usted...

–¡Yo no he firmado nada y jamás le habría pedido una cita como esa! –exclamó la joven exaltada.

–Oh, vamos, no finjas que no te viene de perlas el matrimonio... A los dos no viene de perlas: yo me libro de la loca manipuladora y tú de una

existencia llena de necesidades y estrecheces. ¡Es una solución perfecta, piénsalo! –sólo cuando vio la expresión atónita de ella se dio cuenta de que había sido un bocazas y de que había enfocado mal el asunto. No iba a decirle que casarse con ella era mitad suplicio y mitad placer. Suplicio por la desconfianza y placer porque ella le gustaba. Más que eso: la amaba. No le confesaría eso ni muerto, pero podía haberle hablado de una manera menos fría. Lo malo era que se había sentido ofendido ante el espanto que ella mostró cuando le dijo que tenían que casarse y las palabras brotaron de su boca sin pensarlas. No lo comprendía, sinceramente.

¿Acaso no era él un hombre rico y bien parecido? ¿Acaso no se daba cuenta ella de que era uno de los mejores partidos de Londres, que cualquier mujer desearía convertirse en su esposa? Entonces, ¿por qué demonios ella parecía tan ofendida?

–Mira, Penélope, te haré una petición como Dios manda ante la señorita Lixbom. Sé que ahora te parece algo frío y que te ha pillado por sorpresa, pero créeme, es la mejor solución para ambos –le dijo él con tono conciliador. El mal humor de ella no cedió ni un ápice.

–Escúcheme bien, Coronel, porque se lo diré solo una vez: ¡no voy a casarme con usted! Hablaré con el señor Walpole y le diré que no era yo la mujer del faro. Y ahora, por favor, váyase.

El Coronel se levantó despacio del sillón, tratando de controlar la furia que sentía.

–¿Qué te apuestas a que antes de que termine el mes te has convertido en la señora Burton-Jones? –le dijo él con tono retador.

–A mí nadie me obliga a hacer lo que no deseo. Soy libre. ¡Libre! No tengo padres, ni hermanos, ni ningún familiar tan cercano como para obligarme a hacer lo que no deseo. ¡No me casaré con usted y eso es un hecho! Búsquese a otra que le solucione el problemilla que ha tenido en el faro.

El Coronel salió de la casa echando chispas por los ojos. Espoleó a su caballo y desapareció del campo de visión de la joven como alma que lleva el diablo.

*

Llevaba más de una hora hablando con el anciano señor Walpole en el despacho de este, pero Penélope no lograba convencerlo de que no era ella la

mujer que había visto en el faro.

–Mi querida señorita Murray, sólo la vergüenza puede hacer que niegue las evidencias. ¡Yo la vi! –le dijo el anciano con tono paternal–. Despreocúpese, el Coronel me lo ha contado todo. Sé que usted no se citó allí con él. Jamás pensaría eso. Ambos fueron a resguardarse de la lluvia y...

–No, señor Walpole, no era yo. Usted vio a una joven entrando al faro, pero no me vio a mí –Penélope trataba desesperadamente de hacerle comprender.

–Bien, ¿entonces dónde estaba usted? Todo el mundo se encontraba en el festival de las flores de Monk, pero nadie la vio por allí –él le hablaba como si ella fuese una niña.

–Decidí quedarme en casa –dijo ella.

–Sin embargo, no hay nadie que pueda corroborar sus palabras, porque tanto la señorita Lixbom como los criados se encontraban en Monk –afirmó el anciano. La joven se sentía cada vez más acorralada.

–¡No me casaré con el Coronel! ¡No quiero hacerlo y no lo haré! ¡Nadie puede obligarme! –exclamó de pronto, compungida. No, no se casaría con un hombre al que amaba para ser testigo cada día de su indiferencia y falta de amor hacia ella. No se rebajaría a esa clase de vida.

–Querida niña, me temo que lo que usted quiere y lo que usted debe hacer son dos cosas bien distintas y usted debe casarse por el bien de su reputación...

No le tenga miedo al mal temperamento del Coronel. Yo velaré por usted, para que él la trate con la delicadeza que se merece –las palabras del señor Walpole pusieron punto y final a la conversación. Penélope se dio cuenta de que era absolutamente imposible convencerlo de lo contrario. Tanto el Coronel como el anciano tratarían de obligarla a casarse y ella no iba a permitirlo.

Salió de casa de los Walpole más decidida que nunca a no dejar que nadie decidiera por ella y sólo se le ocurría una solución... Debía huir de Morningdale.

CAPÍTULO 17

Hacía casi cuatro meses que había huido de Morningdale y parecía que hacía años. Cada acontecimiento vivido con el Coronel parecía haber ocurrido en otra vida. Penélope había abandonado la casa de la prima Del tras hablar con ella.

“Debes creerme”, le suplicó, “yo no era la mujer del faro”. La prima Del la creía, no tenía por qué no hacerlo. Pero lo mejor de todo es que creyó comprenderla y por eso la ayudó en su huida. La anciana tenía la peor de las opiniones acerca del Coronel y nunca hubiera visto con buenos ojos que se casara con Penélope, de manera que ambas urdieron la mentira de que había huido en carruaje hasta Londres, en vez de a Abershire, que es adonde se había dirigido realmente.

También se despidió de Carrie Potts, pues aunque se conocían desde hacía poco tiempo, le tenía mucho cariño y confiaba en ella. Le contó toda la historia, no sin antes rogarle que no se la repitiera a nadie.

–Quitémonos las caretas –dijo Carrie, ante el asombro de su amiga–. Tú amas al Coronel.

Penélope se vio obligada a explicarle que, por mucho que lo amara, jamás accedería a un matrimonio así, con un hombre que la tomaba como esposa sólo para huir de una mujer a quien detestaba y que había tratado de embaucarlo. Ella deseaba amor y romanticismo por parte de su futuro marido, no una huida desesperada de un matrimonio peor. Claro que una cosa era alejarse del Coronel y otra bien distinta dejar de pensar en él. Montgomery Burton-Jones no había abandonado sus pensamientos ni un solo instante en todo ese tiempo. Incluso se le aparecía en sueños, amable y solícito, y revivía de nuevo aquel beso glorioso que se habían dado bajo la lluvia. Todo para despertarse después llena de angustia y vergüenza por ser incapaz de olvidar a un hombre que solo la veía como una solución fácil a sus problemas. Cuatro meses habían pasado ya y Penélope estaba segura de que él habría encontrado esposa. No sabía qué explicación le habría dado al señor Walpole sobre la mujer del faro. Tal vez siguió dejándolo creer que había sido ella, pero su huida había roto la obligación de él de restaurar el honor de Penélope. ¿Cómo habría reaccionado el Coronel al saber que ella había huido?

Eso era algo en lo que pensaba muy a menudo.

Abershire resultó ser una ciudad fascinante. Era perfecta: ni tan grande como Londres ni tan pequeña como Monk. Tenía el tamaño justo para no asustar a una jovencita como ella que acababa de instalarse. Como su renta era tan baja, su única posibilidad de sustento consistía en vivir en un hogar para señoritas. La prima Del le había dado la dirección del Hogar de Miss Rollington, pues conocía a la dueña. “Dile que vas de mi parte”, le había indicado la señorita Lixbom.

El Hogar de Miss Rollington era una casa de cuatro plantas ubicada en el barrio de Applegate Hide, al norte de la ciudad. Las jóvenes que vivían allí habían escapado de sus respectivos pueblos en busca de un futuro mejor. Eran, en su mayoría, muchachas cultas y ambiciosas que trataban de abrirse camino como maestras o escritoras y que supusieron una bocanada de aire fresco para Penélope, pues con ellas podía hablar de todo aquello que le interesaba. Fueron ellas quienes la animaron a enviar sus escritos a editores y a los periódicos cuando supieron que había terminado una novela. Había dos con las que entabló una relación más estrecha: la señoritas Miranda Mappletop y Rachel Marcusse, ambas trabajaban como maestras en escuelas para señoritas. Habían acompañado a Penélope a cada editor y a cada redacción de periódico con la enorme carpeta que contenía el manuscrito de su novela bajo el brazo. Habían celebrado también con ella las veinticinco libras que le había pagado el redactor jefe del *Abershire Morning* por dicha novela, que estaba siendo publicada por capítulos en la hoja final del periódico cada martes. Eso sí, la firmaba con seudónimo por miedo a que el Coronel pudiera enterarse y venir a buscarla. Muchas veces había visto el *Abershire Morning* en su despacho. Si leía su nombre allí, sabría dónde ir a buscarla, de modo que firmaba con el nombre de soltera de su madre: Marie Osbourne.

La vida de Penélope comenzó a estar repleta de actividades: escribía desde muy temprano y durante la mayor parte de la mañana. Dedicaba las tardes a ir al teatro, a asistir a veladas musicales o literarias y también a pasear con alguna de las muchachas de la residencia en la que vivía. El pequeño cuarto se había convertido rápidamente en su hogar y el hecho de desayunar, comer y cenar todas juntas en el comedor mientras charlaban de cómo les había ido el día había contribuido a que considerara a las muchachas y a la propia Miss Rollington como si fueran su familia.

El Coronel no podía creer que Penélope se hubiera esfumado sin dejar rastro. La había buscado hasta en el último rincón de Londres. Había contratado a varias personas para que no dejaran hueco sin comprobar, pero ella simplemente había desaparecido. La señorita Lixbom le había dicho que la joven había hecho rápidamente su equipaje y se había ido a Londres, pero que no podía precisar en qué lugar exacto se encontraba. “¿Y cómo al dejó irse de esa manera, por todos los demonios?”, había bramado él a la anciana, a lo cual ella respondió, muy enfadada, que toda la culpa de esa huida era de él.

El Coronel sabía que era cierto, que la culpa era suya por haberla presionado, pero ¡diablos!, quién iba a pensar que una propuesta de matrimonio que iba a arreglarle la vida podía resultarle tan ofensiva a la muchacha. Ya casi había perdido toda esperanza de encontrarla cuando, una mañana, su madre le indicó la última página del *Abershire Morning*. “Está muy interesante esta novela que publican por capítulos. Además me llama la atención el nombre de la autora: Marie Osbourne. Creo recordar que así se llamaba la madre de la señorita Murray.

Mi primo, el señor Murray, lo mencionó alguna vez”.

—¿La madre de Penélope? —había querido cerciorarse él. Su madre asintió.

El Coronel se sintió tan eufórico que le plantó un enorme beso a la anciana en la mejilla, dejándola tan sorprendida como emocionada.

¿Podía ser aquello cierto? ¿Podía encontrarse Penélope en Abershire en vez de en Londres? Esa misma tarde partió hacia la ciudad y se plantó ante el editor jefe del periódico para exigirle, con ese tono amenazador que tienen todos los terratenientes, que le diese información sobre la tal Marie Osbourne. Más por interés que por miedo, el editor acabó accediendo porque vio en los ojos del Coronel el brillo del amor y la desesperación, ¿y quién era él para cortarle las alas al amor?

*

Miss Rollington salió al encuentro de Penélope con una sonrisa de oreja a oreja y la joven supo que traía buenas noticias.

—Querida, le tengo una sorpresa —le dijo, hablando en tono conspiratorio y mirando de soslayo hacia la salita en la que solían recibir a las visitas—. Tiene una visita.

—¿Una visita? —preguntó Penélope extrañada, pues toda la gente que

conocía en la ciudad vivía en esa casa. ¡Oh, quizás fuese la prima Del!

–Sí, querida, una visita –Miss Rollington rió tontamente, como una niña–.

Es un hombre apuesto y alto, muy alto. Un caballero de ojos negros...
¡Qué ojos!

Vino preguntando por usted hará como dos horas y aún la está esperando sin rechistar.

Penélope sintió que le faltaba la respiración. Se quitó con rapidez el sombrero y se abanicó ligeramente con él. Se estaba mareando ¿Podría ser posible que el Coronel la hubiera encontrado? ¡Ese hombre era un demonio, no había manera de huir de él!

–Necesito que me haga un gran favor, Miss Rollington –dijo la joven, preocupada.

–Por supuesto, querida. Dígame qué necesita –la anciana se mostraba tan amable como siempre.

–Necesito que le mienta a ese caballero –se calló unos instantes y vio la mirada interrogativa de Miss Rollington–. Dígame que ya es muy tarde. Que si aún no he vuelto a estas horas es porque me quedo en casa de una amiga cuya dirección usted desconoce. Que es algo que hago muy a menudo. Yo ahora voy a irme y...

–¿Adónde vas a irte? –la voz de trueno del Coronel sonó detrás de ella y una fuerza mayor que ella la obligó a darse la vuelta. Hacía meses que no lo veía y hasta la última fibra de su cuerpo ansiaba verlo otra vez. Giró hasta quedar frente a él y de pronto y sin aviso, todos los sentimientos y todas las emociones que le despertaba aquel hombre, todo aquello que había tratado de ahogar durante el tiempo que había estado lejos de él, estalló en medio de su pecho. Sintió un nudo en la garganta y tuvo que contenerse para no llorar. ¡Dios mío, cuánto lo había echado de menos!

–¿Adónde vas? ¿No te dijo Miss Rollington que tenías una visita? –él alzó la ceja esperando una respuesta. A la anciana no le pasó por alto la excesiva confianza que aquel caballero mostraba con Penélope y también se dio cuenta del tuteo. El Coronel volvió a hablar–. ¿Es esa la manera de recibir a tu prometido tras meses sin verlo?

Los ojos de Miss Rollington se abrieron como platos y no fue capaz de hablar sin tartamudear.

–¿Pro... pro... prometido? –casi graznó.

–¡¿Prometido?! –dijeron también, al unísono, Miranda Mappleton y Rachel Marcusse, que acababan de entrar por la puerta y los habían visto de

pie en el medio del hall. Penélope tardó en reaccionar. ¡Aquello no podía estar pasando!

–¡Coronel, por favor! –exclamó al fin. No sabía si estaba avergonzada o enfurecida.

–¿Estás prometida? –le preguntó Miranda Mappletope sin poder creerse que su amiga no les hubiera dicho nada.

–Después hablamos y lo explicaré todo –se dirigió entonces al Coronel–.

Pasemos a la sala, por favor. Los ojos de la joven eran dos llamas incandescentes.

¿Quién demonios se había creído para llegar allí y avasallarla en su nueva vida?

Aquella absurda idea de casarse con ella no se le había ido aún de la cabeza. ¿En serio pensaba él que se conformaría con un matrimonio así, con un marido que no la amaba? Ella no era la mujer más hermosa del mundo, ¿pero por ese motivo no tenía derecho a soñar con ser amada? El Coronel parecía creer que no, que ella debería estar agradecida porque él le propusiera aquella locura de matrimonio, ¡y todo por una cita indiscreta con otra mujer en un faro!

Pasaron a la salita, decorada de forma sencilla pero con cierta elegancia.

Penélope trató de controlar su mal carácter, porque sabía que la única manera de desalentarlo era mostrándose indiferente. Si se ponía de mal humor y elevaba el tono de voz, él podía creer que algo ardía en su corazón y ella no podía permitirlo.

–Le prohíbo que vuelva a decir que estamos prometidos. Usted y yo, señor mío, no tenemos ningún tipo de relación ni la tendremos nunca –su tono era pausado y eso encendió la ira del Coronel.

–Tú y yo, Penélope, compartimos un beso que traspasa todas las normas convencionales de la decencia, por si no lo recuerdas –le espetó, ante la sorpresa de ella– y déjame que te diga que lo disfrutaste de lo lindo. No estás hablando con un mozalbete que no distingue el deseo. Puede que tú no fueras la mujer del faro, pero a ti sí que te he comprometido con ese beso mientras que a ella no le he puesto ni un dedo encima –cuando él acabó de hablar, respiraba como si hubiera corrido varios kilómetros.

–Deje de decir estupideces, Coronel. Seguro que ha besado a muchas mujeres sin sentirse comprometido con ninguna, así que no me trate como a una muñequita de porcelana. Por cierto, en adelante le agradeceré que no me tutee, especialmente delante de otras personas.

–Si tengo que publicar en la primera página de *Abershire Morning* que me he acostado contigo para que la vergüenza haga que aceptes el matrimonio, lo haré –él estaba fuera de sí. ¿Estaba loca aquella joven? Le proponía matrimonio, ponía a sus pies su fortuna y su persona y ella lo rechazaba como si fuera el más despreciable de todos los hombres. Tal vez se lo tuviera merecido por las muchas veces que había sido cruel y desagradable con los demás.

–Da igual lo que haga. No me casaré con usted. Y por favor, deje ya perseguirme obligándome a un matrimonio que no deseo. Parece usted un bobo enamorado –Penélope se lo había dicho para herirlo. Sabía que él no la amaba, es más: sabía que para el Coronel el amor era un signo de debilidad. Creyó que diciéndole esto tal vez conseguiría que él la dejase en paz. Montgomery Burton-Jones se sonrojó.

–No te amo más de lo que tú me amas a mí –dijo, tratando de defenderse, temeroso de que ella pudiera leer en su corazón como en un libro abierto. Eso sería desastroso–. Lo que ocurre es que yo veo lo que tú no eres capaz de ver, niña boba: este matrimonio es la solución ideal para ambos. Seguro que tu padre soñó con esta unión toda su vida. ¿Has olvidado que volverías a ser la dueña de Aldrich Park?

Pensar en su adorada casa hizo que a Penélope se le encogiese el corazón, pero nada la doblegaría porque sabía que casarse enamorada de un hombre que no la correspondía iba a matarla poco a poco.

–Ya no me interesa Aldrich Park –mintió–. Lo di por perdido en el instante mismo en que murió mi padre.

El Coronel resopló. Parecía impaciente, aunque en el fondo se sentía perdido. ¿Qué podía ofrecer él para tentarla?

–Bien, dime lo que quieres, lo que sea... Es tuyo –le aseguró. Ella parpadeó un par de veces, sorprendida. Aquello ya era demasiado.

–Coronel, ¿por qué insiste de esta manera? –el tono de ella era de verdadero interés. Él cuadró los hombros, como si le hiciera falta reunir todo el valor para lo que iba a decirle.

–Porque eres la mujer ideal para mí... Lista, sensata, valiente, me dices las verdades a la cara y no te amedrentas por mi mal humor. Te quiero como compañera, como amiga. Seríamos felices –la voz de él era suave y delicada y acariciaba rincones de su alma que ella mantenía bajo llave desde hacía años. Si tan solo le bastara con eso, si eso fuera suficiente. Pero ella deseaba amor, pasión, entrega...

–¿Y el amor? –le preguntó ella con tristeza. Por primera vez se daba cuenta de que el Coronel no deseaba casarse con ella por el incidente del faro. Eso solo era una excusa. El Coronel quería formar una familia y buscaba para ello a una amiga, pero no había cabida para el amor en sus planes. Se dio cuenta también de que no era culpa del Coronel. No podía culparlo por esos deseos de tranquilidad conyugal, pero ella tenía el ejemplo de sus padres, que nunca habían tenido mucho dinero, pero en amor eran la pareja más rica de toda Inglaterra.

–El amor no es imprescindible –mintió. Claro, ella no lo amaba y creía que él tampoco la amaba. Amor, eso era lo que ella necesitaba para dar el paso. Su amor lo tenía, pero él no podía confesarle ese amor cuando ella no sentía nada por él–, pero nos gustamos, eso es evidente, aunque quieras negarlo –ella lo miraba sin pestañear–. Te trataría bien, te sería fiel y me esforzaría cada día de mi vida para que no te arrepintieras de la decisión tomada.

La voz del Coronel había ido tornándose cada vez más íntima y Penélope sentía que le temblaban las piernas. Cuando por fin se acercó a ella, la joven apoyó las manos en su pecho para evitar caerse. Aspiró aquel olor que tanto había añorado y cuando alzó los ojos, lo que vio la dejó hipnotizada. El Coronel la miraba como si verdaderamente la amara. ¿Por qué le hacía su mente aquellas malas pasadas? Él comenzó a inclinarse para besarla y con los labios casi sobre los suyos le susurró:

–Vamos, Penny, dime que sí...

Y ella supo que en ese instante tenía dos opciones: rendirse a aquel beso o hacer acopio de fuerzas y alejarse de él para evitar sufrir.

CAPÍTULO 18

Los labios del Coronel eran cálidos y cuando se posaron sobre los suyos el corazón se le detuvo por un instante para después comenzar a latir enloquecido.

Se dejó arrastrar por aquella maravillosa sensación de ser besada de nuevo por él sin pararse a pensar que en la habitación contigua varias mujeres esperaban expectantes para conocer todos los detalles de su relación con aquel hombre magnífico. Tampoco pensó que cualquiera de ellas podía asomarse y verlos en actitud comprometida. No pudo pensar en nada, sólo sentir...

¿Cómo oponerse a ese beso si es lo que más deseaba en el mundo? El Coronel fue tierno y precavido al principio, pues temía que ella lo rechazara, pero en cuanto comprobó que Penélope se entregaba a aquel beso con la misma pasión que él, dejó a un lado todo miramiento y dio rienda suelta al deseo de estrecharla entre sus brazos y convencerla, no solo con palabras, de que su matrimonio podría funcionar.

La boca de la joven lo recibía con anhelo, sus respiraciones se confundían la una con la otra y un sonido ronco y profundo salió la garganta del Coronel cuando la escuchó gemir contra sus labios. El abrazo se volvió más íntimo y las manos masculinas resbalaron por su espalda hasta apoyarse en el trasero de Penélope. Como si esto hubiera sido el detonante de una bomba, ella se apartó.

–No, no, no, Coronel –dijo. Él la miró con impaciencia y se pasó una mano por el cabello.

–Si vuelves a llamarme Coronel, yo... –se detuvo porque no sabía con qué podía amenazarla–. No me llames Coronel, ¿de acuerdo? Llámame Monte.

–No sería correcto. No hay ninguna relación entre nosotros –insistió ella, tozuda.

–¿Correcto? ¿Y que gimieras como hace un instante, mientras te besaba, eso sí es correcto? –el Coronel estaba comenzando a enfadarse. Ella se sonrojó intensamente ante sus palabras.

–No debió venir a verme, ni debió decirme todas esas cosas que me dijo – ella hablaba con la mirada fija en el suelo. Él entornó los ojos, confundido.

–¿Qué significa exactamente eso que acabas de decir?

–No vuelva a proponerme matrimonio. Sólo me casaré si estoy profundamente enamorada y si mi futuro marido me quiere en la misma medida, de modo que su proposición me parece... Me parece insultante –titubeó antes de decir las últimas palabras. No era cierto. No se sentía insultada, sólo triste ante su proposición.

–De modo que te sientes insultada por mi proposición... –algo cambió en el tono de voz de él, algo que Penélope no supo identificar–. Pues no se preocupe, señorita Murray, no se preocupe. Nunca volveré a reiterarle tal proposición. Es una lástima que no me hubiera dado cuenta antes de su juego, así habría evitado hacer el ridículo.

–¿A qué juego se refiere? Yo no he estado jugando –ella no comprendía lo que él quería decir.

–Sí, señorita Murray, ha estado usted jugando y es una buena jugadora, además. ¿O como llama a lo que ha estado haciendo? Jugar con un hombre, marearle la cabeza para hacerle creer que va a aceptar su proposición de matrimonio, dejarse besar, responder a ese beso y, en el momento más dulce, apartar a ese hombre de un puntapié y decirle que se siente insultada por él – la voz del Coronel había ido bajando de volumen y esto le indicó a Penélope (además del hecho de que volvía a llamarla señorita Murray y a no tutearla) que estaba furioso con ella.

–No, no es eso lo que he hecho. Yo...

–Oh, sí, ya lo creo que lo ha hecho, pero no se preocupe, la culpa es mía por estúpido, por creer que era usted distinta a las demás mujeres y en realidad es peor, porque es más lista que la mayoría, de ahí que no se la vea venir cuando manipula y engaña. Pero en lo que a mí respecta, este juego se terminó. No dejaré que me manipule de nuevo. ¿Con qué fin, además? Ya le he propuesto matrimonio, no sé a qué vienen tantos juegos. ¿Acaso quiere volverme loco? –es este instante el Coronel se cayó la boca para no revelar nada más. A punto había estado de decirle “loco de amor” y lo último que necesitaba era que ella supiera hasta qué punto había calado en su alma y en su corazón. Hizo una leve reverencia y se marchó sin despedirse.

Penélope se quedó boquiabierta. No sabía muy bien qué había ocurrido...

¿Ella manipuladora? Pero si su problema era ser demasiado transparente, ni siquiera se explicaba cómo no se había dado cuenta él de que lo amaba.

No, no estaba jugando, su rechazo se debía a un único motivo: ¡quería que él la amara con la misma desesperación con la que ella lo amaba a él y no

aceptaría un sentimiento menor que ese!

*

En ese mismo instante, Montgomery Burton-Jones inició su viaje de regreso a Morningdale. Era difícil de explicar, incluso para sí mismo, cuán destrozado estaba su corazón. Se había jurado no volver a confiar en ninguna mujer después de que su madre le mintiera en algo tan grave como quién era su verdadero padre y, sin embargo, había creído en Penélope. Pensó que ella era diferente a las demás mujeres que había conocido, más íntegra, más honesta... En definitiva: digna de su confianza.

Penélope se había burlado de él y el Coronel aún no comprendía el motivo.

Comprendía, por ejemplo, los motivos de Laura Barry para sus manipulaciones: necesitaba un marido rico que la salvara a ella y a su familia de la ruina. Pero Penélope, ¿qué perseguía en realidad? Era todo tan absurdo que el Coronel no sabía qué pensar. Sabía que no había fingido cuando lo besaba. Había temblado entre sus brazos y respondió al beso sinceramente. Era obvio que él le gustaba a la muchacha o, al menos, que no le era indiferente. Pero entonces... Entonces ¿a qué respondía su negativa? Era incomprensible que una mujer rechazase un matrimonio mucho más que ventajoso con un hombre que no le resulta indiferente, es más, que incluso le gusta.

Bueno, estaba el amor... Ella había dicho que no se casaría si no amaba profundamente a alguien y si esa persona no la amaba del mismo modo a ella. ¿Se vería Penélope incapaz de amarlo a él? ¿Pensaría que era imposible que él se enamorase de ella? ¡Dios mío, iba a volverse loco si no dejaba de darle vueltas a la cabeza! Sin embargo, eso fue lo único que hizo durante todo el viaje, pensar en los motivos de la joven para rechazarlo una y otra vez.

Cuando pasó por la plaza de Monk de camino hacia su casa, vio al joven Timothy Wapole dirigiéndose a grandes zancadas hasta la estafeta de correos. Se detuvo para saludarlo y en cuanto bajó de su carruaje se dio cuenta del gesto de preocupación de él.

—No tiene buena cara, amigo mío —dijo el Coronel.

—El estado de la señorita Lixbom ha empeorado, me temo —le comunicó Timothy Walpole.

—¿Empeorado? Pero si era un simple catarro... —el Coronel ni siquiera le

había comentado nada a Penélope porque no le había dado ninguna importancia a que la anciana tosiese un poco y tuviera un catarro. Era cierto que hacía casi dos semanas que no la veía, pero pensó que de tener algo grave, se habría enterado por el anciano señor Walpole.

–Parece que la señorita Lixbom se negaba a que la visitase un médico porque creía tener algo de poca importancia, pero el catarro le ha durado buena parte del invierno y ayer amaneció tan mal, que su criada fue a ver urgentemente a mi tío, el señor Walpole, ante la negativa de la anciana a avisar al doctor.

–¿Finalmente la vio el doctor Martin? ¿Qué dijo? –quiso saber el Coronel.

El joven señor Walpole meneó la cabeza con gesto contrariado.

–Que no había nada que hacer. Sus bronquios sufren, eso hace que su respiración sea más dificultosa y que su corazón se resienta. Si a eso añadimos su avanzada edad, el doctor asegura que no le queda mucho tiempo... Me dirigía a la estafeta para enviarle una carta urgente a la señorita Murray.

El Coronel estuvo a punto de ofrecerse a ir él mismo para darle la noticia en persona, pero después recordó cómo se habían despedido y que había prometido permanecer alejado de ella.

–Iré a ver a la señorita Lixbom esta misma tarde para ver si necesita algo – dijo el Coronel. Se despidieron con una inclinación de cabeza y cada uno tomó su propio camino: uno hacia su casa y el otro hacia la estafeta de correos.

*

Las cuatro mujeres se encontraban sentadas en los sofás de la sala donde antes habían estado Penélope y el Coronel.

–¿Por qué no nos contaste nada hasta ahora? –le preguntó Miranda Mappletope, tras escuchar la historia completa de cómo el Coronel le había pedido que se casara con él tras el incidente en el faro.

–Me daba vergüenza... No es agradable reconocer que la única propuesta de matrimonio que una va a recibir es la de un hombre desesperado que no la ama –había verdadera tristeza en su voz.

–¡Penélope! Me niego a creer que puedas ser tan boba... ¿Crees que un hombre desesperado pide matrimonio tan insistentemente? No, querida –le

dijo Rachel Marcusse—. Un hombre desesperado que simplemente quiere casarse, se busca a otra en cuanto recibe la primera negativa. El Coronel ha estado esperándote dos horas aquí sentado e insiste, insiste, insiste,... Eso no es desesperación, Penélope. Es amor.

—¿Amor? No me hagas reír —la joven meneó la cabeza, incrédula.

—Permíteme que te tutee igual que tus amigas, querida... Oímos lo que te dijo —confesó Miss Rollington con cierto sonrojo— y créenos cuando te decimos que te ama... Pero tú no le pones fácil una declaración. Si tan sólo...

—¡Estáis locas! Él no me ama, no puede amarme, ¿no lo comprendéis? Me lo hubiera dicho —se quejó Penélope.

—¿Y tú lo amas? Algo me dice que sí. Dime, ¿se lo has dicho? —la pregunta de Rachel Marcusse quedó en el aire y Penélope enmudeció.

*

Timothy Walpole entró en la estafeta de correos, pero no había nadie en el mostrador. En la silla donde debía haber estado sentada la señorita Potts reposaba un cazamariposas y un sombrero de ala ancha. Oyó ruido en el interior.

—¡Señorita Potts! —la llamó Timothy.

—Ahora mismo salgo —él escuchó la voz de la joven. Tenía el dulce acento de la región, pero en ella era especialmente encantador. Timothy se había dado cuenta cuando habló con ella en la fiesta dada por el Coronel. La había conocido años antes y solía verla por el pueblo, paseando del brazo de su padre, cada vez que él venía al pueblo. Era una linda joven, pero nunca le había llamado la atención hasta que habían conversado en la fiesta. Le pareció, entonces, una muchacha muy particular, además de bonita, pero él no podía permitirse el lujo de fijarse en ella. Él debía elegir como esposa a una de sus primas, sólo así no se sentiría tan culpable cuando heredara la mansión de su tío.

Carrie Potts salió de la trastienda con un mandil manchado de harina.

Cuando vio a Timothy Walpole se le paralizó el corazón. ¡Aquello era demasiado!

Una cosa era verlo en una fiesta sabiendo que él iba a estar allí y pudiendo prepararse para disimular sus sentimientos y otra bien distinta era encontrárselo frente a frente ¡y a solas! Sin contar con ello.

—Señorita Potts, necesito enviar urgentemente esta carta al Hogar de Miss

Rollington. Es para la señorita Murray –dijo él, sin poder apartar su mirada de aquella encantadora joven. Tenía harina en el mandil y en la cara y estaba tan bonita como si llevase un vestido de fiesta y estuviera en medio de un salón principesco. Carrie frunció el ceño. ¿Cómo sabría él dónde encontrar a Penélope?

Hasta donde ella sabía, su paradero era un secreto. No se atrevió a preguntarle porque a duras penas podía mantenerse de pie sin desmayarse. ¡Dios mío, durante cuántos años lo había amado en secreto!

–Ahora mismo... –la joven tomó la carta que le tendía Timothy Walpole.

–Usted sabía que la señorita Murray se encontraba en el Hogar de Miss Rollington y no en Londres, ¿verdad? –Timothy no esperó respuesta. Se fijó en el leve temblor de las manos de la joven cuanto tomó la carta, pero creyó que se debía al tema que estaban tratando, al secreto del paradero de Penélope—. Gracias a que nos lo han dicho los criados de la señorita Lixbom, podemos avisarla. El señor Roberts la llevó en carruaje hasta allí cuando huyó. Nosotros la creíamos en algún lugar indeterminado de Londres.

–¿Avisarla de qué? –la joven se preguntó qué podría ser tan urgente como para que los criados de la señorita Lixbom rompiera su promesa de no revelar el secreto.

–Me temo que la señorita Lixbom se muere...

Carrie Potts se llevó ambas manos al pecho. ¡Dios mío, pobre Penélope!

La señorita Lixbom era su único pariente vivo... Bueno, en realidad no: el Coronel y su madre eran también sus parientes lejanos, pero Penélope no querría contar con ellos para nada... Al menos no ahora, que amaba desesperadamente al Coronel y creía que él no la amaba. Pero, ¿sería eso cierto? A Carrie le parecía que el Coronel estaba verdaderamente interesado en su amiga.

–Veo que le ha afectado la noticia –dijo Timothy.

–Sí, la señorita Lixbom me parece una mujer maravillosa y la señorita Murray se quedará tan sola tras su muerte...

–Aún le quedan el Coronel y su madre y, a pesar de que él parece duro y frío, estoy seguro de que no la desampará –aseguró él.

–Tengo ganas de verla... –dijo Carrie.

–Sí, yo también. Estoy deseando saber las causas de esa huida precipitada.

–¿El anciano señor Walpole no le ha dicho nada? –Carrie parecía contrariada. Creía que a esas alturas ya todos sabrían la historia del faro.

–¿Mi tío? –preguntó él– ¿Y qué sabe mi tío de esa historia?

–Oh, nada, nada... Yo creí que tal vez él supiera... Que tal vez él –no sabía cómo enmendar su indiscreción–. No me haga caso, yo pensé...

–No sé preocupe, no seré entrometido. Acabo de darme cuenta de que usted y mi tío saben algo del asunto, pero no seguiré insistiendo –ella agradeció, con una sonrisa tímida, su caballerosidad. Los nervios en el estómago se intensificaban cuando sus miradas se fundían–. Debo irme, mis primas me esperan.

Con una ligera inclinación de cabeza salió de la estafeta de correos, dejando a Carrie con el corazón y las piernas temblorosos.

Él tampoco se podía quitar de la cabeza a aquella joven que horneaba pasteles y salía de paseo con el cazamariposas.

CAPÍTULO 19

La mala noticia cayó como una bomba sobre el ánimo de Penélope, que ya se sentía suficientemente angustiada tras la visita del Coronel. Había tenido apenas una noche para pensar en lo que había ocurrido en la sala del Hogar de Miss Rollington. Creyó que no había nada peor que amar sin ser amada y entonces descubrió una nueva clase de dolor y desesperanza: saber que el Coronel nunca más reiteraría su petición de matrimonio, que se había dado por vencido con ella. Había pesado que eso era lo que deseaba, que era lo mejor para dejar de sufrir, en cambio comenzó a darse cuenta, tras su visita, de que quizás hubiera sido mejor aceptar la proposición, pues la certeza de no estar con él jamás la destrozaba.

Recibir, en esos momentos de su vida, la terrible noticia del estado de salud de la prima Del la llenaba de dolor. La anciana se había portado maravillosamente bien con ella. Penélope se sentía culpable. No debería haberse ido de Morningdale dejándola sola. Tal vez si ella hubiera estado allí, la anciana habría aceptado ver al médico antes y podía haberse evitado aquella triste situación.

Había salido en dirección a Morningdale apenas una hora después de haber recibido la carta con las malas noticias. Cuando finalmente llegó, se encontró la casa llena de gente: el anciano señor Walpole con su sobrino y sus dos hijas, el Coronel y algún que otro vecino que quería a la señorita Lixbom.

–¿Cómo se encuentra? –Penélope lanzó la pregunta al aire y trato de no mirar al Coronel.

–Muy mal. Ahora mismo está el doctor con ella, pero sube, querida. La señorita Lixbom no hace más que preguntar por usted –le dijo el anciano señor Walpole. Penélope dejó a un lado los formalismos sociales y corrió escaleras arriba.

El cuarto de la prima Del estaba iluminado por la escasa luz de una vela.

El doctor la había estado auscultando y miró hacia la joven que acababa de entrar en el cuarto moviendo negativamente la cabeza. No sólo no había nada que hacer, sino que su muerte era cuestión de horas, quizás de minutos.

–Las dejo solas –dijo el doctor Martin. A Penélope se le puso un nudo en la garganta al ver el rostro huesudo y los ojos hundidos de la prima Del.

Aquella era la firma de la muerte, la joven lo sabía bien porque no hacía demasiado tiempo que su padre había muerto.

La anciana movió con dificultad la cabeza hacia donde se encontraba la joven y extendió una mano temblorosa hacia ella. Penélope tomó esa mano y se sentó a su lado en la cama.

–¡Qué alegría verte, mi querida muchacha! –le dijo, con voz débil–. Creí que no me daría tiempo a despedirme...

–No digas eso, por favor –le rogó la joven.

–Calla y escúchame, no me queda mucho tiempo –parecía agotada y le costaba respirar–. Aquí vivirás bien, en esta casa. El señor Walpole te tratará tan bien como siempre me ha tratado a mí. No vuelvas a la ciudad, querida mía. Allí todo será mucho más difícil –volvió a tomar aire y su gesto de dolor impresionó a Penélope–. No dejes que tu miedo al Coronel te aparte de Morningdale.

Enfréntalo, oblígale a que te respete...

–No te preocupes, prima Del. Haré todo lo que tú me dices, pero por favor, descansa –Penélope tomó las dos manos de la anciana y se inclinó para besarlas.

Estaban heladas. No supo cuánto tiempo había permanecido con la mejilla apoyada contra aquellas manos, pero de pronto las sintió blandas y sin movimiento. Alzó la mirada y vio a la anciana con los ojos cerrados, como si durmiera, pero ella sabía que no dormía. Las lágrimas comenzaron a rodar por su rostro y salió al pasillo a buscar al doctor. No se quedó a esperar la certificación oficial de la muerte. Bajó despacio las escaleras y salió de la casa ante la mirada atónita de todos.

–Tengo que salir de aquí, perdonadme –balbuceó, y antes de cruzar el umbral de la puerta pudo ver la mirada seria y distante del Coronel.

*

Los días siguientes fueron una pesadilla. Al dolor por la pérdida de la prima Del se unía la angustia de estar viendo constantemente al Coronel y ser escrutada por la mirada cargada de ira de él. ¡Cuánto hubiera dado por un abrazo suyo! Eso era lo único que la haría sentir bien.

Tras el funeral, Penélope se despidió de todo el mundo y decidió volver sola a casa. Carrie Potts había insistido en acompañarla, pero ella le dijo que prefería no tener compañía. No era del todo cierto, pero la compañía que ella

deseaba era la del Coronel y esa no podía tenerla. Caminó desde el cementerio de Monk hasta casa recordando los momentos vividos al lado de la prima Del y un nudo se le instaló en su garganta. Junto a estos recuerdos se entremezclaban otros del Coronel, su mirada fría y distante, el modo en el que se había despedido de ella la tarde que fue a verla al Hogar de Miss Rollington... El llanto comenzó sin darse apenas cuenta. De pronto la humedad bañó su rostro y justo cuando comprendió que eran lágrimas, la tristeza se desató y esas lágrimas se convirtieron en un llanto inconsolable. Y como si las lágrimas tentaran a las nubes, comenzó a llover... Aún le quedaba media hora de camino y aquello no pintaba bien. Trató de taparse la cabeza con el chal que llevaba sobre los hombros, pero eso no evitaba que se mojara. A lo lejos oyó el galopar de unos caballos y vio un carruaje acercándose. Se detuvo a la espera de que la recogiera, tratando de controlar el llanto. Sólo cuando estaba a su lado se dio cuenta de que era el carruaje del Coronel.

Él se asomó por el ventanuco, con el ceño fruncido y rostro de pocos amigos. La miró de arriba abajo antes de decirle nada. Penélope estaba empapada.

–Suba, señorita Murray, va a pillar una pulmonía –su voz sonaba enfadada, como si la estuviera regañando. El Coronel, que seguía sin tutearla, se preparó para la negativa de ella a subirse al carruaje, pero se sorprendió cuando la joven, sin mediar palabra, se sentó frente a él.

–Gracias –musitó, con un hilo de voz apenas perceptible y sin levantar la mirada de su regazo. Él se fijó en los ojos enrojecidos de la muchacha.

–¿Ha estado usted llorando? –le preguntó. No podía evitar sentir lástima por ella. La soledad de Penélope Murray era absoluta y sabía que la prima Del y ella se habían profesado un gran cariño.

–Es lo normal en los funerales –respondió, aunque no era del todo cierto.

Cuando había muerto su padre, al que adoraba, ella no había derramado ni una sola lágrima, no había podido a pesar del dolor. No sabía qué le había ocurrido desde que había llegado a Morningdale y había conocido al Coronel, pero sus sentimientos estaban a flor de piel y deseaba llorar casi a cada instante.

–Siento enormemente su pérdida –le dijo él, con un tono de voz neutro que le hizo pensar a Penélope que hablaba por compromiso, que realmente poco le importaba su suerte ni sus penas. Alzó las cejas en señal de incredulidad y él se dio cuenta de lo que pensaba–. ¿Acaso no me cree?

Penélope levantó la mirada de su regazo y la clavó en él. Sentía esas cosquillas en el estómago que siempre se presentaban cuando lo tenía cerca. No le respondió nada. Sólo se encogió de hombros y dirigió su mirada al ventanuco. El día era gris y tan oscuro que parecía que estaba anocheciendo, aunque sólo eran las cuatro y media de la tarde.

–Dígame, señorita Murray, ¿no cree que siento sinceramente su pérdida? – insistió él. Ella le respondió sin dejar de mirar a través del ventanuco.

–Creo que ha sentido sinceramente la muerte de la prima Del, pero no creo que sienta en lo más mínimo cómo pueda afectarme eso a mí. Al fin y al cabo, soy una mujer deshonesto que ha jugado con sus sentimientos, ¿no fue eso lo que me dijo?

–Independientemente de la clase de mujer que sea usted, siento que se vea en una situación semejante –la voz masculina era un témpano de hielo.

–Oh, sí, una situación económica muy delicada –le dijo ella, ahora sí, mirándolo a los ojos con altivez, dejándole bien claro que sabía que él sólo pensaba en el maldito dinero. ¿No le había propuesto matrimonio por eso, para mejorar su situación económica?

–No es eso a lo que me refería –respondió, con una voz de pronto cálida y cercana. El mismo tono que utilizaba para hablarle antes de su encuentro en el Hogar de Miss Rollington. Ella lo miró sintiendo que una sensación agradable la envolvía en medo de ese día frío y lluvioso–, aunque no vamos a negar las estrecheces a la que se verá obligada. Me refería a la soledad. Usted cree que ya no le queda nadie en el mundo.

–No es que lo crea, es que es una realidad. Ya se han muerto todos aquellos que alguna vez me quisieron sinceramente –declaró ella con tristeza, –El anciano señor Walpole la quiere y se preocupa por usted, lo mismo que Carrie Potts y apuesto a que sus nuevas amigas de la ciudad siente cariño sincero y preocupación también –el Coronel se mordió la lengua para no decirle que él hubiera hecho cualquier cosa por verla feliz si ella no lo hubiera rechazado de aquella manera tan terrible. Es más, si dio cuenta de que aún haría cualquier cosa por su felicidad siempre y cuando ella nunca supiera que era él quien lo hacía. Aquella muchachita ya se había reído de él más que suficiente.

Las palabras se agolpaban en la garganta de Penélope deseando salir.

Quería preguntarle si él sentía algo parecido, un poco de cariño, una pizca de preocupación por ella, pero ya era demasiado tarde para aquello y si ella decía algo semejante, entonces él pensaría con razón que la joven estaba

jugando, dándole una de cal y otra de arena. Cerró los ojos concentrándose para no llorar y de pronto sintió la calidez de las manos del Coronel sobre las suyas. Era superior a sus fuerzas verla tan hundida y seguir permaneciendo frío ante ella. Penélope abrió los ojos, sorprendida, y se encontró con la mirada preocupada y tierna del Coronel.

–Independientemente de lo que haya ocurrido en el Hogar de Miss Rollington, siempre podrás contar conmigo. No estás sola y no lo estarás mientras yo viva –le dijo con total sinceridad, tuteándola de nuevo. El corazón de la joven se infló como un globo. Aquel hombre era excepcional. Puede que no la amara y eso la llenaba de dolor y resentimiento, pero después de que lo hubiera rechazado, seguía dispuesto a ayudarla y apoyarla. Deseó más que nunca haber aceptado su propuesta de matrimonio.

–Gracias, yo... –comenzó a decir ella, pero rompió en sollozos. El Coronel se sentó a su lado en el carruaje y la abrazó contra su pecho. Penélope disfrutó de la calidez del abrazo y de aquel olor masculino que no había podido olvidar desde que la besara por primera vez–. Lo siento, lo siento de verdad...

Cuando te dije que me sentía insultada por tu propuesta de matrimonio, no era cierto, yo...

–No te preocupes –le dejó él–, eso no tiene la menor importancia. Ahora debes estar tranquila.

En la cabeza de él bullían mil ideas a un mismo tiempo: pensaba que tal vez ella se disculpara porque él estaba siendo amable, pero por otro lado, quizás había algo que se le escapaba y eso algo fuera lo que obligaba a la joven a rechazarlo una y otra vez porque, a decir verdad, era lo suficientemente experimentado como para saber cuándo le gustaba a una mujer, y ¡por todos los demonios!, Penélope se sentía atraída por él.

El carruaje se detuvo delante de la casa en la que Penélope había vivido con la prima Del.

–Te acompaño –le dijo el Coronel. Ella no opuso resistencia. Se dejó llevar de su brazo hasta la puerta y cuando vio que ella misma abría, le preguntó– ¿Y los criados?

–Les he dado la noche libre. Quería estar sola. No me gusta que nadie me vea cuando estoy así –respondió Penélope.

–Me voy, entonces –le dijo el Coronel–. No quiero molestarte. Sé lo duro que ha sido el día de hoy.

Penélope no sabía si su rostro reflejaba el estado de su corazón al

escuchar las palabras del Coronel. ¡No! ¡No quería que él se fuera! Pero...
¿cómo hacer para retenerlo a su lado?

CAPÍTULO 20

Él comenzó a darse la vuelta en dirección al carruaje y Penélope, desesperada, habló antes de pensar en las consecuencias.

–¡No te vayas! –exclamó, al tiempo que se atrevía a agarrarlo por el brazo para impedirle que se moviera. Él observó la mano femenina aferrada a su brazo y después la miró a ella fijamente a los ojos, mostrando sus dudas–. No te vayas, por favor... Quédate.

–¿Estás segura? Los criados no están... Esto podría malinterpretarse y dado que no vamos a casarnos de ninguna de las maneras... –había cierto tono irónico en su voz. Ella asintió.

–Estoy segura –afirmó con rotundidad. Los ojos le brillaban y su rostro se había sonrojado intensamente. Lo hizo pasar a la sala. Él parecía un tanto incómodo, con miedo a dar un solo paso en falso y romper la magia de aquel instante. Jamás había imaginado, ni en sus mejores sueños, que ella le rogaría que se quedara a su lado con aquella ansiedad.

–Hace frío –dijo Penélope.

–Deberías cambiarte esa ropa mojada o te pondrás enferma. Mientras tanto, iré encendiendo el fuego –ella subió escaleras arriba tan deprisa como pudo.

No quería perderse ni un segundo de la presencia del Coronel en su casa. Por primera vez en su vida se puso un vestido consciente de para qué se lo ponía.

Volvió a sonrojarse ante el espejo. ¡Sí, se lo ponía para atraerlo! En medio de la muerte y la destrucción que asolaban al mundo, Penélope se dio cuenta de que la vida era demasiado corta para perder el tiempo evitando lo que más deseaba. La prima Del había muerto, su padre había muerto y ella había aprendido que podía soportarlo todo, excepto la lejanía del hombre al que amaba. Se miró al espejo antes de bajar y resolvió que estaba aceptable. Esperaba estar lo suficientemente tentadora para él.

Cuando entró en la sala fue tan sigilosa que él no se dio la vuelta. Estaba concentrado en el fuego de la chimenea. Utilizó el atizador para revolver la madera que estaba ardiendo y evitar que se apagara. Los reflejos anaranjados del fuego hacían brillar su piel como si fuera de oro. Penélope lo observaba, sintiendo de pronto la boca seca y los pies y las manos helados, y pensó que

era el hombre más hermoso que había visto jamás. Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza.

—¿Tienes frío? —le preguntó el Coronel, sorprendiéndola. Sólo entonces se dio cuenta la joven de que aunque parecía concentrado en atizar el fuego, estaba observándola de reojo, pendiente de cualquier movimiento de ella, ¿cómo, si no, podría haberse dado cuenta del escalofrío que había recorrido su cuerpo?

—Sí, tengo frío —mintió ella. El Coronel giró entonces el rostro para mirarla y Penélope pudo observar los movimientos oscilatorios de las llamas reflejados en su cara y sus ojos, más abrasadores que el propio fuego que ardía en la chimenea, esto hizo que volviera a estremecerse, presa de un escalofrío que poco tenía que ver con las bajas temperaturas de la casa.

El Coronel contuvo por un instante la respiración. Aquella situación excedía los límites de su contención. Estar a solas con ella, que le hubiera pedido que se quedara y no poder tocarla, cuando era lo que más deseaba en el mundo, era demasiado. Pero no la tocaría, no daría un solo paso para acercarse a ella.

Había prometido no repetirle su propuesta matrimonial y eso implicaba no intentar besarla de nuevo... Pero deseaba endiabladamente besarla y no sabía si podría controlarse. Sus ojos se pasearon por el cuerpo de la muchacha y Penélope estaba siendo consciente de ello. ¡Era obvio que la deseaba! Y también era obvio que no haría nada por buscar un acercamiento. Ella sabía que después del rechazo sufrido en el Hogar de Miss Rollington, él no movería pieza. Era una cuestión de orgullo y lo comprendía. ¡Pero ella no era capaz de dar el primer paso y deseaba hacerlo!

Sí, deseaba hacerlo. Esta certidumbre fue reveladora. Deseaba al Coronel Burton-Jones y lo deseaba tanto que cada milímetro de su piel ardía sólo con imaginar que él la acariciaba, que la besaba. Otra certeza la partió en dos: quería ser su esposa. Lo amaba demasiado para no serlo, pero si deseaba que esto ocurriera, tendría que buscar un acercamiento y no quería esperar al día siguiente o a la próxima semana. Deseaba al Coronel y lo deseaba ya, en ese mismo instante, y supo que si daba ese paso, acabaría siendo su esposa, suya para siempre. Supo que podría convencerlo, aunque él no la amara, porque lo que era cierto es que el Coronel, a su manera, sentía interés por ella y este hecho la llenó de gozo. ¡Podría convencerlo de que confiase de nuevo en ella, de que nunca había querido jugar con él!

—Deberías irte a dormir o, al menos, a descasar. Hoy ha sido un día duro.

Yo me quedaré aquí por si necesitas algo –le dijo él, casi sin mirarla. Montgomery Burton-Jones supo que no sería capaz de resistirse mucho tiempo a ella, supo que si no la alejaba de sí mismo, cruzaría la sala en un par de zancadas, la estrecharía entre sus brazos y le haría el amor allí mismo, al calor de la chimenea. Tenía que alejarla de él.

Penélope se sintió tan decepcionada cuando lo oyó decirle que se fuera a dormir que le apetecía llorar de nuevo. ¿Tan pocos atractivos tenía ella que no era capaz de tentarlo ni siquiera en unas circunstancias tan favorables como aquellas, ambos solos con una casa a su entera disposición? Ella estaba viva, eso es lo que había aprendido con la muerte de la querida prima Del. ¡Estaba viva y quería sentirse más viva aún entre sus brazos! No se atrevía a decírselo ni supo qué excusa darle para no irse a descansar, de modo que dio media vuelta y subió las escaleras nuevamente. Se quitó el vestido y se puso el camisón. Cuando estaba tumbada en la cama, con la mirada fija en el techo, comenzó a escuchar los pasos de él en la sala. Parecía nervioso. Caminaba a un lado y a otro sin parar. ¿Y si ella se atrevía? ¿Y si fuera valiente? Quizás él estuviera tan ansioso como ella, pero tras el rechazo del que había sido objeto en el Hogar de Miss Rollington, no se atrevía a dar el paso definitivo. O no quería hacerlo. ¿No le había dado, acaso, su palabra de que no volvería a pedir su mano? ¡Sí, ella debía ser valiente! En eso consistía la libertad, en atreverse a hacer lo que uno deseaba. ¡Y ella deseaba al Coronel más que a nada ni a nadie en el mundo! Se levantó de la cama y avanzó por el pasillo, descalza y temblando, hasta la barandilla. Bajó unos cuantos escalones, hasta que la alta y musculosa figura de él entró en su campo de visión.

“No me llames Coronel, llámame Monte”, recordó que le había dicho.

Respiró profundamente un par de veces, sintiéndose como si estuviera a punto de saltar por un precipicio.

–¿Mon... Monte? –dijo con la voz temblorosa. El Coronel se giró hasta verla en lo alto de la escalera. ¿Le estaban engañando sus oídos? ¿Penélope lo había llamado Monte? No podía verla con claridad porque estaba oscuro. Su silueta fantasmal coronaba aquella escalera y la voz salía con dificultad de su garganta.

–¿Sí? –respondió él, anonadado. Ella tardó unos segundos en hablarle de nuevo.

–No quiero estar sola... ¿Podrías subir a hacerme compañía? –el volumen de la voz de la joven había ido descendiendo con cada palabra. Él la miraba

fijamente, con las pupilas dilatadas y enmudecido por la sorpresa. Sopesó la conveniencia de lo que ella estaba pidiéndole, ¡pero al demonio con hacer lo correcto! Ella lo quería a su lado y él no deseaba otra cosa que complacerla.

–Ahora mismo subo, vuelve a la cama –le dijo. Penélope no supo si alegrarse o morir de miedo. Regresó de puntillas a la calidez de su lecho, dispuesta a esperarlo. Le pareció que tardaba siglos en llegar. Oyó sus pasos subiendo las escaleras y los latidos de su corazón se acompasaron con esos pasos.

La puerta del cuarto estaba entreabierta y él pasó sin llamar. Apoyó un hombro contra la pared, sin atreverse a acercarse más, temeroso de no poder controlarse.

La lluvia golpeaba los cristales de la ventana y el día estaba gris. El mar, al fondo, batía contra el faro y los acantilados. “Siempre”, pensó el Coronel, “siempre llueve cuando va a ocurrirme algo importante con ella”. No sabía qué deseaba Penélope realmente ni cuáles eran sus planes. ¿Qué pretendía la joven que ocurriese entre las cuatro paredes de aquel cuarto?

La vio sentada en la cama. Se incorporó en cuanto él había entrado por la puerta de su cuarto y no se volvió a mover, parecía petrificada. Las sábanas estaban enrolladas en su cintura y era perfectamente visible su casto camisón blanco anudado al cuello. La tela era tan fina que la exquisita oscuridad de los pezones era perceptible desde donde él se encontraba. El candelabro que había sobre la mesilla de noche iluminaba apenas a la joven, pero a contraluz revelaba, en cambio, las curvas ocultas bajo la tela inmaculada del camisón. El Coronel sintió que un fuego abrasador le recorría las venas y supo que si no hacía algo al respecto, no podría disimular su erección bajo la tela de sus pantalones.

–No... No te quedes ahí. Siéntate a mi lado –le dijo ella tartamudeando. La mirada de él era indescifrable. Se acercó despacio y tomó asiento a los pies de la cama, dejando una amplia distancia entre ambos. La respiración de ella se volvió más pesada, casi jadeante.

–¿Qué pretendes, Penélope? –le dijo, frunciendo el ceño. Ella se sobrepuso a ese gesto masculino.

–¿Sigues enfadado conmigo? –el tono coqueto de su voz hizo que él elevara las cejas. ¿Aquella jovencita estaba tratando de seducirle o simplemente estaba jugando con él?

–No estoy enfadado. En realidad te agradezco que me pusieras en mi lugar, así dejó de hacer el ridículo –su tono de voz volvía a ser frío.

–Lo siento, lo siento de verdad... No es cierto lo que dije. No me siento insultada por tu propuesta de matrimonio. Sólo estaba asustada –parpadeó con sus enormes e inocentes ojos y eso desarmó al Coronel más que sus palabras, pero no iba a dar su brazo a torcer tan pronto. Quería saber hasta dónde estaba dispuesta a llegar ella y si hablaba en serio o no.

–¿Qué es lo que te asusta tanto? –su tono seguía siendo distante e impersonal, pero eso no amilanó a la joven.

–Tú –respondió con sencillez, sonrojándose hasta la raíz del cabello. Él no dijo ni una palabra, parecía no haber sentido nada ante aquella declaración que para ella suponía un doble salto mortal–. Me gustas muchísimo, pero no sé cómo manejar esto que siento cuando estás cerca –se lo jugaba todo a una única carta y que fuera lo que Dios quisiera. Si después de eso él no reaccionaba, sabría que ya no había nada que hacer.

Pero el Coronel reaccionó. Chascó la lengua, tratando de restarle importancia a aquella declaración, aunque en realidad su corazón temblaba de anhelo e incredulidad. ¿Podría ser posible que aquello estuviera ocurriendo o era sólo un sueño y terminaría por despertar?

Él seguía sin decir ni una palabra.

–¿Monte? –oírla llamarlo así lo estremecía. Cerró los ojos y no fue consciente de que ella se había movido en la cama, acercándose a él, hasta que su pequeña mano acarició su rostro con la yema de los dedos–. ¿Monte?

–¿Sí, Penélope? –dijo con brusquedad, pero sin apartarse ni un milímetro de ella. Al contacto con la yema de sus dedos, la piel de su rostro ardía.

–¿Yo te gusto, aunque sólo sea un poco? –la pregunta había sido apenas un susurro. Él cerró los ojos y apretó la mandíbula.

–No puedes preguntarle eso a un hombre que está a solas contigo en tu cuarto cuando sólo te cubre un camisón que deja adivinar los encantos que hay debajo de él, ¿comprendes?... Es peligroso para una muchachita inocente como tú hacer ese tipo de preguntas –le dijo, muy serio, casi enfadado. Los ojos de él descendieron hacia los pechos femeninos. Ella miró también sus pechos y vio lo mucho que la luz de la vela y la finura de la tela del camisón mostraban, pero no trató de cubrirse. Sonrió con timidez.

–No has respondido a mi pregunta –insistió–, ¿te gusto, sí o no?

–Penny –pronunció su nombre como si fuera a regañarla–, no juegues conmigo. No me ofrezcas algo que en realidad no deseas que ocurra.

Penélope se movió nuevamente, pero en esta ocasión lo que hizo fue sentarse en el regazo del Coronel y pasarle los brazos por el cuello. Frotó con

delicadeza su nariz contra la nariz de él. Este gesto de ternura lo desarmó por completo y lo que oyó a continuación lo dejó sin respiración.

–Pero deseo que ocurra, Monte. Lo deseo más de lo que he deseado nunca nada en toda mi vida.

CAPÍTULO 21

Sintió la tibieza del aliento del Coronel sobre su boca cuando habló y pudo percibir un ligero olor a vino que le resultó embriagador. Él supo que estaba perdido, que ni siquiera el miedo a que ella jugara con él iba a detenerlo. Aquello era más de lo que podía soportar. Iba a hacerle el amor, aunque sabía que no debía hacerlo, porque ella era inocente e inexperta y aquello era del todo inapropiado.

Penélope estaba en un momento de debilidad y tristeza, tal vez no pensara con claridad. Iba a hacerle el amor aunque su alma se condenara por ello.

–Mañana te arrepentirás de esto –murmuró, al tiempo que tomaba la diminuta mano de ella, que había resbalado desde su hombro hasta apoyarse en su pecho. Se tumbó sobre la joven y aprisionó las muñecas de ella contra el colchón con sus propias manos. No había, en cambio, ni un ápice de brutalidad en su gesto. Penélope notaba las manos de él acariciadoras sobre las suyas. Era un gesto delicado, aunque firme. El peso del cuerpo masculino le resultaba incluso agradable. La boca del Coronel descendió sobre la suya y la tomó con cierta gentileza al principio, acariciando los labios de la joven con los suyos y esta caricia era tan leve como el roce de las alas de una mariposa. La punta de la lengua masculina tocó suavemente el labio inferior de Penélope y aprovechó que la boca de ella estaba entreabierta para penetrar en la cavidad femenina y buscar su lengua, que permanecía quieta y expectante. La de él la acarició, tratando de excitarla, de hacerla moverse. Cada gesto masculino era lento y delicado, buscando una respuesta femenina que no fuera el miedo, sino el deseo.

Penélope saboreó aquella lengua, que le recordaba al vino dulce. Se abandonó a las sensaciones vibrantes y acariciadoras de aquella tierna invasión hasta que las manos de él dejaron de aprisionar sus muñecas y las sintió sobre sus muslos. Se asombró al principio y se quedó muy quieta. Abrió los ojos, que habían permanecido cerrados hasta entonces, y vio el rostro de Monte sobre el suyo, besándola. Sus manos ascendían por los muslos de Penélope al tiempo que el beso se hacía más exigente y profundo. Ella comenzó a temblar y se quedó paralizada por el miedo. En el momento en que él dejó de tocarla con la gentileza del principio y el deseo se volvió más exigente, la joven se asustó.

Monte sintió la tensión en los músculos de la muchacha. Tensión primero, más tarde un temblor que la recorría de pies a cabeza. Dejó de besarla, apartó las manos de sus muslos y se alejó unos milímetros del rostro femenino para poder observarla. Ni siquiera los animales heridos de muerte, cuando había ido de caza, lo habían mirado de aquel modo, con aquel terror y aquel desamparo.

–Cálmate –le dijo en un susurro–. Será agradable, te lo prometo.

–Aún no me has respondido si te gusto, aunque sólo sea un poco –dijo ella y Monte notó que la joven hacía verdaderos esfuerzos para no llorar. ¿Cómo podía ser tan insegura y tan ingenua? ¿Cómo no se daba cuenta de que lo tenía comiendo de su mano desde el momento mismo en el que discutieron por primera vez en la fiesta de los Walpone? Su voz se volvió más tierna y acariciadora.

Depositó suaves besos en la comisura de sus labios al tiempo que le decía: –No sólo me gustas. Me vuelves loco, Penny –él seguía depositando besos tiernos en la línea de la mandíbula de ella.

–¿De verdad? –le preguntó, incrédula, dejándose arrastrar por las sensaciones dulces que recorrían su cuerpo cada vez que los labios masculinos rozaban su piel.

–Sí –respondió Monte con una voz cavernosa que salía de lo más profundo de su garganta. Estaba ya cegado por el deseo, pero al mismo tiempo sabía que debía dominar esa urgencia. Se incorporó en la cama y la obligó a sentarse frente a él. La luz de las velas iluminaba aquel rostro angelical y Monte comenzó a disfrutar desde ese instante de los placeres que aquella mujer ocultaba. Nunca hasta entonces había hecho el amor con una virgen, ni siquiera con una muchacha inexperta, y le recorrió el cuerpo una sensación embriagadora. Era toda suya, para enseñarla y para aprender con ella. El pecho de la joven se movía con cada respiración y eso lo excitaba. Algo tan simple como eso lo excitaba. Tampoco era inmune a la mirada de cierva herida que ella le estaba clavando. Adelantó las manos para desatar la lazada que el camisón tenía a la altura del cuello. Tomó la cinta por uno de los extremos y lo deslizó lentamente hasta que la parte alta del camisón se abrió. La piel que se mostraba, pálida y resplandeciente, lo invitó a acercarse. Penélope contuvo el deseo de huir. Él la estaba mirando como un depredador mira a su presa y cuando adelantó la mano para tocarla, ella había estado a punto de gritar. Los dedos masculinos eran cálidos y complacientes.

Trazó con el dedo índice una línea imaginaria desde la barbilla de la

joven hasta el valle que había entre sus pechos, arrancando un gemido en Penélope que fue de lo más incitador. Tomó el camisón por los bajos y se lo sacó por la cabeza. Ella quedó expuesta y desnuda ante su mirada. Su piel era clara como la luz de la luna y su largo cabello oscuro le caía sobre la espalda hasta apoyarse en el colchón.

Parecía una hermosa ninfa. Su cuello era esbelto y elegante y sus hombros tan delicados y suaves como las alas de una paloma. Monte detuvo la mirada en sus pechos firmes y llenos, en los pezones cremosos, en el hermoso ombligo y en los rizos oscuros de su pubis. La observó durante tanto tiempo, que ella hizo un movimiento apenas perceptible, como si encogiera los hombros, que indicaba su incomodidad. ¿Acaso él no había visto a una mujer desnuda nunca antes?

Penélope lo dudaba. Debía de haber visto decenas. Entonces, ¿por qué la miraba de aquel modo? Él abrió la boca y exhaló aire, como si hubiera estado conteniendo el aliento hasta ese instante o como si se le hubiera olvidado respirar durante varios segundos.

–Por todos los demonios, qué bonita eres –le dijo, haciendo que los ojos de ella se abrieran desorbitados. La había pillado completamente por sorpresa.

¿Bonita ella? Lo miró y pudo ver en el fondo de sus ojos que no mentía, que era sincero.

–Tú también eres increíble –le dijo al hombre que tenía frente a ella y que parecía una escultura de bronce, mirándolo con unos ojos hambrientos que lo desarmaron. Él se quitó la chaqueta y la camisa, sin apartar la mirada de ella, y finalmente se liberó de los pantalones. Penélope tragó saliva ante la contemplación de sus músculos. Apoyó ambas manos en su pecho, sintiendo cómo la piel de Monte se erizaba ante su contacto. Deslizó las manos por su torso, mientras la respiración del hombre se volvía cada vez más pesada, y cuando sus ojos se toparon con el miembro erecto de él, no pudo evitar abrir la boca por la sorpresa.

–Acaríciame –le pidió Monte, ciego de deseo, guiando su mano hasta su pene. La joven notaba los dedos inmóviles y fríos por la sorpresa, pero tan pronto rozó la tersa y delicada piel del miembro masculino, algo parecido al fuego comenzó a consumirla por dentro. Lo acarició primero con el dedo índice y notó su dureza y también la debilidad del propio Monte cuando ella acariciaba aquella parte de su cuerpo. Miró con curiosidad el pene durante unos segundos antes de tomarlo en su mano. Ni siquiera la movió, sólo

disfrutó de la sensación y, a juzgar por el ronco sonido gutural que emitió el Coronel, él también estaba disfrutando.

–No sé qué debo hacer –reconoció ella, sonrojándose y aún con la mano envolviendo el miembro masculino. Él la miró y sonrió. Las pupilas masculinas estaban dilatadas y su cabello despeinado le daba un aspecto más joven.

–Aprenderás en otro momento. No creo que pueda enseñarte ahora –le dijo. Tomó la mano de ella para apartarla de su pene y se inclinó para besarla. En esta ocasión la joven no sintió miedo. Se perdió en la mirada líquida de él y cerró los ojos en cuanto sintió sus labios. Entreabrió la boca, esperando la invasión de la lengua masculina, anticipándose a la dulzura de notar sus movimientos acariciando su propia lengua. Gimió cuando las manos de Monte la tomaron por las caderas y la obligaron a echarse sobre el colchón. Él estaba absolutamente hechizado por ella. Aquella mezcla de inexperiencia y pasión lo estaban volviendo loco. La desnudez de Penélope sobre las sábanas lo estaba afectando de una manera extraña. No era sólo deseo lo que despertaba en él, era una punzada extraña de ternura que no lograba explicar. Penélope estaba seria, terriblemente seria, y él temió que volviera a dominarla el miedo, así que quiso arrancarle una sonrisa. Depositó un beso rápido sobre su boca.

–No deberías vestirme, en serio... La desnudez te favorece. Deberías andar siempre desnuda –ella sonrió mostrando sus dientes blancos. Cuando sonreía, se le iluminaba el rostro, los ojos le brillaban y las mejillas mostraban unos hoyuelos encantadores. Todos los músculos de su cuerpo se relajaron y él lo notó. Hundió entonces la cabeza entre sus senos y fue trazando con besos el camino hacia uno de sus pezones. Cuando lo introdujo en su boca, éste se irguió en escasos segundos. Penélope gimió sorprendida antes las sensaciones maravillosas que esto le producía. Monte seguía lamiéndole uno de los pezones mientras pellizcaba suavemente el otro. Espirales de excitación recorrían su cuerpo y algo húmedo y cálido se instaló entre sus piernas.

Los gemidos de Penélope eran música para los oídos de Monte. Estaba más excitado de lo que recordaba haber estado en toda su vida y quería que ella estuviera excitada y ansiosa por recibirlo, que lo deseara. Cuando notó que el cuerpo femenino se retorció debajo de él de pura ansiedad, abandonó los pezones para volver a perderse en la boca de la muchacha. Ella había tenido las manos crispadas sobre las sábanas durante todo aquel tiempo, pero cuando la lengua de Monte invadió de nuevo su boca, las delicadas manos de

la joven se hundieron en el pelo de él, atrayéndolo más hacia sí misma. Fue en ese instante cuando sintió algo entre sus piernas y casi las cierra de forma inconsciente, asustada de pronto por la inminencia de la penetración y el dolor que suponía que iba a sentir, sin embargo él no retiró su mano de entre las piernas de ella y se las ingenió para introducirle el dedo corazón. Penélope abrió mucho los ojos ante esta pequeña invasión de su cuerpo, pero para su sorpresa, no hubo dolor, sino una sensación que la volvió dúctil y blanda como la mantequilla caliente. Sus músculos se relajaron y sus piernas se abrieron para facilitar los movimientos de Monte, que movía el dedo en el interior de ella notándola húmeda y cálida, preparada para recibirlo. No pudo soportar más la espera y retiró el dedo con rapidez. Colocó entonces el glande justo entre las piernas de la joven y se puso sobre ella, con los brazos apoyados en el colchón. Los ojos desorbitados de Penélope y los gemidos cada vez más intensos que escapaban de su boca amenazaban con volverlo loco.

No sabía cuánto tiempo podría soportar antes de derramarse en su interior, pero por todos los demonios, no lo haría antes que ella. No se había sentido tan excitado y tan incapaz de controlarse desde que era un mozalbete.

Se introdujo dentro de la joven con una lentitud avasalladora, sintiendo que la carne apretada que ahogaba su propio miembro y se cerraba en torno a él iba a matarlo de placer. El interior de ella era resbaladizo y cálido y tuvo que hacer esfuerzos para no dejarse arrastrar por el placer violentamente. Las piernas de ella se flexionaron de forma inconsciente, haciendo que él pudiera hundirse aún más en su interior, y las manos de la joven, que habían estado entrelazadas en su pelo, se deslizaron hasta sus hombros, hundiendo las uñas en su carne de pura excitación. El dolor había sido una mínima punzada que dejó paso al placer.

Penélope ahogó un grito al sentirse invadida por el miembro masculino y por el breve instante de dolor... Monte se había introducido en su interior con una lentitud angustiada, haciéndola retorcerse de placer. La miraba fijamente mientras le hacía el amor, pero a ella ya no le daba vergüenza, no podía pensar en nada más que aquellas sensaciones maravillosas. Cuando él comenzó a moverse al fin, ella arqueó la espalda sintiendo que algo primitivo cabalgaba en su interior acercándose, un placer que se arremolinaba en su vientre y de pronto estalló en el centro mismo de su feminidad haciendo que un grito escapara de su garganta y que sus uñas se hundieran profundamente en los hombros de Monte. Una vez pasado el momento de placer más álgido,

los gemidos acallados contra la boca de él le indicaron a este que ella estaba disfrutando de los últimos vestigios del orgasmo, un placer aún intenso que se desplegaba en oleadas por su cuerpo y la mantenía en plena excitación. Fue entonces cuando él se derramó en su interior, hundiéndose profundamente en ella una y otra vez, arrastrándola en su propio placer y haciendo que ella volviera a gemir contra su oído. Monte podía asegurarlo con certeza: nunca había sentido nada parecido. Todos los músculos de su cuerpo se habían tensado dolorosamente antes del placer y éste, tan intenso que le arrancó escalofríos, lo había dejado después laxo y satisfecho, acurrucado sobre el pecho de Penélope. Su pene aún estaba medio erecto y en el interior de la joven y esa sensación le resultaba enternecedora y excitante. Se apoyó en los brazos para observarla allí tumbada, debajo de él, relajada y satisfecha, tan dulce que contemplarla le hería el corazón. Comenzó a retirarse del interior de la joven y parecía que su miembro sentía dolor ante esta separación. También Penélope hizo un gesto de disgusto y emitió un leve quejido, como si deseara que él siguiese dentro de ella. Continuaron observándose el uno al otro sin saber qué decirse.

Monte seguía inclinado sobre la joven. Las sensaciones eran tan intensas que el hombre quiso romper la tensión de aquel momento, pero no sabía cómo. Se tumbó de espaldas en la cama y la atrajo hacia él. Permanecieron mucho tiempo en silencio, sin atreverse a hablar por miedo a romper la magia de aquel momento.

Finalmente se quedaron dormidos.

CAPÍTULO 22

Cuando Penélope se despertó, aún no había amanecido. Parpadeó varias veces hasta acostumbrarse a la escasa iluminación del cuarto. La vela que había sobre su mesita de noche se había consumido casi por completo. Giró la cabeza y se encontró con Monte. En su cama. ¡Sí, lo que había ocurrido tan solo unas horas antes no había sido un sueño! Él estaba despierto, recostado de medio lado y apoyado sobre un codo. La miraba y ella se sonrojó intensamente.

–¿Cuánto tiempo llevas despierto? –le preguntó.

–El suficiente –Monte le sonrió.

–¿El suficiente para qué? –quiso saber. Él estaba despeinado y desnudo bajo las sábanas y su aspecto era magnífico. Sus ojos somnolientos, sus labios curvados en una sonrisa sensual, todo él la maravillaba.

–El suficiente para memorizar tu cara cuando estás dormida – le dijo. Ella se sonrojó aún más. No dijo nada y él frunció el ceño–. ¿Te arrepientes de lo de anoche?

–No –su respuesta fue rápida y contundente–. ¿Te arrepientes tú?

–Te aseguro que nunca me he alegrado tanto de hacer algo –sonrió abiertamente y sus ojos se llenaron de picardía–. Además, me alegro de que disfrutaras tanto.

Penélope abrió muchos los ojos, sorprendida. Supo que estaba burlándose de ella y no cayó en su juego. Sonrió también con picardía.

–Tampoco te creas que disfruté tanto...

–Ya lo creo que sí. Debe de haberte oído gemir hasta mi cochero –le dijo él. La joven fue entonces consciente de que el cochero aún seguía esperando a la puerta de su casa. Se tapó con el embozo de las sábanas, muerta de la vergüenza.

–¡Dios mío! –murmuró.

–Vamos, no pasa nada... El problema será evitar que el anciano señor Walpole nos moleste con sus peroratas. Tratará de que nos casemos cuando se entere de esto y será muy difícil convencerlo de nuevo de que no queremos casarnos –comentó el Coronel con malicia, queriendo ver la reacción de ella ante sus palabras. El rostro de Penélope se volvió duro de pronto.

–¿Crees que voy a ser tu amante? ¿Eso es lo que crees? –resopló–. Yo no

soy de ese tipo de mujeres.

–¿De qué tipo de mujeres? ¿De las que hacen el amor con un hombre sin estar casadas? Me temo que sí lo eres, Penny. Por si no te has dado cuenta, anoche hicimos el amor y no estamos casados.

Ella lo miró enfadada. ¿Estaba él de broma o hablaba en serio? No lograba saberlo y eso la enfadó aún más. “Sé valiente, pon las cartas sobre la mesa”, se dijo a sí misma.

–Yo creí que tu propuesta de matrimonio seguía en pie –la voz de ella era firme. Él elevó una ceja.

–No, no sigue en pie. Te lo dije en el Hogar de Miss Rollington, por si no lo recuerdas...

–Oh, vamos, déjate de tonterías –le espetó de pronto. ¿Acaso creía él que ella era tonta? El modo en el que le había hecho el amor y cómo la estaba mirando cuando se despertó... Al Coronel le gustaba y, pensó ilusionada, no era descabellado soñar con que podría llegar a enamorarse de ella. Además, estaba convencida de que jamás le habría hecho el amor si no pensara en el matrimonio–.

Sé perfectamente que tu propuesta sigue en pie. Estás deseando casarte conmigo, en realidad.

La carcajada de él retumbó en la habitación. Adelantó una mano y le quitó a Penélope un mechón que le caía en la cara.

–Confías mucho en ti misma, muchachita...

–No –le dijo ella–, confío en ti.

Él se puso serio de pronto y permaneció unos segundos en silencio, como si estuviera pensando las palabras que iba a decirle a continuación.

–¿Qué ha cambiado, Penny? ¿Por qué ahora quieres casarte conmigo? –él la miraba tan fijamente que casi no parpadeaba. Ella tardó en responder.

–La muerte de la prima Del me ha cambiado. La vida es demasiado breve para dejar escapar las cosas que merecen la pena. En cuanto a por qué quiero casarme contigo, es simple: me gustas mucho y creo que podemos llevarnos bien.

Me gustas tanto que puedo pasar por alto el hecho de que no me ames.

Monte frunció el ceño. Pasaba por alto el hecho de que no la amara... Ella no era del tipo de mujer que se acostaba con un hombre sin sentir nada, ni era el tipo de mujer que se casaba con un hombre sin sentir nada... Y ahora le decía aquello: pasaría por alto el hecho de que él no la amara. No había dicho que pasaría por alto el hecho de que no se amaran el uno al otro.

Una señal de alarma estalló en su pecho. ¡Dios, cómo había podido ser tan estúpido! ¡Eso era lo que se le escapaba! ¡Ese era el motivo del rechazo de la joven, estaba enamorada de él y creía que no era correspondida!

–Penny, tú me amas, ¿no es cierto? –después de hacer la pregunta contuvo la respiración. Ella se quedó tan anonadada por sus palabras que no pudo pronunciar ni un simple monosílabo, simplemente asintió. Bien, ya estaba completamente desenmascarada ante él, completamente desnuda y no solo físicamente.

En cuanto ella asintió, él salió de la cama dando un salto. Se pasó la mano por el pelo, nervioso, y maldijo varias veces. Estaba furioso y ella no entendía el motivo de su enfado.

–¡Maldita sea! ¿Te haces una mínima idea de lo que he pasado? Me volvía loco pensando qué había tan malo en mí para que me rechazaras una y otra vez...

¡Mierda, Penny, estabas dispuesta a tirarlo todo por la borda por orgullo, por no decirme lo que sentías! –miró a su alrededor–. ¿Dónde está mi puñetera ropa?

Monte se movía desorientado por la habitación. Estaba desnudo y sus magníficos músculos se realzaban con la luz tenue de la vela. Penélope se incorporó en la cama.

–¡No me digas que vas a irte! –casi le gritó.

–¡Por supuesto que voy a irme! Me has tratado peor que a un insecto y eso que me amas. Dios, me pregunto qué habrías hecho si no sintieses nada por mí.

¿Sabes lo que me has hecho pasar? –él agarró su ropa en un puñado y se dispuso a salir del cuarto.

–¡Montgomery Burton-Jones, te prohíbo que salgas por esa puerta! –le gritó ella. Monte dio dos zancadas hasta la cama con los brazos en jarras.

–¿Quién demonios te crees que eres para prohibirme nada? –rugió.

–Tu actual amante y tu futura esposa. Además te quiero, así que algún derecho tendré a prohibirte que hagas idioteces, digo yo –ella lo miró de arriba abajo. El rostro masculino pasó del enfado a la diversión, pero seguía con los brazos en jarras.

–Puede que esa postura sea intimidadora cuando estás vestido, pero ¿sabes lo ridícula que resulta ahora que estás desnudo? Deja de hacerte el ofendido y dime lo que me dijiste en casa de Miss Rollington, vamos –ella parecía impaciente.

–Eres una bruja –le dijo él, sin cambiar de postura y con una enorme sonrisa en el rostro.

–Vamos, repítame lo que me dijiste en casa de Miss Rollington –ahora las palabras de ella sonaban casi como una súplica.

–Te dije muchas cosas aquel día. ¿Qué quieres que te repita exactamente?

–ella se puso de rodillas en la cama, con su espléndida desnudez frente a él, y lo atrajo hasta que ambos quedaron muy cerca.

–Dime que vas a cuidar de mí –dijo ella.

–Está bien –él parecía divertirse con aquello–, cuidaré de ti.

–Dime que me serás fiel.

–Te seré completamente fiel –él sonreía abiertamente.

–Dime que dedicarás tu vida a hacer que no me arrepienta de haber aceptado casarme contigo.

–Dedicaré mi vida a hacer que no te arrepientas de haberte casado conmigo, ¿algo más? –ella negó con la cabeza–. ¿Satisfecha, entonces?

–Por ahora sí –la joven le sonrió y su sonrisa iluminó el corazón del Coronel.

–¿Y tú que me prometes a mí? –le preguntó él. Ella lo pensó durante unos segundos.

–Prometo amarte siempre como te amo ahora, incluso cuando te enojas conmigo y no te lo merezcas. Prometo serte fiel. Prometo cuidar de ti. Prometo decirte las verdades a la cara. Pero sobre todo, prometo hacer que cada mañana te levantes con una sonrisa.

Él se había emocionado. Tenía un enorme nudo en la garganta y le costó hablar después de haber escuchado esa declaración.

–Bueno, si me lo pintas así, no tengo más remedio que casarme contigo –sonrió, pero un instante, después se puso serio–. ¿Podré confiar en ti, entonces, Penny? ¿Confiar ciegamente?

–Claro que sí –le aseguró ella–. ¿Por qué te cuesta tanto confiar?

A esto no iba a responderle. ¿Confiaba en ella? Sí. ¿Ciegamente? Era difícil. Su propia madre le había mentado. ¡Su propia madre! Y jamás había querido reconocer que lo que le había dicho York era cierto. Ella siempre había asegurado que aquello era mentira, que él era hijo de Burton-Jones.

–Hay algo –dijo él–, algo que algún día te contaré, más adelante, cuando estemos ya casados y me sienta completamente seguro de... –ella no lo dejó terminar.

–¿Cuándo estemos casados? Es decir, no confías en mí ahora –el rostro de

Penélope era serio.

–Sí confío en ti, pero hay cosas que...

–No, no confías en mí. Si confiaras en mí, me lo dirías ahora mismo, me abrirías de par en par tu corazón –sentenció la joven.

–Vamos, Penny, no seas chiquilla. No es tan fácil –¡Ya sé que no es fácil confiar! ¿Crees que ha sido fácil para mí suplicarte ayer que subieras a mi cuarto? ¿Entregarme a ti sin estar casados ha sido fácil?

Pero confié ciegamente en ti, sabía que si me rechazabas era porque no te gustaba.

Sé que tú nunca me harías daño a propósito. Pero si al final acababas en mi cama, eso significaba que yo te importaba, aunque sólo fuera un poquito.

Monte la miraba atónito. ¿Qué ella le importaba un poquito? Ella era el centro de todo su universo. ¡El centro de su vida!

–Pero tú no quieres dar ese paso. No quieres arriesgarte –ella parecía desilusionada y él temió que diera marcha atrás, que se arrepintiera de la boda.

Penélope era así, actuaba impulsada por su corazón, no por el qué dirán ni por la conveniencia. El miedo a perderla pudo más que el miedo a que se supiera su secreto.

–No soy un Burton-Jones –soltó de pronto. Ella lo miró sin comprender–.

Mi madre fue amante del último administrador, el Teniente York. Él es mi verdadero padre, me lo dijo justo antes de morir.

Penélope permaneció en silencio. Aquello no podía ser. Ella había visto algunos retratos del padre de Monte en la galería que daba al jardín y el parecido entre ambos era evidente.

–¿Estás seguro? ¿Tu madre qué te ha dicho? –los ojos femeninos mostraban incredulidad.

–Admite que fueron amantes, pero niega todo lo demás –la amargura de su voz caló en el corazón de la joven–. Asegura que mi padre es Burton-Jones.

–¿Y por qué no la crees?

–Vamos, Penny, ¿la creerías tú?

–No lo sé, pero al menos la hubiera dejado explicarse. Seguro que tú no le has dado ni siquiera esa oportunidad.

–Es que no hay nada más que desee saber sobre ese asunto –frunció el ceño. Ella extendió la mano y le acarició el rostro.

–Pero quizás deberías... –él la interrumpió.

–No, por favor, Penny, no te metas en esto. Te lo he contado para que sepas hasta qué punto confío en ti, pero no quiero que interfieras.

–De acuerdo, está bien... Pero quita esa cara de tristeza –lo besó con dulzura en la mejilla. Él sonrió.

–No sé cómo consigues ponerte siempre de buen humor –él tomó la cara de la joven entre sus manos y la besó en los párpados y después en la boca, tan delicadamente como si ella se pudiera romper.

–Bueno, a veces también te he puesto de muy mal humor, Monte.

–Cierto –respondió él, fingiendo que se ponía serio. Después resopló–.

Dios, odio esto, pero debo irme. Está a punto de amanecer y si alguien ve mi carruaje aquí a estas horas...

–¡Oh, no! ¡No quiero que te vayas! –Penélope se abrazó a él y recordó una vieja canción que siempre tarareaba una de las criadas de Aldrich Park: *No llegues, madrugada, no cantéis, gallos, que eso indica la hora en la que se irá mi amado.*

Ella observó con tristeza cómo se vestía Monte y se despidió de él a los pies de la escalera. “Yo tampoco quiero irme”, le había dicho él, y parecía sincero.

¿Puede que sintiera más cosas por ella de las que Penélope creía? Era difícil saberlo, pues a pesar de la declaración de la joven, él no había dicho cuáles eran sus sentimientos.

CAPÍTULO 23

Las semanas pasaron volando y, antes de que se dieran cuenta, había transcurrido un mes. Los Walpole habían estado pasando una temporada en Londres y el Coronel y Penélope esperaron a su regreso para comunicarles a todos que se casarían a principios del verano. El Coronel organizó una velada en su casa con ese motivo.

–La señorita Murray y yo nos casaremos el próximo mes –dijo con una sonrisa de oreja a oreja, tan ilusionado y feliz como nunca antes lo habían visto.

Penny, a su lado, tomada de su brazo, también sonreía. Recibieron la enhorabuena de todos los presentes y las mujeres se llevaron a Penélope hacia la sala contigua para preguntarle por los preparativos de la boda. El Coronel se fijó en Timothy Walpole, que miraba insistentemente a alguien. Siguió su mirada y descubrió que el joven miraba a Carrie Potts y que esta también le dirigía algunas miradas de soslayo. Se acercó a él, sacándolo de su ensimismamiento.

–Enhorabuena, Coronel –le dijo Timothy–. La señorita Murray es una joven estupenda.

–Lo mismo puede decirse de la señorita Potts –comentó maliciosamente Monte.

–¿Cómo dice? Creo que no le comprendo...

–Sí que me comprende, Walpole –el Coronel sonrió.

–No, no lo comprendo. Sabe tan bien como yo que voy a heredar todos los bienes de mi tío y que es mi obligación casarme con una de mis primas. No voy a desampararlas. ¿No es acaso lo que usted ha hecho con la señorita Murray?

–En absoluto, Walpole –respondió el Coronel–. No me caso con Penélope porque haya heredado la propiedad de su padre, sino porque simple y llanamente la amo. Usted no está obligado a heredar, ¿o sí? Llegado el momento puede renunciar a esa herencia en favor de sus primas. Me consta que no necesita herencia alguna para vivir bien...

Timothy Walpole iba a responderle algo, pero la madre del Coronel asomó la cabeza por la puerta del salón y le dijo: –Monte, querido, ven a socorrer a la pobre Penélope. La están volviendo loca con tantas ideas para la

boda.

El Coronel se despidió de Timothy con una leve inclinación de cabeza y siguió a su madre.

*

–¿Qué quieres como regalo de bodas? –le preguntó Monte. Acababan de hacer el amor y estaban abrazados en la cama. Desde la primera vez que se habían acostados juntos, él iba cada noche a casa de la joven y se escabullía antes del amanecer.

–No quiero nada –dijo ella.

–Vamos, seguro que hay algo que deseas. Sea lo que sea es tuyo, te doy mi palabra –insistió el Coronel. Ella pensó durante unos instantes.

–¿Puedo pedirte cualquier cosas, por difícil de conseguir que sea? –él asintió–. Bien, entonces quiero que hables con tu madre y que le des la oportunidad de explicarse.

–Eres una tramposa, Penny –él mostraba su malhumor. Se revolvió en la cama, incómodo.

–Sí, de acuerdo, soy una tramposa, pero ¿vas a hacerlo o no? –la joven se apoyó sobre un codo para mirarlo de frente.

–Te he prometido que te daría lo que quisieras, ¿cuándo he faltado yo a una promesa? –ni siquiera el hecho de que Penélope lo hubiera besado con verdadero agradecimiento mejoró su humor. Lo último que deseaba era hablar con su madre de ese tema.

*

Madre e hijo estaban en el despacho de este último. La anciana jugueteaba nerviosa con un pañuelito que tenía sus iniciales bordadas con hilos de plata.

–¿Y bien? –dijo el Coronel.

–Albert York y yo estábamos enamorados, pero mi padre lo hubiera matado antes de dejar que me cortejase porque carecía de fortuna y de un gran apellido –se detuvo unos instantes–. Por eso decidió ir a Birmania con el ejército, para tratar de hacer fortuna. Mientras estaba fuera, tal vez porque yo era débil, mis padres me convencieron de que él jamás regresaría del extranjero y de que lo mejor para mí era aceptar la proposición de uno de los grandes terratenientes de Inglaterra, Casimir Burton-Jones. Nos casamos,

pero no nos queríamos. Tampoco puedo decir que fuese malo conmigo porque no es cierto. Era indiferente, un extraño con el que apenas hablaba.

Cuando puso un anuncio en el periódico buscando administrador, Albert se presentó y yo tuve miedo a evitar que fuera contratado. Me paralicé, no supe qué hacer.

Quiero que sepas que durante años, mi relación con Albert fue totalmente correcta, hasta que tu padre comenzó a pasar largas temporadas en Londres y a pasear a sus amantes sin ningún pudor y a plena luz del día. Caí en la tentación, lo reconozco, pero la historia no duró demasiado. Unos cuatro meses. Me arrepentí, no por respeto a tu padre, debo reconocerlo, sino porque lo estaba haciendo por despecho. Yo ya no amaba a Albert. Aquel amor de juventud se había apagado con el paso del tiempo. Puse fin a esa relación con gran esfuerzo porque Albert se negaba y me sentía tan incómoda teniéndolo cerca que convencí a tu padre de que contratara como administrador a un primo suyo que estaba arruinado. Como nunca había congeniado con Albert, me hizo caso y éste no supo que yo había sido la causante de su despido. Pero tú tenías unos recuerdos maravillosos de Albert, de cuando eras niño, y cuando el primo de tu padre trató de robarnos, volviste a llamarlo. Para mí fue un infierno. Para él, la gloria, pues te tenía cerca.

Estaba loco, Monte, el rechazo lo volvió loco y reconozco que yo me sentía culpable. Se obsesionó con la idea de que eras su hijo, a pesar de que tú naciste un año después de la última vez que él y yo nos vimos. ¿Desde cuándo una mujer tiene un embarazo de doce meses? Además, Albert era rubio de ojos claros, al igual que yo, ¿cómo es que tú has salido tan moreno y te pareces tanto a Casimir?

¡Pues porque él es tu padre! ¡Eres un Burton-Jones, hijo! Eso es lo que he tratado de hacerte comprender todos estos años. Ódiame por haberle sido infiel a tu padre, pero no inventes culpas que no tengo para odiarme más.

—No lo comprendo. No lo comprendo, de verdad...

—Por favor, hijo... —él la interrumpió.

—Déjame solo, tengo que pensar. Todo esto me parece una locura.

¿Casimir era mi padre? —la anciana asintió, se levantó del sillón y se dirigió a la puerta.

—¿Mamá? —ella se detuvo en seco y miró a su hijo—. Yo nunca te he odiado. No podía perdonarte el engaño, pero si no me engañaste, si Casimir es mi padre, yo no tengo nada que perdonarte. Lo que mi padre y tú hayáis hecho con vuestra vida, los amantes que hayáis tenido, es cosa

exclusivamente vuestra.

La anciana contuvo las lágrimas de felicidad y se preguntó por qué su hijo, precisamente en ese instante, había querido escuchar toda la historia. ¿Sería influencia de la señorita Murray? Aquella muchacha era una bendición.

*

Después de miles de preparativos, llegó la víspera de la boda. Los Burton-Jones, Penélope y la señorita Potts habían ido a comer a casa de los Walpole. La conversación estaba muy animada y Violet interrumpió lo que estaban diciendo con su habitual entusiasmo.

—¡Dios mío, no van a creerse de lo que me he enterado en Abershire!

¿Recuerdan a la señorita Laura Barry? Su familia está completamente arruinada.

Los acreedores los han expulsado de su casa y no se han podido llevar nada.

Dicen que se han marchado al norte, a Gales, a casa de unos parientes.

La exclamación fue generalizada.

—Pobre señorita Barry —dijo el anciano señor Walpole, siempre tan bondadoso—, pero a una muchacha bonita como ella no le costará encontrar un buen partido con quien casarse. Dudo que haya un solo hombre sobre la tierra que la rechace.

—No había vuelto a acordarme de la señorita Barry. Es cierto que cuando regresé de Abershire ella ya no estaba aquí —dijo Penélope.

—Sí, una cosa de lo más curiosa —comentó Violet Walpole—, se marchó la misma noche que usted, casi sin avisar, como alma que lleva el diablo y sin querer dar explicaciones.

Penélope se quedó pensativa. Esa noche ella había huido porque Monte quería obligarla a casarse con él, igual que el señor Walpole. Pero antes de eso había ocurrido el incidente del faro, que había desencadenado todo lo demás. La verdad es que Monte nunca le dijo quién había sido la joven que trató de comprometerlo para que se casase con ella... ¡Cielo Santo, había sido la señorita Barry! Miró a su prometido y él la miró a ella y entonces supo que estaba en lo cierto. Tenía una extraña sensación en el estómago, como si fuese a vomitar, y comenzó a sentirse mareada y enferma. Aguantó el resto de la comida como pudo, sin mirar siquiera a Monte. No podía hacerlo. Le

costaba no llorar. Cuando por fin llegó la hora de irse, se subió al carruaje del Coronel y no habló en todo el camino.

Monte estaba preocupado. Se había dado cuenta de que ella sabía lo de Laura Barry y no entendía por qué reaccionaba así, pero una discusión (y todo pronosticaba que iba a haberla) la tarde antes de la boda no era una buena idea, así que no dijo ni una palabra para no dar motivo a que el mal humor de la joven le explotara en las narices.

Entraron en la sala de la casa que Penélope había compartido con la prima Del. Ella se quitó los guantes y el sombrero y los dejó sobre una silla.

–Y bien, ¿no tienes nada que decirme? –la voz de ella era cortante como un cuchillo.

–¿Sobre qué? –le preguntó él.

–Lo sabes perfectamente, no me tomes por estúpida –se sentó en el sofá con la espalda muy tiesa. El Coronel permanecía de pie–. Me refiero a Laura Barry. ¿Fue ella la mujer del faro, verdad?

La joven tenía aun la esperanza de estar equivocada, pero cuando él asintió, el rubor le cubrió las mejillas y se levantó de un salto.

–Vamos, Penny, ¿qué ocurre? ¿Qué importa quién era la mujer del faro? – él estaba confundido, no entendía lo que le pasaba a Penélope.

–Pero ella no es una mujer cualquiera, ¡es Laura Barry! La mujer más hermosa que he visto nunca. Como dijo el señor Walpole, ningún hombre la rechazaría... ¿Y quieres hacerme creer que tú la rechazaste?

–¡Por supuesto que la rechacé! ¿A qué viene esto ahora? –él comenzaba a enfadarse.

–¡No te creo! ¿No sería ella la que te rechazó a ti y por despecho pretendías casarte conmigo? –Penélope estaba al borde de las lágrimas.

–¡Basta ya de tonterías! Sólo accedí a aquella maldita cita en el faro porque recibí una nota firmada con tu nombre. ¡Fui al faro a verte a ti!

–Oh, claro, fuiste a verme a mí, que soy una muchacha insignificante, y rechazaste a la beldad de la temporada. ¡Por mí! Es todo muy creíble.

–¡Tú no eres insignificante, deja ya de compadecerte, maldita sea! Ni mil mujeres como Laura Berry podrían hacerte sombra –se acercó para abrazarla, pero ella lo rechazó.

–¿Me tomas por estúpida? Sé que te gusto, pero no me quieres. ¡No me quieres! Tal vez a ella sí... –el Coronel la agarró por los brazos y la obligó a mirarlo de frente.

–¿De dónde demonios sacas que no te quiero, muchachita loca?

–De ti, ¿de dónde lo voy a sacar? Yo te abrí mi corazón, te dije que te amaba, y tú no dijiste ni una palabra... Y estamos a punto de casarnos. Tengo derecho a saber si hay posibilidades de que llegues a enamorarte de mí, porque si no las hay, no quiero casarme, ¡no quiero! –llegados a este punto, ella ya estaba sollozando y forcejeaba con Monte para que la soltara. ¡Mierda!, pensó él, había creído que se lo había dicho. De todos modos, se lo había demostrado de sobra.

¿Pero qué le pasaba a Penélope que no acababa de creer en su amor por ella?

–¡Escúchame! –ella trataba desesperadamente de que él la soltara, pero no cedió ni un ápice–. Penny, escúchame... Te amo, cariño. Siento no habértelo dicho, creí que lo sabías. Es tan evidente... ¡Dios, todos se han dado cuenta menos tú!

Ella dejó de forcejear y lo miró fijamente. Parecía sincero.

–Te amo, cariño –le repitió–. Creo que empecé a enamorarme de ti tras nuestra primera discusión en casa de los Walpole, a los pocos minutos de conocerte.

Ella seguía mirándolo, pero no decía ni una palabra.

–¿Penny? –el Coronel parecía preocupado.

–Podías tener a Laura Barry. No lo comprendo... –estaba tan impactada por lo que él acababa de decirle, que no lograba razonar con coherencia.

–Vamos, Penny, no puedes estar hablando en serio. Cualquiera que hable con vosotras dos durante una hora escasa, se enamoraría de ti y huiría de la señorita Barry. Si incluso estuve celoso de Timothy Walpole porque él, al igual que yo, quedó prendado de ti.

–¿Te gusto yo más que Laura Barry? –insistía ella incrédula.

–Me gustas más que ninguna otra mujer en el mundo, pero no es solo eso, Penny... Te amo con todo mi corazón, por eso insistía en el matrimonio, por eso me volví loco cuando te fuiste y gasté una pequeña fortuna en detectives para que te buscaran hasta debajo de las piedras... ¿Cómo no te has dado cuenta de lo que siento? Hace un mes que hicimos el amor por primera vez y desde entonces cada noche he estado aquí contigo. ¿No te das cuenta de cómo te trato, Penny, como beso el suelo por donde pisas?... ¿Qué es eso si no es amor? No sé qué más puedo decir para convencerte. Yo... –ella elevó la mano hacia su boca para tapársela con delicadeza.

–Demuéstramelo –dijo la joven–. Demuestra que me amas.

–No sé qué más hacer para demostrártelo. Llevo un mes demostrándotelo

–dijo él.

–Pues demuéstramelo otra vez. Demuéstramelo mejor –exigió ella. El Coronel no se lo pensó dos veces, hincó una rodilla en el suelo y la tomó de las manos.

–Aquí me tienes, dejando de lado mi orgullo. Prometí no volver a pedirte matrimonio y yo siempre cumplo mis promesas, pero al demonio con esta promesa... Penélope Anne Murray, ¿Quieres casarte conmigo? ¿Quieres entregarme tu vida y aceptar la mía, compartir mis riquezas y mis flaquezas? Te daré siempre lo mejor de mí y juro que domesticaré lo peor para que seas feliz.

Dime, Penny, ¿quieres casarte conmigo dentro de veinte horas?

–Con una condición –le dijo ella con una enorme sonrisa, mientras las lágrimas bañaban su rostro y el corazón le temblaba de felicidad.

–Lo que quieras –prometió él.

–Que algún día hagamos en el faro lo que pretendías que hiciéramos cuando creíste que había sido yo la que te había enviado la nota –le dijo. El Coronel se rió con ganas.

–Prometido –susurró, al tiempo que la tomaba en sus brazos y la lleva hasta la cama. Afuera, el mundo seguía girando sin contar con ellos y otras parejas, no demasiado lejos, comenzaban a comprender que también estaban hechos el uno para el otro, pero esa ya es otra historia. La historia de Carrie Potts y Timothy Walpole.

FIN